

El Montañés (1897-1899)

Construcción de redes intelectuales de finales de siglo XIX

Mónica Marcela Ardila Vanegas

Universidad de Antioquia

Maestría en Literatura

Medellín Antioquia

2019

El Montañés (1897-1899)

Construcción de redes intelectuales de finales de siglo XIX

Trabajo de investigación para optar el título de
Magíster en Literatura

Directora

Dra. Olga Vallejo Murcia

Universidad de Antioquia

Maestría en literatura

Medellín Antioquia

2019

Resumen

El principal interés de esta investigación es analizar la conformación de redes de intelectuales a finales del siglo XIX; específicamente, de los intelectuales involucrados en la revista *El Montañés* (1897-1899). Se concibe la revista literaria como una riquísima fuente de información para conocer más a fondo cómo esta revista literaria es un vehículo que posibilita la conformación de una red de intelectuales, en el contexto literario del siglo XIX.

Palabras claves: Prensa, literatura, intelectuales, redes intelectuales.

Abstract

The aim of this research was to analyze the formation of intellectuals networks at the end of the XIX century, mainly intellectuals involved in the *El Montañés* (1897-1899) magazine. The literary magazine is conceived as rich source of information to attain a deeper understanding of how it acted as a vehicle that allowed the formation of a network of intellectuals in the XIX century literary context.

Keywords: *Press, literature, intellectuals, intellectual networks.*

Tabla de contenido

Introducción	8
Consideraciones metodológicas.....	21
Capítulo 1	27
De lo general a lo particular: Descripción e interpretación biográfica de <i>El Montañés</i> (1897-1899).	27
Descripción objetual de las instancias visibles:.....	29
Título y subtítulo:	31
El formato:.....	33
Portada	34
Texto e imagen:.....	38
Costos y producción:	42
Relación con otras revistas:.....	45
Objetivos y contenido	46
Capítulo 2:	49
Transformaciones sociales y culturales: de los ilustrados del siglo XVIII a los intelectuales del siglo XIX.....	49
Prácticas de apertura a los nuevos modelos de sociedad	53
La educación:.....	54
La vida política.....	60
Cultura y sociedad	67
Capítulo 3	73
La vida intelectual en Medellín a finales del siglo XIX.....	73
Intelectuales en Medellín y miembros de una red cultural	75
Revista como espacio y modo de sociabilidad: estructura de red de intelectuales	82
Conclusiones	92
Bibliografía general	92
Bibliografía fuentes primarias	105

Este proyecto lo realicé gracias al amor incondicional de mi hijo, a la paciencia y comprensión que ha tenido con su madre, tan ocupada siempre.

A la amistad de Carlos, Angélica y Milena, que me han acompañado siempre.

Gracias también al apoyo de mi familia y, por supuesto, gracias a Mo, quien con su confianza y amor me ha dado las fuerzas para continuar.

Agradecimientos

Agradezco a la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia; especialmente a la asesora de esta investigación, la profesora, Doctora Olga Vallejo Murcia, por su tiempo, por sus asesorías y por todo el esfuerzo y dedicación que imprimió en cada una de estas páginas para que todo saliera bien. También agradezco al profesor y coordinador de la Maestría, Juan Fernando Taborda por su entregada labor, por sus consejos y diligencias para facilitar nuestra permanencia como estudiantes de la Maestría en Literatura.

Quiero agradecer también a los profesores: Gustavo Bedoya por compartir su experiencia y conocimiento, por sus múltiples consejos y asesorías, por sus libros e historias. A los profesores Fabio Vélez y Néstor Aguirre de la Facultad de Ingeniería un especial agradecimiento por alentarme siempre a continuar en la academia, por las charlas en su oficina de las que siempre salía convencida de que puedo hacerlo. Gracias a ellos dos por sus palabras de aliento, por escucharme siempre y por mostrarme el tipo de profesional que quiero llegar a ser.

Por último, quiero agradecer a las diferentes personas que se mostraron siempre complacidas de escucharme y dialogar conmigo. Gracias a las discusiones y comentarios con la profesora Ana María Agudelo. Al profesor Luis Fernando Restrepo de la Universidad de Arkansas, a los profesores Nancy Peña, Edison Neira, Juan Guillermo García Gómez y al profesor Juan Manuel Camacho de la Universidad de Sevilla, España.

A todos ellos, mil y mil gracias por ayudarme a construir y desarrollar esta investigación.

Introducción

A mediados del siglo XIX en Medellín, comenzaron a gestarse tertulias literarias y conversaciones de salón, que se convertirían finalmente en asociaciones de jóvenes escritores, como es el caso de la tertulia del “Negro” Antonio J. Cano (figura clave durante más de cuarenta años en la literatura antioqueña como editor) (Escobar, 2004) y la tertulia de La Librería Restrepo, a cargo de Carlos E. Restrepo, figura conocida por poseer su propio taller de imprenta. Estos jóvenes escritores fundaron revistas literarias dirigidas a un público específico: a aquel que sabía leer y escribir y había pasado por una escuela secundaria o la universidad. Sin embargo, estas instituciones eran pobres en su enseñanza y por ello los aprendices debían ser autodidactas; actividad posible solo para las élites, pues eran, en su gran mayoría, quienes accedían a la educación superior (Melo, 2008). Con las revistas literarias se promovió la escritura libre como reflexión frente a algunos aspectos de la política del país: aspectos como la puesta en marcha de la que sería la nueva constitución colombiana de 1886, la cual abrió las puertas al periodo de la historia política del país conocido como “La Regeneración” (1886-1902), misma que otorgó a la Santa Sede todas las facultades administrativas sobre la educación, acabando con el proyecto de educación laica, promovido por los liberales. Lo anterior se explica mejor en *El Concordato de 1887: Los antecedentes, las negociaciones y el contenido del tratado con la Santa Sede* de Fernán Henríquez González (1993), en el apartado de lo que serían los acuerdos finales entre La Iglesia Católica y El Estado:

Particularmente importante es el artículo 12, que establece que la educación e instrucción pública en universidades, colegios y escuelas deberá organizarse y dirigirse en conformidad con los dogmas y la moral de la religión católica. En esos centros será obligatoria la enseñanza religiosa y la observancia de las correspondientes prácticas piadosas. En consecuencia, el artículo 3 otorga a los obispos el derecho a inspeccionar y elegir los textos de religión y moral. Además, el gobierno se compromete a impedir que se propaguen ideas contrarias al dogma católico y al respeto debido a la Iglesia en la enseñanza del resto de las asignaturas. Finalmente, el artículo 14 concede a los obispos la

potestad de hacer retirar a los maestros la facultad de enseñar religión y moral, si no lo hacen en conformidad con la doctrina ortodoxa (8).

En este ambiente, en 1897, nace en Medellín *El Montañés. Publicación Antioqueña de «literatura, artes y ciencias»*. Su director fue Gabriel Latorre (1867-1938), presidente de la junta redactora conformada por Francisco Gómez (Efe Gómez, 1867-1938), Mariano Ospina Vásquez (1869-1941) quien también redactó y dirigió el periódico *La República* en 1904. Gerardo Gutiérrez ocupaba el cargo de gerente de la revista y José Miguel Álvarez el de agente general. La revista publicó poesía, cuadros de costumbres, crítica literaria, narrativa corta y toda pieza con «mérito literario» según se publica en los Estatutos de la Compañía que circuló durante septiembre de 1897, en el primer número. En las páginas de *El Montañés*, se divulgaban textos sobre actividades culturales como exposiciones de arte y conciertos realizados en Medellín, estudios sociológicos y geográficos sobre la región de Antioquia, críticas de arte, reseñas literarias, cuentos, poemas y toda clase de semblanzas. Muchas de estas contribuciones eran de autoría de personajes ya reconocidos por ser hombres de letras como Tomás Carrasquilla, Efe Gómez, Pedro Nel Ospina y Abel Farina, Carlos E. Restrepo, que figuraban como copartícipes de revistas literarias de Medellín a finales del siglo XIX como *El Repertorio* o *Bohemia Alegre*.

Para presentar el objetivo principal de esta investigación, alrededor de la revista *El Montañés*, se hace necesario exponer las dos menciones conocidas, que resaltan la importancia de la revista por su contenido literario para la época de creación; además, los tres estudios realizados sobre la misma. Valiendo estos como el estado del arte, los cuales permiten observar los vacíos investigativos alrededor de un objeto de estudio tan valioso como lo es la revista elegida; misma que permitirá explorar el tema de los intelectuales y las redes de intelectuales en un período germen para la literatura de la ciudad de Medellín.

En esa indagación de textos, que hacen mención directa sobre el objeto de estudio, está el artículo de revista de Dora Tamayo y Hernán Botero (2012) sobre los *Comienzos de las revistas culturales en Antioquia*. En dicho texto se encuentra un comentario sobre la revista *El Montañés*:

En 1897, unos meses después de desaparecido *El Repertorio*, nace *El Montañés* que continúa la tradición iniciada por aquél, tal como lo reconocen sus directores Luis Latorre, Efe Gómez y Mariano Ospina Vásquez. En sus estatutos informan que la revista está dedicada a las personas amantes del progreso y pretenden estimular todo esfuerzo que se haga en la región en las artes o en las ciencias. Sus veinticuatro números se publicaron entre 1897-1899 y es considerada la mejor de su tiempo en materia literaria y artística (p.156).

En otra de sus publicaciones, Tamayo y Botero (2005), mencionan que en la última década del siglo XIX se inicia el período de madurez de la literatura antioqueña, interrumpido abruptamente por la guerra de los Mil Días, hecho que afectó todo el territorio nacional (dicho período se prolongará a lo largo de las dos primeras décadas del siglo siguiente). Madurez expresada, en primer lugar, con la circulación de revistas literarias y culturales como *La Miscelánea (Medellín, 1886 -1914)*, *El Montañés (Medellín, 1897-1899)*, *El Repertorio (Medellín, 1896-1897)* y *La Bohemia Alegre (Medellín, 1895-1897)*; en segundo lugar, en los concursos de novelas y en las publicaciones de las obras premiadas. Afirmaciones verificables en la sistematización de la revista, pues al rastrear las múltiples publicaciones de *El Montañés*, sobresalen las de eventos artísticos y culturales en la ciudad de Medellín, a finales del siglo XIX.

En la misma línea de sentido se encuentra el estudio sobre *Publicaciones periódicas en Antioquia 1814-1960: del chibalete a la rotativa* realizado por María Cristina Arango (2006), quien menciona que la revista *El Montañés* empezó a circular en septiembre de 1897 como continuación de la revista *El Repertorio*, una de las publicaciones que se alimentaba con las traducciones y críticas literarias que se hacían en la tertulia intelectual de La Librería Restrepo, la cual se reunía en torno al doctor Carlos E. Restrepo.

Arango menciona, además, que, en el primer número entregado en septiembre de 1897, se publicaron los estatutos de la compañía *El Montañés*, dice en ellos:

constitúyese una sociedad anónima, de capital limitado, cuyo objeto es explotar la publicación en Medellín de un periódico científico y literario, de índole absolutamente ecléctica y que, sin afiliarse a escuela alguna literaria o filosófica, publique toda pieza que por su mérito literario o científico lo merezca, y no haya de acarrear a la Empresa complicaciones legales (176).

Estas publicaciones hacen mención a la revista *El Montañés* como la sucesión de *El Repertorio*. Le dan reconocimiento a la revista en temas de literatura y arte. Y enmarcan la revista dentro de un carácter ecléctico, es decir, que no se afilia a corrientes literarias o filosóficas específicas.

En adelante, en tres estudios alrededor de la revista objeto de esta investigación, hay luces sobre el concepto de literatura antioqueña, el contexto político e ideológico de la época en que se da la revista *El Montañés* y, por el último, el estudio que identifica el tipo de lector de la época. Para iniciar, el trabajo de pregrado de Catalina Ángel Madrid (2016) titulado *El concepto de «Literatura Antioqueña» en la revista El Montañés (1897-1899). Una revisión desde la perspectiva de la historia conceptual*. En este trabajo se hace una aproximación al concepto de *Literatura Antioqueña* a partir de los supuestos teóricos de Reinhart Koselleck de la historia conceptual. Desde luego, analiza cómo la crítica literaria publicada en la revista construye un concepto en torno a las manifestaciones artísticas, concebidas como «Literatura Antioqueña». Y, un poco, en la misma línea de sentido, el libro publicado por Tatiana Pérez (2010) titulado *Ideologías y canon en las revistas literarias y culturales de Medellín (1897-1912): Lectura histórico-literaria de El Montañés (1897-1899), Lectura y Arte (1903-1906) y Alpha (1906-1912)*, indaga en torno a las relaciones entre el contenido de las revistas y las orientaciones políticas e ideológicas de quienes escribían en ellas, como coordinadores o editores, críticos y autores propiamente hablando. Lo que deja identificar las potenciales dinámicas sociales en las que transversalmente participaban los autores, directores y editores de las revistas, pues finalmente esas orientaciones políticas e ideológicas hacen parte del contexto de producción literaria y del fin que pretendían alcanzar.

Por otra parte, en un sentido más general en cuanto al estudio de revistas literarias, se encuentra Jorge Orlando Melo (2008), quien publicó *Las revistas literarias en Colombia e Hispanoamérica: una aproximación a su historia*. En este texto se hace un recuento de las revistas o periódicos culturales que se publicaban en Medellín entre 1880 y 1910. También da un contexto muy interesante sobre las pretensiones de los editores de estas revistas culturales, así como del público al que procuraban llegar. Melo propone que el público potencial “los que saben leer y escribir y han pasado por una escuela secundaria o universitaria” (p. 2), son muy pocos en esos años, pues la expansión de la secundaria y la universidad es un fenómeno que se da de 1960 a 1990. Y, ese público no recibe una educación que promueva el amor por las artes o la literatura. La escuela es para aprender a leer y hacer cuentas, la universidad es para ser profesional. “Las instituciones culturales son pobres: en la universidad la ambición científica o humanística es excepcional. Los humanistas, intelectuales y eruditos son autodidactas” (p.2). Agrega, además, que el mundo editorial local es artesanal: los autores publican sus libros, sin esperanza de recobrar los costos. No hay una rutina de crítica y debate público.

Se puede decir, entonces, que la revista *El Montañés* podría funcionar como organismo vivo, y como una plataforma en la que los autores, sus ideas e ideales, ejercen una labor de formación ciudadana y de promoción cultural; además, la relevancia de algunos autores estuvo marcada por ese momento o contexto histórico determinado. Este contexto histórico influyó en los ideales culturales y de civilización que dichos autores querían promover, toda vez que, como lo mencionan Uribe y Álvarez (2002), en *Cien años de prensa en Colombia, 1840-1940*:

Estos grupos de intelectuales eran muy conscientes de la fragilidad de las instituciones recién creadas, y de que éstas eran ante todo construcciones mentales, [...] pero confiaban en la magia de las palabras, en las bondades de la argumentación y en su capacidad política para llevar a cabo proyectos económico-sociales y culturales que transformasen las estructuras heredadas de la Colonia (p. 10).

Con la información presentada hasta el momento, se considera que dentro de los estudios realizados y las importantes menciones a la revista *El Montañés*, no se halla un estudio específico a las redes de intelectuales y, más exactamente, a la construcción de

redes intelectuales de finales de siglo XIX que se pudieran dar a partir del funcionamiento y la circulación de la revista *El Montañés* (1897-1899). Es por ello por lo que se planteó un objetivo principal con el que se pudiera rastrear dicha posibilidad y unos objetivos específicos con los que se pudiera llevar a cabo toda una estructura metodológica.

Ahora bien, el propósito principal de este trabajo es analizar la conformación de redes de intelectuales a finales del siglo XIX, específicamente, de los intelectuales involucrados en la revista *El Montañés* (1897-1899). Para lograr este objetivo, se hace necesario responder preguntas referentes a las acciones en torno a lo intelectual, por ejemplo, ¿a quién se considera un intelectual? ¿A qué asociaciones pertenecían? ¿Qué tipo de obras públicas impulsaron o promovieron? ¿Qué tipo de negocios fundaron? ¿Qué cargos o funciones ejercieron dentro de los diferentes campos de acción que ofrecía la comunidad en ese momento? ¿En qué contexto se desarrollaron sus ideas? Y ¿qué influencias tuvieron estas últimas?

Así pues, para responder los interrogantes antes planteados en aras de llegar al objetivo principal, la revista se convierte, principalmente, en el objeto de análisis como el espacio discursivo para discutir las preocupaciones literarias de la época a partir de las publicaciones que allí se realizaban, estas últimas, a su vez, convierten la revista, además de objeto de estudio, en fuente central de la investigación presente. Será significativo tener en cuenta la importancia de sus copartícipes, algunos de ellos olvidados hoy en día. Dicho esto, se trata de comprender lo que propone Gonzáles en *Prensa Escrita e intelectuales periodistas 1895-1930*, el modo en que la revista *El Montañés*, su contenido y sus autores adquieren un doble valor: primero, “como vehículo de comunicación, dirigido hacia una opinión pública que se ampliaba” (2010, p.14), y, segundo, como “espacio social de constitución de grupos de intelectuales en un tiempo de gran producción creativa” (2010, p.14).

Como investigación académica, y para orientar en su debido momento los lineamientos metodológicos, este trabajo tiene *tres objetivos específicos* que se desarrollan en tres capítulos, respectivamente. El primero de ellos, que sentará las bases de la construcción del primer capítulo de la presente investigación, se centra en *la descripción* detallada de la revista *El Montañés*. Ya que los autores de la época no dejaron actas, ni

documentos sobre su organización intelectual, la revista como objeto de estudio provee a la investigación información que permite establecer la conciencia que tenían los autores sobre su conformación. En efecto, este objetivo propone, describir las instancias visibles e invisibles de la revista *El Montañés*, a la vez que se entienda lo que significó la revista como testimonio de un instante marcado por la identidad y la orientación estética de la misma, tal como lo plantea Osuna (2004).

Como segundo capítulo de desarrollo y respondiendo al segundo objetivo específico, después de entender la estructura visible e invisible de la revista en cuestión y lo que significaba ser un intelectual para la época, según los planteamientos de Altamirano (2008), se hace necesario identificar cuáles fueron las condiciones de posibilidad que dieron paso a las transformaciones sociales y culturales de los ilustrados del siglo XVIII a los intelectuales del siglo XIX, entre ellos, los reunidos en torno a la revista, objeto de estudio, *El Montañés*. Con este propósito en el capítulo dos se abordarán los planteamientos de Renán Silva (2002) y Ángel Rama (1998), expuestos generosamente en la metodología, para contextualizar el momento de producción de la revista, y con ello descifrar la importancia de la vida de la revista en un contexto cultural y sociopolítico.

Por último, como tercer objetivo específico y como capítulo final, esta investigación debe establecer las acciones que llevaban a cabo los intelectuales por fuera de la vida de las revistas literarias como ejercicio de la conformación de redes de intelectuales. Ahora bien, este apartado tendrá el apoyo teórico metodológico planteado por Pita y Granados (2017), que dan luces para abordar la vida de los hombres intelectuales de finales del siglo XIX como agentes sociales, y dan los lineamientos para observar el tipo de relaciones que existían entre ellos.

En adelante, se presentará un marco teórico elegido como apoyo investigativo y como direccionador para identificar lo que sería una red de intelectuales y lo que, para este proyecto, se considerará como intelectuales en el marco de las revistas literarias en Latinoamérica.

Como base fundamental para el tratamiento del objeto de estudio presente, la revista *El Montañés*, se tomarán los planteamientos que hace Rafael Osuna (1998 y 2004)

en cuanto a la biografía de la revista. También se analizarán los postulados que hacen Aimer Granados (2012) y Daniel Iglesias (2017) sobre las revistas literarias y formación de redes, y cómo aquello que denominan redes sociales hace parte de la historia de los intelectuales. Al igual que se tendrán en cuenta las ideas de Alexandra Pita (2012) y su investigación sobre redes de intelectuales. También, y para finalizar este apartado se hace necesario atraer los planteamientos del autor Altamirano, con quien se detallará lo que ha significado históricamente ser un intelectual y cómo este se inserta en las dinámicas sociales específicas de una época, para este caso, finales del siglo XIX.

Ahora bien, Rafael Osuna en *Tiempo, materia y texto. Una reflexión sobre la revista literaria* (1998) y en *Las revistas literarias. Un estudio introductorio* (2004) presenta una definición sobre lo que podría considerarse una “revista literaria” a la vez que presenta unas consideraciones metodológicas para el estudio de estas mismas. Después de una revisión sobre revistas en estudios hemerográficos e históricos, Osuna (1998) plantea que una revista literaria es “un género discursivo cultural, que posee su propia historia, historiografía e historicidad, amén de su textualidad, funciones y sociología propia, y que solicita una personal metodología” (p. 4), definición bastante apropiada para el fin de esta investigación; por otra parte, en su estudio introductorio, (2004) propone unas categorías para el análisis de la revistas (instancias visibles e invisibles) que componen el todo dentro de la materialidad de las mismas, dando paso para un detallado análisis de cada uno de los componentes materiales y simbólicos en ellas.

Por su parte, Aimer Granados en *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura* señala que “las revistas son una fuente histórica de primer orden para adelantar estudios de la sociología del intelectual (sus redes, sus proyectos, sus posicionamientos ideológicos, su pensamiento en torno a la sociedad, la cultura y la ciencia” (2012, p.10). La revista, como ente sociológico, responde a las preguntas sobre la manera en que se conciben determinadas ideas, es decir, cómo, cuándo, por qué y para quién se producen; a la vez que pone en evidencia a los actores que influyeron en las revistas, de qué manera estaban involucrados como intelectuales en la

vida política, económica y cultural del momento. Y, por tanto, plantea dos variables: el intelectual que produce las ideas y el contexto en el que este y estas interactúan, dicho de otro modo, los ámbitos de enunciación y recepción de las ideas. Al mismo tiempo, el intelectual hace parte de estos contextos mediante la actitud que contenga ante el Estado, la cultura y todas las dinámicas sociales. Es una constante, como temas a lo largo de la vida de los intelectuales, que estén entre el conocimiento y el poder, entre la ética y el poder.

Granados aborda el tema de los intelectuales y las redes que estos conforman, desde una construcción historiográfica en torno a las redes intelectuales que permita interrogantes por los proyectos culturales, políticos y de identidad que serían su fundamentación y parte de su estructuración mediante revistas, bibliotecas, etc.

En la misma línea de sentido se encuentran los postulados de Alexandra Pita (2017), en *Fronteras simbólicas y redes intelectuales*. Una propuesta, que plantea la cultura como un conjunto delimitado por ciertas prácticas, costumbres y creencias, que comienzan a suponer unas posiciones y unas relaciones dentro de esa estructura abstracta en las que buscan marcar la diferencia con otras culturas; allí, en ese proceso de diferenciación, emerge un grupo de personas que comienzan a ser denominadas y/o autodenominadas intelectuales gracias al manejo que tienen del conocimiento.

Se podría decir que, la frontera simbólica para esta autora es vista como “un límite de cultura e identidad que cambia, se multiplica y resignifica a través de la acción de los sujetos sociales” (p. 41), para ella, la sociedad contiene una estructura flexible, interdependiente y en movimiento. Este espacio simbólico tiene unos límites que marca una identidad colectiva interna para diferenciarse de su entorno, estos límites, como estrategia para demarcar el perímetro, contienen y son contenidos por un contexto. Es así como, el sujeto intelectual es una frontera simbólica que hace parte de esta estrategia a la vez que delimita y caracteriza este sujeto dentro de un grupo, es decir, empiezan a ser identificadas y hasta auto identificarse, en aras de la legitimación. De este modo, los intelectuales son sujetos de frontera simbólicos frente a otros poderes y campos tradicionales político y económico. Con lo anterior, se pueden encontrar diferencias dentro de las redes a partir de su vinculación con estos poderes, es decir, desde la perspectiva

mencionada por Pita, como un espacio de conflictos y tensiones como también de encuentros y alianzas.

Alexandra Pita (2017) considera una red de intelectuales como aquella en la cual se evidencia la interacción e intercambio de capitales simbólicos y bienes culturales.

Hasta ahora los dos autores – Granados y Pita – mencionan un contexto para el intelectual como eje fundamental; sin embargo, para Granados, apoyado en otros autores como Camp, el contexto que es visto como el ámbito de enunciación y recepción de las ideas, es clave para el intelectual en tanto adopta una actitud frente a los diferentes entes que componen su alrededor y cómo este lo permea y a la vez es permeado por el intelectual. Para Pita, en cambio, el contexto le va a permitir a ese espacio simbólico delimitar una frontera o perímetro mediante la caracterización o identidad del intelectual que es legitimado con esa identidad. A su vez, este espacio va a permitir conflictos, tensiones como también encuentros y alianzas. Ahora bien, esta autora afirma que las revistas son esos lugares y contextos de enunciación; contrario a Granados, pues este considera la revista como parte de la estructuración de una red. Respecto a la conformación de redes, Granados señala que:

el concepto de “red” ha hecho carrera en las ciencias sociales para referirse, específicamente, a un grupo de personas que entran en contacto y que están relacionadas en función de unos temas y objetivos muy precisos, o variados. Aunque hay que tener en cuenta que en el establecimiento de cualquier tipo de red entre personas entran a “jugar” factores de carácter subjetivo, como la cercanía personal, la amistad, la confianza, los rituales interactivos y los encuentros “cara a cara”; también coadyuva en el establecimiento de una red pertenecer a una misma generación, aunque existe la posibilidad de encuentro en forma de red entre diferentes generaciones de intelectuales (p, 72-73).

Así que, la manera en que los intelectuales construyen unos espacios en los cuales transitan y transforman sus ideas como algo verosímil que luego será puesto en el centro del conocimiento para validarse como verdad, es un aspecto que necesariamente debe mirarse bajo la luz del proceso de creación de las revistas literarias, pues esto responde a un gran número de posibilidades, a la vez que, ofrece una riqueza singular para el análisis de los intelectuales y sus redes. En las revistas culturales/literarias, como lugares y

contextos de enunciación, puede verse cómo los intelectuales en cumplimiento de su labor como editores, autores, lectores, críticos y partícipes de comités editoriales, difunden las ideas que de allí surgen.

El trabajo realizado por Daniel Iglesias (2017) titulado «*El aporte de las redes sociales a la historia intelectual*», donde se retoma la categoría redes sociales, como parte de la historia social. Según este autor, para comprender la movilización del “capital cultural” de un individuo es necesario el análisis de fuentes documentales personales, como las memorias, en especial, el envío de correspondencia que se produce entre los intelectuales y, también, asegura que la historia intelectual y la historia de las redes intelectuales tienen un gran potencial para llevar a cabo esta comprensión. El meollo de sus análisis se centra particularmente en las distintas interrogantes que plantea esta metodología en su relación con los tiempos históricos, los espacios sociales, las formas de acción y el rol del individuo como motor de la historia, es decir que, el principal aporte del análisis de redes reside en el tratamiento sistémico de las fuentes y correspondencias para sostener la idea de que los intelectuales se desempeñan como mediadores sociales¹.

Por último, el trabajo «*Las redes intelectuales latinoamericanas en perspectiva historiográfica: una mirada desde México*» de Aimer Granados (2017), se centra en el análisis de los trabajos de carácter histórico que sobre redes intelectuales se han realizado en México. En un primer momento el autor establece la relación existente entre historia intelectual y redes intelectuales. En segunda instancia, destaca temas y tendencias metodológicas en el estudio de este subcampo de la historia intelectual. El hilo conductor del análisis realizado por Granados consiste en agrupar los diferentes trabajos de acuerdo con ciertas binarias que el autor logra establecer a partir de sus reflexiones: primero, redes intelectuales y proyectos políticos, segundo, redes intelectuales y generaciones

¹ A su vez, Iglesias (2017) hace el recorrido por las transformaciones del papel del intelectual del siglo XX, detalla la forma cómo desapareció la participación política de los intelectuales antes dada por la circulación transnacional de los colaboradores de revistas culturales como José Vasconcelos que promovieron las ideas antiimperialistas, vanguardistas y científicas en Latinoamérica. Y cómo esto se transforma a mediados del mismo siglo mediante las dinámicas de la especialización académica donde el intelectual pierde ese papel de mediador político tan marcado.

intelectuales y, por último, redes intelectuales y cultura. Con esto, el autor pretende presentar algunas tendencias metodológicas y temáticas para el estudio de redes de intelectuales ya que estas gravitaban de manera constante en las diferentes esferas de producción de conocimiento.

Este autor no especifica los tipos de interacción sostenidas por los sujetos de estas binarias, es decir, que no describe el tipo de intercambio manejado a partir de los capitales simbólicos y bienes culturales, asunto que Pita (2017) recalca cuando enfatiza con el concepto de frontera simbólica y la especificidad dentro de una metodología, la misma que incluya un espacio subjetivo y un intelectual con fronteras porosas; esta última, la plantea como espacio con posibilidad de ser permeado por ideas de conocimiento que se mueven de un centro a una periferia y viceversa. Con este tipo de frontera se sale de un espacio lineal; en la metodología de Granados (2017) sin las perspectivas puntuales de un intelectual como frontera simbólica frente a otros poderes y campos como el político, económico, etc., se observa una metodología que no se mueve de un espacio lineal. Enfatiza en este concepto de frontera simbólica Pita (2017), ya que es el que va a conformar las redes y es un estado del intelectual en el que se presenta importantes grados de lo “dinámico, elástico y poroso que interconecta con puntos distantes entre sí” (p. 48).

En este sentido, para continuar con la elección de los conceptos, el de intelectual, será apoyado por el autor Carlos Altamirano, este ha demostrado que el significado del *intelectual* no es estable ni admitido en todos los espacios académicos². Por consiguiente, en su texto *Historia de los intelectuales en América Latina (2010)*, Altamirano postula que el término intelectuales no evoca multitudes en ningún lugar del mundo –tampoco, por supuesto, en América Latina–. Al respecto, hace unas consideraciones de lo que implica ser un intelectual, y qué espacios ocupa este: primero, que el espacio característico de los intelectuales es la ciudad (no necesariamente grandes ciudades), segundo, que la condición urbana define en ellos el tipo de cultura que se forma. Una cultura de patrón europeo enfocada en las ciudades; tercero, que para finales del siglo XIX, el conjunto de los que podrían clasificarse bajo la denominación de intelectuales era aún muy reducido

² Con excepción de Francia, de donde surge después del caso Dreyfus a fines del siglo XIX (Altamirano, 2010).

y, por último, que el intelectual no tiene una sola audiencia y, por lo tanto, el concepto de intelectual, es irreductible a una sola categoría socio profesional pues “con ese término se agrupa y se identifica a un abigarrado conjunto de personas que poseen conocimientos especializados y aptitudes cultivadas en diferentes ámbitos de expresión simbólica (literatura, humanidades, derecho, artes, etc.) y que proceden de diversas profesiones” (p. 14).

En cuanto a las acciones que definen o no un intelectual, menciona que:

Las élites culturales han sido actores importantes [...] procediendo como bisagras entre los centros culturales y las condiciones y tradiciones locales, ellas desempeñaron un papel decisivo no sólo en el dominio de las ideas, del arte o de la literatura, en las actividades y las producciones reconocidas como culturales, sino también en el dominio de la historia política (p. 9).

Teniendo esto en cuenta, se puede decir que, como un primer acercamiento, la figura de intelectual está definida por varias personas que se reúnen y están conectadas entre sí por instituciones, revistas, movimientos y/o ideologías, y que tienen como objetivo común producir y transmitir mensajes relativos a lo que ellos consideran, en su momento, como verdadero en cuanto a la sociedad, la política, la historia, el mundo natural, entre otros.

Continúa con la exposición de la historia de los intelectuales al agregar que, la ubicación del intelectual en su círculo es fundamental, pues dentro de las discusiones intelectuales hay quienes se ganan el lugar de preferencia (que sería el centro). La influencia de estos se juzga por la decisión correcta ante determinadas posturas, si no sucede esto, se pasa del centro a la periferia, siendo este un lugar intelectual en ocasiones inestable. Existen intelectuales que desafían esa autoridad de centro, como lo menciona Altamirano (2010), y ponen en entredicho las jerarquías culturales y proclaman una legitimidad alternativa, es decir, proponen otros autores u obras tenidos por marginales, buscando con esto, quizá, que los enunciados resuenen más allá de un ámbito intelectual. Particularmente, en el siglo XX, y en esto Altamirano coincide con Iglesias (2017), surge un nuevo escenario en la región del Río de la Plata de base popular que desarrolla una cultura de masas con surgimiento de escritores de origen más plebeyo que los tradicionales, muchos de ellos autodidactas.

Dentro de este planteamiento se observan fundamentos que se encuentran en la descripción de Pita (2017) en su exposición al espacio simbólico, con dinámicas propias de las posturas y los enunciados transculturales que se mueven del centro a la periferia y que permean las redes intelectuales; movimientos trascendentales que se deben usar en una metodología que involucre la historiografía de las redes de intelectuales.

Debe quedar bastante claro, entonces, que los aportes de estos estudios a los propósitos de esta investigación son los planteamientos al estudio de las redes, el intelectual que produce las ideas y el contexto en el que este y estas interactúan, los ámbitos de enunciación y recepción de las ideas. Igualmente, la historiografía en torno a las redes intelectuales permite preguntarse por los proyectos culturales, políticos y de identidad que las soportan y, en parte, las estructuran, aspectos que responden directamente al planteamiento del problema en esta investigación.

Consideraciones metodológicas

Las consideraciones metodológicas se harán bajo tres premisas con las cuales se pretende llegar al objetivo principal de esta investigación: analizar la conformación de redes de intelectuales a finales del siglo XIX, específicamente, de los intelectuales involucrados en la revista *El Montañés* (1897-1899). Estos enfoques son: la revista como objeto de estudio, el tratamiento de los textos de la revista y, por último, autores de dichos textos, asumidos como intelectuales dentro de sus interacciones culturales.

En términos metodológicos, y tratando de no incurrir en generalizaciones, se ha decidido no utilizar directamente el término *crítica literaria*, y dar por sentado su significado en la revista, en su lugar se hablará de *reflexión sobre lo literario*. Ahora bien, en los casos en que la investigación alude a los conceptos de *crítica* es necesario indicar que se está apelando al significado proporcionado por José Manuel Marroquín (1827-1908), escritor y estadista conservador, presidente de la República durante el periodo 1900-1904, quien escribió *Lecciones elementales de retórica y poética en 1882*, libro en el que se puede leer:

La crítica es el *examen razonado* que se hace de una obra literaria para *señalar sus bellezas y sus defectos; para descubrir el porqué* de éstos y de

aquellas, y el grado de originalidad que haya en la pieza; para decidir a qué escuela o a qué género pertenece, y, para dar razón de los fines con que se ha compuesto, de su moralidad, de sus tendencias políticas, religiosas, sociales, etc. (p. 92-93).

No está de más aclarar que, el término mencionado para crítica literaria, reflexión sobre lo literario, fue altamente utilizado en *El Montañés*; y, gracias a este concepto, se seleccionaron los textos para el análisis de las relaciones entre la revista, los autores y el contexto. Las categorías propuestas por Marroquín (1893), sobre el tipo de texto que se producía para la época, son: literatura, memorias, disertaciones, composiciones epistolares, composiciones en verso y crítica. Categorías que no se alejan mucho de la forma textual que ocupó un lugar sobresaliente en la prensa literaria colombiana de fin de siglo, como lo menciona Gustavo Bedoya (2018)³, y no es la excepción dentro esta revista. Con esto se puede afirmar que los textos seleccionados para la investigación, según estas categorías, ayudaran a la descripción de la revista, ya que van a permitir observar la estructura visible de la revista y la estructura invisible de la misma, en tanto que por medio del análisis se desvelen fundamentos ideológicos contextuales y tipos de interacciones entre intelectuales. Así pues, la selección de los textos y sus apartados, que irán apareciendo citados a lo largo de la investigación, permitirán revisar de manera detallada la circulación de los autores y sus ideas, por ejemplo, quiénes se mencionan en la revista, quiénes los mencionan, qué se decía sobre ellos y sus obras, cuáles eran los temas tratados, en qué lugar se daba la producción de las entradas, en fin, esta selección sirve como lupa de análisis para la revista en tanto que posibilita la identificación de las dinámicas entre el objeto (revista), el productor (intelectual) y el producto (texto), y cómo estos se vinculan con el contexto.

Por consiguiente, la investigación se estructura de la siguiente manera:

Dentro del enfoque *revista como objeto de estudio* se va a dar lugar a la descripción de la revista *El Montañés*, esta se desarrollará en el capítulo uno y dos. El segundo enfoque,

³ Véase la tesis doctoral de Gustavo Bedoya (2018) titulada *El suplemento El Nuevo Tiempo Literario (Bogotá: 1903,1915, 1927-1929) y los procesos de modernización cultural. La formación del crítico literario y la auto-representación del intelectual*. Universidad Nacional Sede Medellín.

tratamiento de los textos seleccionados, se desarrollará en los tres capítulos que contendrán: el primero la descripción de la revista, el segundo el planteamiento del contexto y, el tercero, la interacción del intelectual entre sí y el medio. Además, este último, observará los *autores de los textos* asumidos como intelectuales, sus aportes y, esto, cómo los demarca como intelectuales y participantes de una red. Es así como para direccionar esta estructura se establecen ciertos criterios teóricos de la siguiente manera:

Para el primer capítulo, titulado “*De lo general a lo particular: Descripción e interpretación biográfica de El Montañés (1897-1899).*” Se tomará la descripción de la revista como un organismo vivo, desde su fundación hasta su cierre, es decir, será tomada como objeto de estudio para observar sus participantes y colaboradores, su producción y su contenido. De la mano de Osuna (2004) (1998), se va a desarrollar en el primer capítulo, de manera detallada, las instancias visibles e invisibles de la revista. Para esto será tratada la revista como un objeto macro, como un producto general, describiendo su materialidad para deslizar a lo más particular, a lo más íntimo. En el primer capítulo, el lector de esta investigación se encontrará con un análisis de los elementos constitutivos de la revista como su título y subtítulo y algunos rasgos identitarios del regionalismo presente en la revista. El número de entregas que tuvo durante su periodo de existencia, el tipo de textos que en ella se publicaron y la distribución que se daba a estos, los nombres de los personajes que participaron en la formación y vida misma de la revista. La relación con otras publicaciones o revistas de la época como indicio de la conformación de redes de intelectuales.

Toda esta descripción detallada permitirá establecer la manera cómo la revista era pensada y cómo fue protagonista, de cierta manera, dentro de su contexto. Debe establecer su propia identidad, calidad y orientación estética, a la vez que su multiplicidad y variedad, el liderazgo de algunos autores y la sumisión de otros, qué valores de sociedad se perciben, es decir, ideologías que pongan a la revista como espejo de la sociedad y, a su vez, refractaria de la misma, así se puede ver cómo se vincula el texto de la revista con la sociedad, es decir, la vinculación de la realidad y la estética (Osuna, 2004). “Si el discurso literario se halla en correspondencia con la historia de la literatura, el discurso social se halla en correspondencia con la historia real” (Osuna, p. 46. 2004). Y, si es posible, establecer las metáforas de los

elementos icono-verbales. Se considera necesario partir del objeto de estudio para ir llegando poco a poco los intelectuales, a los autores, y para descifrar en parte el contexto.

Para el segundo capítulo: “*Transformaciones sociales y culturales: de los ilustrados del siglo XVIII a los intelectuales del siglo XIX*”, se revela una manera de comprender los cambios históricos en los cuales se inscribe la vida de los hombres considerados intelectuales. En este capítulo el lector atravesará dos momentos históricos importantes, el paso de hombres “ilustrados” a “intelectuales” y las grandes transformaciones políticas y culturales en nuestro país. Dicho esto, se considera que los grandes cambios de principios del siglo XIX son el fruto de las ideas ilustradas, por esto, los principales autores de lo que podría llamarse literatura nacional, abordaron el problema de la tradición cultural española de la segunda mitad del siglo XVIII respondiendo a las corrientes de la *Ilustración* (Silva, 2002); posteriormente, con el proceso de independencia, se forjan nuevas dinámicas y nuevos mecanismos de articulación a la vida cultural, lo cual se ve reflejado en la conformación de los denominados intelectuales, y la aparición de múltiples revistas literarias como órgano de expresión de sus ideas durante la segunda mitad del siglo XIX. El contexto, además, será orientado por los preceptos de Renán Silva (2002) y Ángel Rama (1998). Por su parte, Silva estructura los aspectos culturales que involucran la educación ilustrada y universidad, el autodidactismo al margen de la universidad, la lectura y el libro, la representación del trabajo, la riqueza y el saber, entre otros. Básicamente, lo que pretende es señalar que la Ilustración no es solo el movimiento de las ideas, que tanto se ha estudiado, sino que, es un momento histórico que incluye el individuo y la comunidad en sus actividades representativas generadas como prácticas ilustradas o amplias actividades de la sociedad, es decir, formas del pensamiento Ilustrado en el día a día; mientras que, Rama formula el discurso como una práctica realizada por agentes para responder a las exigencias sociales del momento. De esta manera, se puede analizar el papel de las culturas urbanas y la transformación de la escena pública, es decir, los lugares e instituciones que organizan y dinamizan la vida cultural a la vez que ponen de relieve el papel que han jugado los principales actores culturales (los intelectuales) en la actividad que se vive en la calle, en los diarios, en el mundo de las comunicaciones pasando por la fundación de instituciones como la escuela obligatoria, los claustros universitarios y los institutos de ciencia y arte.

En esta investigación se utiliza el término ‘intelectual’ con el fin de señalar a los hombres que, de diversas formas, hicieron posible la constitución de la revista *El Montañés*. Es por esto que, partiendo de los planteamientos de Carlos Altamirano (2010), el intelectual como aquella persona que posee conocimientos y aptitudes cultivadas, se determinarán esas condiciones específicas que configuran un intelectual, toda vez que entendemos que este concepto no se limita a una única función dentro del contexto de producción de la revista, sino más bien a un sinnúmero de actividades llevadas a cabo por estos hombres dentro de las diferentes esferas del campo social y cultural de la época. Es decir, el intelectual pensado como “productor” en relación constante con un contexto.

Para finalizar con esta estructura metodológica, el tercer capítulo de esta investigación: “*La vida intelectual en Medellín a finales del siglo XIX. El espíritu de una época*”, se centra en el tema de los intelectuales y sus formas de interacción. En este capítulo se expone la representación que los colaboradores de *El Montañés* hicieron de ellos mismos como intelectuales, para esto se hace un recorrido por algunos aspectos de la vida pública de cada uno de ellos, para finalmente hablar de los colaboradores más visibles, o más activos por decirlo de una mejor manera, dentro de la vida de la revista. Así pues, nos permitimos referenciar estos personajes centrando nuestro interés en las diversas funciones intelectuales que desarrollaban, tales como la escritura ficcional, el ejercicio crítico literario, la participación en asociaciones comerciales, culturales y la participación política. A medida que se exploren estas funciones, se ve cómo sus actividades están ligadas a la transformación de la ciudad y, por lo tanto, de la sociedad, que finalmente será el público receptor de la revista como estructura de red según Liliana Weinberg. Desde Pita (2012) y Granados (2017) se aborda el concepto de redes de intelectuales entendiendo que esas actividades desarrolladas por los intelectuales se llevaban a cabo dentro de unas circunstancias específicas y trascendían incluso, a veces, las esferas sociales, ideológicas y culturales. El ejercicio intelectual promovía entonces la creación de lazos de amistad, relaciones comerciales, asociaciones, entre otras. Es decir, un tejido de hombres que se relacionaban entre sí dentro y fuera de la vida pública con el fin de compartir su propio capital simbólico. Así mismo se incluirá el papel que cumplió la red en la sociedad en tanto gestores públicos de la cultura. Para ello:

la historiografía en torno a las redes intelectuales permite preguntarse por los proyectos culturales, políticos y de identidad que las soportan y, en parte, las estructuran (revistas, bibliotecas, cercanía y afinidad con partidos políticos, particularmente de izquierda o con proyectos comprometidos con la búsqueda de la identidad nacional o continental). También, al estudiar las redes intelectuales es posible encontrarse y derivar hacia los soportes materiales de las prácticas culturales en las cuales se ven inmiscuidos los intelectuales (revistas, libros, epistolarios, diarios y prensa). Al estudiar las redes de intelectuales es posible analizar las prácticas culturales de los miembros de una red (discursos, congresos, reuniones académicas, la docencia, prácticas editoriales y cultura impresa) (Granados, 2017, p.72).

Esto llevó a pensar en si la revista *El Montañés* nace como resultado de la conformación de una red de intelectuales, o si, por el contrario, es la revista como objeto la que promueve la conformación de esa red de intelectuales, a través de la suma de colaboradores al interior de ella.

Para finalizar, esta investigación cierra con sus respectivas conclusiones y bibliografía consultada y citada para la investigación. Además, incluye varios anexos entre los que se encuentra la matriz de sistematización de la revista.

Capítulo 1
De lo general a lo particular: Descripción e
interpretación biográfica de *El Montañés* (1897-
1899)⁴.

En un país donde ya no hay guerras; donde la política se acabó y las industrias las acabaron; donde las ciencias apenas si habrá quien las sospeche, y la vida social no existe, todas las energías que la mera lucha por la vida deja sobrantes se agrupan alrededor de la literatura, único fogón que todavía arde y da calor. Y así, jamás hubo tantos periódicos como hoy, cuando el verdadero periodismo no puede existir [...] Y es nuestra literatura, no el solaz de un pueblo rico que se da el lujo de descansar, sino los cuentos con que los pobres entretienen el hambre en las noches frías y oscuras.⁵

Prólogo. 1898, p 278.

Según Rafael Osuna en *Las revistas literarias. Un estudio introductorio* (2004), una revista literaria es “una publicación periódica cuyo contenido es exclusivamente literario; esto es, en ella se publican textos poemáticos, narrativos, dramáticos o ensayísticos” (p. 19). Este tipo de revista fue bastante común en Colombia durante el siglo XIX. Con la delimitación temporal de esta investigación, se encuentra que, en la segunda mitad del siglo XIX en Medellín, surgieron múltiples revistas literarias y misceláneas (textos políticos, crónicas, etc.), sin embargo, la revista *El Montañés* a pesar de tener el carácter misceláneo, en su contenido predominaron las publicaciones literarias gracias a los deseos de alcanzar el progreso que tenían en mente sus creadores. La palabra escrita se convirtió entonces en el arma más eficaz para lograr este objetivo, en el que tanto

⁴ Este trabajo es fruto del Seminario II (Autor/Tema/Géneros literarios 1) Literatura y prensa de la Maestría en Literatura de la Universidad de Antioquia impartido durante el primer semestre del 2019 por la profesora Ana María Agudelo Ochoa.

⁵ Prólogo, en la "Reseña mensual" alude a las restricciones impuestas a la prensa por la Regeneración.

liberales como conservadores prestaron sus plumas a la creación de una nación civilizada. Entre las revistas que surgieron durante este periodo de tiempo están: la revista *Miscelánea* (1894-1901), *La Bohemia Alegre* (1895-1897), *El Repertorio*⁶ (1896-1897) y *El Montañés* (1897-1899).

Todas estas revistas comparten unas características que las hacen susceptibles de estudio, pues permiten no solo apreciar y analizar la revista como un objeto hemerográfico que provee información muy valiosa para este tipo de estudios, sino que además, según los intereses particulares de cada investigador, revelará información fundamental para entender el proyecto de nación que tenían en mente sus creadores y colaboradores, las ideas de estos personajes y el contexto en el que se llevaron a cabo sus múltiples actividades como hombres activos en la sociedad del momento. Esas características particulares de las que se hablan han sido propuestas por Osuna como un modelo metodológico a seguir. De ahí que, en las siguientes páginas, y como él mismo lo nombra, se describa y analice la biografía de la revista desde sus instancias visibles e invisibles. Cabe aclarar que por instancias visibles entendemos los aspectos materiales de la revista, es decir, la revista como un objeto susceptible de descripción, y las instancias invisibles son aquellos aspectos que no se encuentran constatados en las páginas de la revista, sino fuera de ellas. Como lo expresa el mismo Osuna: “las primeras se detienen, a todos los efectos, en un análisis cuasi bibliográfico de la revista, mientras que las otras van a la búsqueda de los factores subyacentes que pueden explicar la problemática textual” (p. 131).

Dicho lo anterior, *El Montañés (1897-1899)* como objeto de estudio, bajo la lupa de las categorías propuestas por Osuna, cumple con estas características. Como primera instancia, es una “publicación periódica” pues su publicación se dio con una periodicidad mensual durante dos años con una pequeña interrupción entre agosto de 1898 y diciembre

⁶ Entre junio de 1896 y mayo de 1897 circula *El Repertorio*, “primera revista ilustrada de la región antioqueña. Por medio de ella se dan a conocer artículos de crítica y creación literaria de autores locales, nacionales y algunos extranjeros; asimismo, partituras, estudios sobre arte y música y ocasionalmente textos científicos. Sus directores, Luis de Greiff y Horacio M. Rodríguez se propusieron fomentar y educar en las artes plásticas y para ello incluyeron en ella grabados, zancograbados y xilografías de los maestros Francisco A. Cano y F. A. Maya” (Tamayo y Botero, 2012, p. 155- 161). Hay que anotar que además de ilustrar algunas obras literarias, se difundieron grabados, acompañados de una corta biografía, de los hombres más ilustres de la época; tradición que continúa en *El Montañés* (Tamayo y Botero, 2012).

del mismo año. Gracias a la sistematización que se hizo de ella, se pudo constatar también varias de estas características que se cumplen así: un sentido colectivo y una miscelánea de nombres en efecto a la gran variedad de hombres que participaron entre sus colaboradores. Un carácter ecléctico otorgado por la heterogeneidad de los géneros en sus colaboraciones, la diversidad en las disciplinas que la revista aborda y, por supuesto, la no pertenencia a ninguna escuela o corriente filosófica. Al ser una revista, su contenido se encuentra fragmentado por los diferentes números publicados que finalmente forman un todo como lo menciona Osuna; de hecho, se podría asegurar que cada número salía con el propósito de ser coleccionado, por ello se puede encontrar en *El Montañés* una portada y un índice por cada año de publicación con todos los textos que se escribieron en las diferentes entregas, además de una numeración de página consecutivo en cada año.

Ahora bien, después de esta constatación general, se hará una descripción más detallada de las partes de la revista en la que se ahondará en sus instancias visibles e invisibles.

Descripción objetual de las instancias visibles:

El primer número de la revista *El Montañés* sale a la luz en los primeros días de septiembre de 1897, hasta noviembre de 1899; en ese lapso de tiempo publicó veinticuatro números con una circulación mensual. Los números 9-10 y 19-20, se publicaron como números dobles en los meses mayo-junio del primer año (1898) y junio-julio respectivamente; como número triple, del 22 al 24, correspondiente a septiembre octubre y noviembre del segundo año (1899). En promedio, hay alrededor de 50 páginas en cada uno de los veinticuatro números publicados: el más voluminoso es el número triple 22-23-24 con 98 páginas; los más breves son los números 5 y 12, con 30 y 32 páginas cada uno. Dentro de las 161 colaboraciones que tiene en total la revista, se publicaron 48 poemas (siendo este el género dominante), seguido de veintidós cuentos, entre ellos algunos de los más reconocidos de Tomás Carrasquilla; veintiún publicaciones de crítica literaria y artística, doce crónicas, siete publicaciones de índole científico, entre los que se encuentran estudios etnológicos, estudios de fauna, un texto de topografía y una publicación sobre los alcances de la energía eléctrica. Con menor número de publicaciones, pero no menos importantes, se encuentra que la revista también publicó

cinco ensayos y siete semblanzas de autor. Por último, con una o dos publicaciones cada una, encontramos el fragmento de la novela inédita y sin título de Samuel Velásquez (Intelectual, escritor, artista plástico, poeta, narrador y pintor) de quien hablaremos más en detalle en el tercer capítulo de esta investigación; un acta jurídica, un comunicado a los lectores de la revista, varios discursos, un juego de palabras, un relato histórico, una partitura, una obra de teatro y un monólogo.

Al respecto conviene decir que la anterior clasificación se realizó para esta investigación, apoyada en el marco teórico y bajo los géneros propuestos por José Manuel Marroquín en *Lecciones elementales de retórica y poética*, (1882 reeditado en 1935, bajo el título *Retórica y poética*), como se expresó anteriormente en las consideraciones metodológicas. Según Marroquín:

En un sentido general, la palabra *literatura* comprende todos los escritos, cualquiera que sea el género a que pertenezcan. (...) En un sentido menos amplio, la palabra *literatura* designa las producciones que van dirigidas a la imaginación y a la sensibilidad, como las poesías de todo género, las novelas y los cuentos (3).

Lo anterior permitió, luego de una juiciosa lectura de la revista, clasificar, según lo expuesto por Marroquín, cada una de las de las colaboraciones en la revista *El Montañés*. De esa manera se pudo presentar el anterior sumario y realizar de manera más organizada la selección de los textos que componen el corpus de esta investigación. Siguiendo la misma línea de sentido, con esta clasificación en mente, se constató que, efectivamente, y como se establece en sus estatutos generales, *El Montañés*, como revista de *Artes, ciencia y literatura*, da cabida a todo aquello que pudiese enriquecer el cultivo de la sociedad y favorecer su ideal de progreso como queda claro a continuación:

Aspiramos hacer de ella (la Revista de *El Montañés*) una publicación amena, interesante e instructiva, donde los ingenios de toda clase hallen

campo independiente para lucir sus diversas dotes, y provechoso entretenimiento los lectores que su fortuna le depare.⁷

La índole ecléctica de nuestro periódico, no afiliado especialmente a escuela filosófica o literaria ninguna, su carácter puramente artístico y científico y sus tendencias patrióticas, parecen hacerlo acreedor a simpatías por parte del público y merecedor del apoyo de las personas amantes del progreso.

El Montañés, agosto de 1897 (S.p.)

Comenzando con lo más inmediato, como señala Osuna en *Tiempo, materia y texto, una reflexión sobre la revista literario* (1998), la revista posee espacios materiales que son cuantificables, es decir, que ocupan un espacio físico. Estos espacios definen la materialidad de la revista y la convierten en algo único pues solo posee una edición. Esta materialidad hace que la revista no se defina solo por “sus discursos lingüísticos, sino también por sus discursos artísticos y tipográficos” (p. 7), lo que se constituye como un elemento de identidad y no como algo simplemente fortuito. Como parte de esa materialidad, o instancia visible tenemos:

Título y subtítulo:

Se pasa ahora a hacer una lectura del título de la revista. Si bien el título “expresa el contenido de ella o su mensaje central” (2004, p.135), *El Montañés*, como título de la revista es un referente al topónimo de la localidad donde se hace y, además, refleja el orgullo regionalista de sus creadores. Aunque Antioquia era una provincia rodeada por una topografía montañosa que la mantenía alejada de los puertos y de la capital nacional, tenía en Medellín un movimiento de hombres que se consideraban a sí mismos intelectuales, para los que la lejanía no era sinónimo de “ignorancia y atraso intelectual⁸” por el contrario, tenían un afán de ponerse al corriente con las diferentes manifestaciones

⁷ Se actualiza la ortografía con respecto al texto original en todas las citas de la revista *El Montañés*

⁸ Véase el estudio sobre Ideologías y canon en las revistas literarias y culturales de Medellín, 1897-1912 escrito por Shirley Tatiana Pérez Roldán (2013, p50).

artísticas del mundo. Esto queda bastante claro cuando, en la colaboración N° 8 de abril de 1898 a cargo Carlos E. Restrepo se menciona: “*El Montañés*, como revista, y nosotros los montañeses, como lectores, debemos seguir la corriente del movimiento literario moderno, y ya que no nos es dado sobrenadar en ella, hagamos que al menos nos arrastre” (p.p. 346-347).

De aquí que, la primera toma de posición con respecto a los partidos políticos liberal y conservador, por parte del nuevo grupo de intelectuales reunidos en torno a *El Montañés*, puede verse en el nombre que escogieron para la publicación, que alude directamente al sentido de pertenencia regional como se indicó anteriormente, pues este término hace referencia directa, aún todavía, a las personas oriundas del departamento de Antioquia. Según Dora Tamayo y Hernán Botero (2005), durante la época en que surge *El Montañés*, en todo Latinoamérica se gesta una nueva condición de nacientes repúblicas, fenómeno que acontece también en Colombia, por lo que “el costumbrismo regional y nacional cumplió una tarea adicional a la de registrar costumbres y tipos: la de dar a conocer, por primera vez, un inventario de realidades propias, autóctonas, prólogo y fundamento de una literatura nacional” (p.16). En lo que a esto se refiere, hay que señalar el interés autocrítico por parte de los colaboradores de *El Montañés*, en realizar una valoración del lenguaje y sus múltiples expresiones por medio de las colaboraciones en la revista.

Como parte del sentido regional, se encontró también que todos los colaboradores de la revista son antioqueños. Algunos de estos personajes, como Pedro Nel Ospina (1858-1927), Mariano Ospina (1869-1941), Gabriel Latorre (1867-1938), Francisco Gómez Escobar (Efe Gómez 1867-1938) y Carlos E. Restrepo (1867-1937), tuvieron una activa vida política, comercial, intelectual y/o artística como se verá en el tercer capítulo de esta investigación. En este sentido, y pese a que en sus estatutos proclaman no pertenecer a ninguna escuela filosófica y se esfuerzan en ello, la mayoría de los colaboradores de la revista, ejercen durante sus colaboraciones, o posterior a ello, cargos públicos bajo las ideologías del partido conservador.

Por otra parte, con el subtítulo de la revista: “*artes, ciencia y literatura*” queda clara la motivación de la revista y deja ver el animado propósito que tenían de

“proporcionar esparcimiento intelectual para todos los gustos decentes, y estimular cuanto esfuerzo en artes, o en ciencias se haga”⁹ respondiendo, en cierta medida, a la necesidad de alcanzar una formación más equiparable a la europea. En palabras de Osuna, este título y subtítulo “establece la relación de los tituladores con la revista y con su público, y pone de relieve la primacía del discurso central” (p. 136), puesto que el montañés podría ser cualquier cosa, un almacén de herraduras, por ejemplo. Así pues, el subtítulo, en este caso, sirve para aclarar el título en cuanto a su carácter literario y misceláneo.

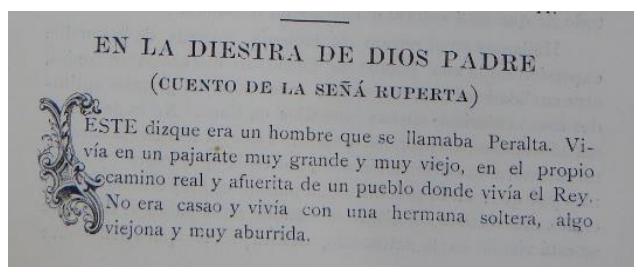
El formato:

El formato elegido para la revista, durante el periodo de publicación (1897-1899), mantiene el tamaño en 15 cm de ancho por 22cm de largo, de forma rectangular y orientación vertical; formato que viene “impuesto por la función lectiva: de arriba abajo, de izquierda a derecha, en líneas paralelas y en columnas” (Osuna, 2004. P.133); este formato subraya un tono formal que permite enmarcar de manera ajustada los trabajos publicados que, conformados en su totalidad por texto, con algunas ilustraciones, enfatizan el interés por darle un realce tanto al contenido como a la forma y denotan una seriedad en la producción de la revista; esto podría ser considerado también un indicio del tipo de público o tipo de lector al que apuntaba la revista. Según la interpretación dada en esta investigación, un lector serio, organizado en sus labores y comprometido con el orden de la ciudad misma. La formalidad de la revista se nota también en la elección de la numeración consecutiva que va del número 1 al 24, lo que facilita el almacenamiento y posterior empastado. La tipografía romana redonda da la impresión de una revista que privilegia el texto en la mayoría de los casos y es maximizada por el uso de viñetas al comienzo de los párrafos a la vez que señala una relación entre homogeneidad y simetría. La elección de esta tipografía podría indicar, además, la concepción estética que tenían los creadores de la revista, pues “el buen uso que este tipo hace del espacio subraya, no solo su carácter comercial, sino también la comodidad que otorga a la lectura larga y sin obstrucciones” (Osuna, 1998.p. 50). En cuanto a las viñetas, estas no varían mucho entre

⁹ Prólogo, *Reseña mensual (impresiones personalísimas)*, N° 1, septiembre 1897, p 45.

un número y otro, pero sin duda, atraen la atención del lector y “crean secuencias temporales de lectura y hacen más legibles los textos” (Osuna, 2004. P. 132) pues indican claramente el inicio de una nueva colaboración en la revista junto a las letras capitales que conforman los títulos de los textos como puede apreciarse a continuación:

Imagen 1: Letras capitales

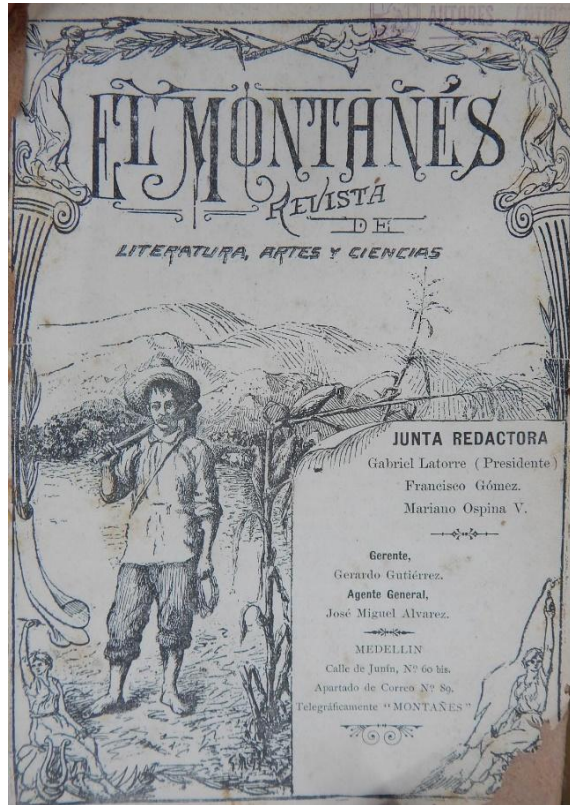


En la diestra de dios padre de Tomás Carrasquilla, en *El Montañés* (1897). Sep. Vol. 1 p, 22.

Al respecto conviene decir que, al pasar por cada una de las colaboraciones de la revista y examinar la manera en que estas se encuentran distribuidas, la revista respeta la simetría en su interior, es decir, privilegia el uso eficiente del espacio en la distribución de los textos. Sumado a lo anterior, la ubicación estratégica de las ilustraciones y el uso de algunos “elementos estilísticos” hacen de la lectura de *El Montañés* algo ameno. Finalmente, es importante mencionar que todos estos elementos encontrados en el formato son, de alguna manera, elementos identitarios dentro de la revista, pues todos ellos como unidad hacen posible la lectura de la revista como un todo, o como una unidad. Es importante mencionar que muchos de estos elementos también se encuentran presentes en otras revistas de la época, como por ejemplo *La Bohemia Alegre*, que circuló a la par con *El Montañés* durante 1897 y, por supuesto, en *El Repertorio*. Todas estas revistas, como ya se mencionó anteriormente, fueron el resultado de grupos de jóvenes reunidos en torno a tertulias literarias y conversaciones de salón, de ahí que no sorprenda la similitud entre ellas, no solo en el formato sino además en las intenciones detrás de estos proyectos, pues muchos de estos jóvenes participaban simultáneamente en la creación de varias revistas.

Portada

Imagen 2: portada de *El Montañés*



Portada de la revista *El Montañés* (1898). Agosto, vol 2.

“La portada de una revista es como la fachada de un edificio: mucho nos dice de lo que hay en su interior” (Osuna, 1998, p. 142). No hay que olvidar que la portada es un elemento artístico que ofrece pistas muy importantes de lo que se encuentra en el interior. Así pues, se hará ahora una descripción de los elementos que componen la portada de nuestro objeto de estudio (imagen N°2)¹⁰ y se analizarán algunos de ellos. Dicho esto, la ilustración de la portada, en la que aparece el título de la revista con tipografía mayor y debajo de este, en tipografía pequeña, todo en mayúscula sostenida, el subtítulo “*literatura, artes y ciencias*”, da un aire de elegancia al título que contrasta con la imagen del campesino y la tradición local.

¹⁰ Ilustración Portada Revista *El Montañés*, 1898 segundo año de publicación. Ubicada en la Sala de colección patrimonial de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz. Universidad de Antioquia

En el lado inferior derecho, los nombres de los integrantes de la junta redactora, el gerente y agente general junto a la descripción del domicilio de la revista. Llamen la atención las ilustraciones de la portada: en la parte superior, y abarcando los bordes externos unas musas con instrumentos musicales paradas sobre unas largas columnas jónicas que sugieren una arquitectura griega y otras dos musas en cada esquina del borde inferior. En el fondo de la portada la presencia de grandes montañas acompañadas de una variedad de plantas y en un primer plano una planta de maíz, base alimenticia de la región antioqueña, y algunos animales. Al frente, un personaje que alude a la tipificación de un “montañero” (expresión coloquial con la que suele llamarse a las personas oriundas de Antioquia dadas las razones geográficas en el apartado del título y subtítulo) con elementos identitarios de la región, como los son: su típico sombrero de paja, un hacha en la mano derecha y un lazo en la izquierda, viste camisa suelta, pantalón bombacho y, lo que más llama la atención, y refuerza la idea del “montañero”, no tiene calzado (Ver imagen N°1), pues lo diferencia de las personas capitalinas. Estos elementos, evidentes en la portada, son, en su mayoría, tomados del himno antioqueño¹¹ y adaptado a los propósitos de civilización a los que apuntaba la revista. En general, se presenta un contraste entre estos elementos de la portada, toda vez que los ilustradores recurrieron a representaciones griegas como las musas y las columnas, símbolo de la cultura para Occidente y a representaciones típicas de la región como el hacha, el sombrero y el hombre descalzo como alusión a la tradición regional. Esto permite identificar esos pequeños pero significativos cambios en las tradiciones culturales de la región que dan paso a las nuevas ideas traídas de Europa y que cada vez van tomando protagonismo en las diferentes representaciones de la cultura local como ejemplo de progreso.

Como bien se mencionó antes, dada la ubicación geográfica, Antioquia estuvo aislada del centro del país y de su capital, por lo que la constitución de esos rasgos identitarios que conforman la imagen de *El Montañés* compone a su vez rasgos idiosincráticos colectivos que tipifican las costumbres y la concepción del mundo que

¹¹ *Estrofa II*: El hacha que mis mayores me dejaron por herencia, la quiero porque a sus golpes libres acentos resuenan. *Estrofa V*: Nací sobre una montaña, mi dulce madre me cuenta que el sol alumbró mi cuna sobre una pelada sierra.

tenían en esta región¹². En palabras de María Teresa Arcila Estrada (2006) en *El elogio de la dificultad como narrativa de la identidad regional en Antioquia*, debido al entorno geográfico, los antioqueños se vieron obligados, como pueblo de montaña, a enfrentar con tenacidad al medio agreste y hostil que les correspondió habitar, el mismo que interpuso obstáculos para su progreso. De la lucha contra esas dificultades del medio, lograron salir victoriosos, lo que “cimentó sentimientos de orgullo y valoración y forjó el carácter dinámico y emprendedor que se les adjudica” (p. 40).

Bien pareciera, por todo lo anterior, que de la descripción de los elementos gráficos que componen la portada, se puede deducir que existe una creciente necesidad de realzar la mezcla entre la cultura arraigada en la población antioqueña y las influencias intelectuales que vienen de otras partes del país, incluso a veces, de otras partes del mundo. Como se ve, la portada de la revista refleja el contraste entre conservar el amor por la región y avanzar hacia nuevos horizontes sin imitar las costumbres extranjeras. Así lo expone Mariano Ospina Vásquez (1869-1941) en una de las reseñas mensuales publicadas bajo el seudónimo de ‘Prólogo’:

Siempre he deseado hallar en las producciones literarias de Colombia la combinación artística de los elementos indígenas. Que dejara el extranjero de imprimir su sello en nuestra obra original como si estuviéramos condenados a la imitación eterna.” (*El Montañés*, 1897, p. 105)

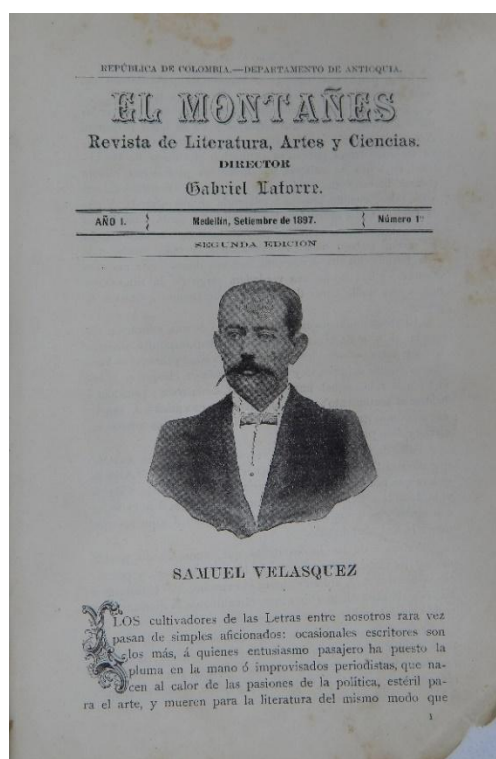
Los colaboradores de la revista son conscientes de esto, y, por lo tanto, emprenden esta nueva empresa, con un ferviente deseo de promover un ideal de progreso que incluya el descubrimiento de una realidad social en la que se cuestionan costumbres, valores y prácticas. Para estos personajes, progreso no significaba negar la tradición, por el contrario, significaba aferrarse a ella para generar un sentimiento de nación y avanzar

¹² Tanto en los textos literarios como demás reflexiones de la revista se resalta la labor del arriero, los paisajes montañosos, el dialecto de los antioqueños, los ritos y creencias, la lucha por la consolidación de una identidad de cara a la modernidad, donde aspectos como la construcción de catedrales, acueductos, redes de energía y otros elementos, muestran cómo la idea de ciudad moderna transforma las formas de habitar el territorio y las prácticas socioculturales de los habitantes de la provincia antioqueña.

tomando la experiencia extranjera como modelo, como ejemplo a seguir y de esa manera alcanzar el proyecto civilizador. De ahí que, en la portada de la revista se ubiquen, por un lado, los ecos clásicos como base fundamental de ese proyecto civilizador y por otro los referentes identitarios antioqueños.

Texto e imagen:

Imagen 3: portada *El Montañés*



Gabriel Latorre en la portada de la revista *El Montañés*, septiembre de 1897.

Ahora bien, la revista *El Montañés*, como sucesora de *El Repertorio*, continúa con la tradición impuesta por esta última de ilustrar la revista. De hecho, muchos de los colaboradores de *El Montañés*, colaboraron también en *El Repertorio*, meses después de terminada esta, nace la revista *El Montañés*. Por lo tanto, no es de asombrar que muchas

de las características de las revistas sean muy similares, de hecho, casi iguales. Sin embargo, en *El Montañés* se puede apreciar un esfuerzo para que la publicación privilegie, no solo en la portada, sino en toda la revista, las representaciones gráficas¹³. En este mismo sentido, hay también un empeño porque el texto aparezca bien cuidado y con una tipografía armoniosa y atractiva para la lectura, esto es evidente en la distribución y el espacio que ocupa cada entrega dentro de la publicación como puede apreciarse en la imagen N° 3.

Sin duda alguna, el formato elegido por los fundadores daba importancia a la expresión de las artes plásticas, lo que podría ser un indicio de la financiación de la revista, pues la reproducción de este tipo de formato era mucho más costosa en comparación del formato de solo texto. De ahí que, en un total de 950 páginas, encontremos solo 83 ilustraciones utilizadas a lo largo de la vida de la revista. Es decir, solo el 8.7% de la revista estaba ilustrada. Comparada por ejemplo con *Papel Periódico Ilustrado (1881-1888)* donde el 25% de cada número estaba ilustrado, podríamos decir que la financiación de la revista *El Montañés* era escasa y dependía en gran medida de los suscriptores y los pagos que estos hacían. En el siguiente apartado: *Costos y producción*, hablaremos más al respecto de esto.

De todos modos, la revista *El Montañés* realizó notables esfuerzos por conservar su línea editorial y privilegiar el arte, por lo que fue bellamente adornada con viñetas y se esmeró en presentar a sus lectores los grabados y fotograbados de sus ilustradores. Con todo lo anterior, se pudo hacer una pequeña catalogación del tipo de ilustración. Incluso, al final de cada número aparece junto al índice de autores, un índice de los colaboradores en las categorías de dibujante, fotógrafo, grabador y fotograbador. Vale la pena, además, resaltar que este trabajo de ilustrar la revista era un trabajo realizado para *El Montañés* exclusivamente. Las ilustraciones, los grabados, los fotograbados y las fotografías que

¹³ Vale la pena aclarar que la propuesta de ilustrar las revistas no es originaria ni de *El Repertorio*, ni de *El Montañés*. Una década antes el *Papel Periódico Ilustrado (1881-1888)* había logrado un notable trabajo en cuanto a ilustraciones dentro de un proyecto como el de estas revistas. Para más información, véase Vallejo Murcia, Olga (2010). "Una propuesta de lectura del *Papel Periódico Ilustrado (1881-1888)* El tema de la imagen ", en: *Observaciones históricas de la literatura colombiana. Cuadernos de trabajo III*. Medellín: La Carreta Editores, p. 155-186.

aparecen en la revista no son tomados de otras publicaciones. En la siguiente tabla aparecen catalogadas las ilustraciones y su ubicación dentro de la revista:

Tabla 1: autores, categorías y paginación.

Índice publicado en el segundo año 1899			
Categoría	Nombre	Páginas	Total
Dibujante	Gabriel Montoya	Portada, 12-17-31-33-80-194-269-276-317-332-333	12
	Horacio M. Rodríguez	38	1
	Melitón Rodríguez	312	1
	Marco A. Tobón	151-199-234-243-265-425	6
	Samuel Velásquez	359	1
Fotógrafos	Manuel Botero E.	368	1
	Duperly & sons	380	1
	Gonzalo Escovar	169-213	2
	Bernardo Gutiérrez	128-456	2
	Rafael Mesa	54-115-293-421	4
	Rodríguez Hermanos	1-97-187-191	4
Grabadores	Pedro L. Velilla	290	1
	F.A. Maya	296 (bis)	1
	Gabriel Montoya	96	1
Fotograbadores	Anatolio Peláez	306	1
	Manuel Botero E.	202-368	2
	Manuel Botero E. y compañía	93-169	2
	Rafael Mesa	265-269-276-290-293-332-333-359-380-389-421-425-443-456	14
	Rodríguez y Mesa	1-12-17-31-33-38-45-54-80-97-115-128-133-151-157-163-187-191-194-199-213-234-243-251-317-349	26

Como se observa en la sección de autores, es posible encontrar una gran variedad de nombres de artistas que se encargaban de las ilustraciones. Según Santiago Londoño en su artículo “*Las primeras revistas ilustradas de Antioquia*” (1994), esta nómina relativamente amplia de colaboradores “muestra la difusión que alcanzaron los procedimientos técnicos, y el interés que despertaron las primeras revistas ilustradas entre los artistas” (p.18).

Véase, por ejemplo, como en la primera entrega aparece un grabado de Samuel Velásquez (ver imagen N° 3) acompañado de una reseña biográfica y la reseña de su obra. De igual manera, otras tantas biografías, de notables personajes de la vida de la revista y la vida pública como lo son Tomás Carrasquilla, Don Carlos Segismundo de Greiff, Samuel Velásquez entre otros. Como era de esperarse, la significativa aparición de

ejemplos de artes plásticas no es producto del azar. En total, de las 161 publicaciones que tiene la revista, se encontraron ocho en las que se consagra un artículo al inicio del respectivo número de publicación, a un personaje ilustrado, esto acompañado de un retrato, elaborado siempre por asiduos colaboradores de la revista, en el que se elogia la vida y obra de ese autor. De esta manera, los lectores tenían la oportunidad de conocer o reconocer a distintos hombres públicos que hacían parte activa de la vida regional. Esto condujo a la formación de una especie de lista de intelectuales¹⁴ como ellos mismos se denominaban, lo que, de manera significativa, contribuyó a perfilar una ideal cultural antioqueño pues, gracias a este tipo de publicaciones, estos personajes ocuparon un lugar destacado en la sociedad, todo ello, producto de su trabajo en el campo de la ciencia, el arte y la educación. Lo anterior, rompe con las dinámicas sociales de la Colonia, en donde los personajes más reconocidos estaban ligados, indudablemente, a lo militar y/o eclesiástico o político. Por lo tanto, podríamos decir que estas biografías publicadas por la revista, “era el primer triunfo cultural de la sociedad civil, cuyos selectos representantes ya están en condiciones de encarnar un ideal de progreso espiritual y en algunos casos científico” como lo señala Santiago Londoño (1994) en el artículo titulado *Las primeras revistas ilustradas de Antioquia* (p.8).

Podríamos decir también que, algunas de las ilustraciones utilizadas ayudan a reforzar los ideales propuestos por los Estatutos de la Compañía. Pues como se sabe, los fundadores de *El Montañés* buscaban desligar sus colaboraciones de toda corriente política o filosófica, siendo así, que por primera vez en Antioquia y continuando con el legado de sus antecesores en *El Repertorio*, circularon en Antioquia imágenes impresas que no tenían ningún carácter religioso ni militar, promoviendo lo que sería el inicio de una cultura visual al alcance de los lectores. Para Mitchell (2009), al incorporar estas imágenes con distintos formatos, en distintos soportes y géneros (pues las ilustraciones van de la mano tanto de cuentos y poesía, como en semblanzas de autor entre otros), esta revista de carácter artístico, —según se expresa en la circular de colaboración del 20 de agosto de 1897 —, posibilita a los lectores una ventana al mundo y permite ejercer la

¹⁴ Se consideran intelectuales para esta investigación dados los planteamientos propuestos por Altamirano (2010) ampliamente expuestos en el marco teórico.

mirada en sus múltiples variantes. Es decir, a través de las ilustraciones de la revista, en palabras de Alejandra Torres en *Leer y mirar: la apuesta de Rubén Darío como director de revistas ilustradas* (2014), se da una “doble visibilidad cultural” dado que con las imágenes se apuesta a que el lector no solo “lea”, sino que también “mire” los contenidos de las publicaciones, pues las ilustraciones que se eligen producen sentido y construyen un imaginario social.

Costos y producción:

Dado que la presencia de las ilustraciones en la publicación es evidente, destaca la calidad del papel utilizado. La revista *El Montañés* utilizaba un papel de calidad media, en tonalidad beige que iba en consonancia con su línea gráfica de mucha sobriedad. Se trata de un papel de gramaje medio similar al utilizado luego por *La Bohemia Alegre*. Según la información encontrada durante esta investigación en la misma revista objeto de estudio, la impresión la realizaba la Tipografía del Comercio¹⁵ durante su primer año, y durante el segundo la Tipografía Central¹⁶, en la misma ciudad.

Sobre los costos que implicaba la revista o sobre sus finanzas en general, se sabe que, según la investigación sobre *Las primeras revistas ilustradas de Antioquia*, realizada por Santiago Londoño en 1994, un aviso de página costaba \$ 6.0 pesos, y la suscripción anual valía \$ 3.0, lo que permitió a los editores proclamar que era “la revista más barata que se publica en Colombia¹⁷” De la misma manera, en el libro *Ideologías y canon en las revistas literarias y culturales de Medellín (1897-1912): Lectura histórico literaria de El Montañés (1897-1899), Lectura y Arte (1903-1906) y Alpha (1906-1912)* del 2010,

¹⁵ El Comercio era la tipografía cuyo fundador fue Félix de Bedout, quien fue reconocido como el impulsor de la imprenta de pedal en Medellín y del arte tipográfico. Años después consolidaría su empresa y cambiaría su nombre por tipografía Bedout y luego Editorial Bedout. En Ochoa, L (1948). *Cosas viejas de la villa de la candelaria*. Medellín: Escuela Tipográfica Salesiana, p. 100.

¹⁶ Esta imprenta fue fundada hacia el año 1890 por Antonio J. Gutiérrez y Eduardo Fernández. Ese mismo año fue instalada en la calle Colombia, a la altura del centro de la ciudad. Para el año 1891, ya en funcionamiento, su primera publicación fue el periódico *La República*, del candidato presidencial Marcelino Vélez (Ochoa, L. (1948).

¹⁷ Santiago Londoño en “*Las primeras revistas ilustradas de Antioquia*”. En Boletín bibliográfico y cultural del Banco de la República, afirma que esta información se encuentra en los núms. 22-23-24 septiembre-octubre- noviembre de 1899 de la revista *El Montañés*. Sin Embargo, en el ejemplar revisado no se pudo hallar la información que señala Londoño.

Tatiana Pérez Robles supone que la revista tenía un costo similar a su predecesora *El Repertorio*, es decir, alrededor de \$ 0.35 el número suelto y a \$ 4.00 la serie de 12. Haciendo la comparación con el precio de *El Espectador*, el costo de la revista era relativamente alto, ya que el diario valía \$ 0.05, y la serie de 12 costaba \$ 0.60 y la serie de 24 ejemplares tenía un costo de \$ 1.2.

En todos los números aparece la revista con domicilio en la Calle de Junín, N° 60 bis en el primer año, para el segundo cambia la nomenclatura al N° 91 de la misma calle, mientras que la redacción se establece el apartado de correo N° 59.

Como puede verse, la revista fue un proyecto moderadamente estable, que podría ser reflejo de la capacidad económica del grupo fundador para sacar adelante la edición de la revista. Según la información consultada para esta investigación, la mayoría de los personajes detrás de proyectos como las revistas literarias, pertenecían a una élite, a una clase social acomodada con capacidad de inversión inicial para proyectos como este. No obstante, en agosto de 1898, Mariano Ospina Vásquez (Prólogo), quien durante cada publicación hace su entrega de la “Reseña mensual (Impresiones personalísimas)”, se lamenta porque cree que puede ser la última entrega del periódico y habla sobre el transcurrir de su trabajo y del periódico:

Ya va a caer el telón. Es el presente, el número final del año primero – y Dios sabe si último- de *El Montañés*. [...] Más aun, la existencia ulterior del mismísimo *Montañés* no tiene nada de segura. Depende ella del favor del público: que es colgar de un hilo de araña. Descúdense un poco los Agentes – que se descuidan tanto; - háganse – así sea tan poco- remisos los suscritores– que tan resbalosos y descontentadizos son de por sí, – y la vida habrá dado a este Montañés, a este hijo de tantas entrañas, a quien hasta sus padres desconocieron – los accionistas que no quieren pagar sus acciones, como si hubiese compromisos que no se comprometieran, – “apenas el tiempo necesario para mirar en torno y perecer”. [...] El Montañés no ha hecho más que seguir el derrotero que desde el principio se trazó: independizarse absolutamente de todo sectarismo, así fuera artístico, así fuera filosófico. (*El Montañés*, agosto 1898, p. 487-488).

De esta circunstancia, y sumando factores sociopolíticos, nace el hecho de que la vida de esta y otras revistas de la época fuera relativamente corta, como el caso de *El Oasis* (1868-1869) y las ya mencionadas *La Bohemia Alegre* (1895-1897) y *El Repertorio* (1896-1897). Nótese que estas no superan los dos años de circulación. La publicación de *El Montañés* se vio interrumpida durante los tres últimos meses (septiembre, octubre y noviembre) de 1898 por cuestiones económicas. Sin embargo, sin los datos financieros de la empresa todo se vuelve especulación.

Por otra parte, no se puede precisar el particular estado de la edición de la revista, pues no se sabe cuánto dinero entraba por ventas y cuánto por publicidad. Respecto a esto último, en los ejemplares consultados en la Biblioteca Pública Piloto y en la Hemeroteca de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz de la Universidad de Antioquia, no hay indicios materiales de que en la revista *El Montañés* se hiciera publicidad a algún tipo de negocio o empresa. Sin embargo, en el artículo de Londoño (1994), encontramos una imagen reseñada como N° 7 de abril de 1898, en la que aparece un anuncio sobre los “Molinos Californianos a manubrio de Antonio J. Quintero e Hijo”. Lo que nos lleva a suponer que al final de cada publicación podría haberse encontrado una sección con anuncios publicitarios, de allí entonces, que la propia revista estipulara el costo de un aviso de página. También se carece de información respecto de las suscripciones; no sólo sería fundamental conocer el número de suscriptores por lo que le hubiera reportado económicamente a la revista, sino para constatar el alcance e influencia de su distribución entre los productores y los consumidores de la revista. En cuanto a su tiraje, Londoño (1994) indica que fue de 2.500 ejemplares, el más alto del siglo XIX en Antioquia¹⁸, de ser cierto, esta es una cifra nada despreciable y que indicaría una buena circulación y aceptación de la revista teniendo en cuenta que, para esa época Medellín tenía cerca de

¹⁸ Londoño Vélez, S. (1994) en *Las primeras revistas ilustradas de Antioquia*. Boletín bibliográfico y cultural del Banco de la República (36), afirma que esta información se encuentra en los núms. 22-23-24 septiembre-octubre- noviembre de 1899 de la revista *El Montañés*. Sin embargo, en el ejemplar revisado no se pudo hallar la información que este autor menciona.

46.000¹⁹ habitantes, de los cuales puede asegurarse que no más del 30% eran alfabetizados²⁰.

Relación con otras revistas:

Pasamos ahora a la publicidad que se hacía de otras revistas. Es casi seguro que, la mayoría de las veces, estos anuncios se hacían a cambio de que ellas publicaran a su vez anuncios de la revista *El Montañés* o por un intercambio de publicaciones de unos y otros autores. Esto se pudo constatar gracias a la revisión de la correspondencia entre los autores y a las mismas colaboraciones dentro de las mencionadas revistas. Sin embargo, y como veremos a continuación, también se hicieron algunas menciones sobre los nuevos periódicos, para asumir una postura crítica frente a su producción. El primer anuncio que se hace de este tipo es en el que se comenta sobre los nuevos periódicos del momento como *El Herald*, *Los Comentarios*, de Medellín; *El Gaulí* y *El Fiscal*, de Honda; la revista *El Domingo*, de Bogotá, la cual dirige, redacta, corrige y escribe Soledad Acosta de Samper; y *El Correo de Antioquia*²¹. Se menciona también, en mayo de 1899 los nuevos periódicos que están saliendo, entre ellos: *El Recreo*, *El Albor*, *El Preludio*, *El Diablo*, *El Sol*, todos de Medellín y redactados según Mariano Ospina Vásquez “por niños de 8 años para arriba” (Nº 18, 247). *La Patria*, de Barranquilla; *El Albor* y *El Calavera*, de Bogotá; *La Voz Municipal*, de Palmira; *La Juventud*, de Bucaramanga²².

Esta información permite confirmar que la reflexión sobre lo literario no estaba enmarcada únicamente a las colaboraciones de la revista, sino que se extendía a otras publicaciones (periódicos o revistas) de diferentes ciudades del país. Lo que será analizado

¹⁹ Las cifras de población se estimaron tomando como referencia las 37.000 personas contabilizadas en el censo de 1883 y las 59.000 del de 1905, y una tasa de crecimiento demográfico del 2.18%. Todos estos datos provienen de: *Libro azul de Colombia*, Nueva York, S.F., pág.211.

²⁰ Jorge Orlando Melo, “las vicisitudes del modelo liberal, en José Antonio Ocampo, *Historia económica de Colombia*, Bogotá Siglo XIX, 1987, pág.126.

²¹ Prólogo, “*Reseña mensual (impresiones personalísimas)*”. En *El Montañés*, nº17 de abril de 1899.

²² Prólogo, “*Reseña mensual (impresiones personalísimas)*”. En *El Montañés*, nº18 de mayo de 1899

más adelante, es si estas menciones ayudaron o influyeron en la construcción de una red de intelectuales al investigar a las personas detrás de estos proyectos y las posibles relaciones que de allí surgieron.

Objetivos y contenido

Es hora entonces de hablar de los objetivos y del contenido de la revista *El Montañés*. Desde los inicios de la revista, en agosto de 1897, se puede ver claramente en los estatutos de la compañía, que la intención de sus fundadores es promover la literatura, el arte y la ciencia y “proporcionar esparcimiento intelectual para todos los gustos decentes, y estimular cuanto esfuerzo en artes o en ciencias se haga” (septiembre, 1897. P. 45).

Sin duda, la autonomía de la obra que pudieran aportar los colaboradores de la revista comienza, para los editores, por la libertad del artista. Este precepto los lleva a defender esta libertad en la primera reseña mensual de septiembre de 1897 cuando anuncian que aspiran hacer de la revista *El Montañés* una publicación interesante e instructiva donde “los ingenios de toda clase hallen campo independiente para lucir sus diversas dotes, y provechoso entretenimiento los lectores que su fortuna le depare” (septiembre, 1897. P 45). Lo anterior marca una línea sobre el contenido de las publicaciones: “textos provechosos” quizá útiles al propósito mismo de la revista, a la vez que proporciona una pista bastante significativa del modelo de “intelectual” – independiente de las ideologías políticas- que se pretende moldear, un intelectual que se desenvuelve en un contexto patriótico con un claro ideal de progreso y que tiene además el firme propósito de instruir, de formar a sus lectores.

Y, efectivamente así fue, en los veinticuatro números publicados se puede ver claramente, que el grupo detrás de *El Montañés* siguió las pautas delineadas por *El Repertorio*; esto queda evidenciado en la colaboración titulada “*Nuestros predecesores*”. Siendo así uno de los principales objetivos del grupo fundador de la revista, establecer una concepción crítica sobre la literatura antioqueña. Gabriel Latorre, presidente de la revista, lo expresa claramente en la colaboración dedicada a Samuel Velásquez:

El arte de escribir no es cualidad innata, sino producto del estudio sostenido, de la meditación incesante, de una labor larga y penosa. Eso de la inspiración que cual soplo divino nos hace cantar inconscientemente como las aves, ya no es admisible en esta edad analizadora y razonable (1897, p. 7).

Lo que importa observar es que en las páginas de *El Montañés* se trató de elaborar una concepción sobre el arte y el artista, el trabajo literario y la función que debía cumplir la crítica pues esta fue quizá una de las principales tareas de los redactores, tanto así que Gabriel Latorre propendió por una crítica

Razonable, desapasionada y sensata; ese ministerio altísimo y noble sin cuya valiosa ayuda el gusto parece o se vicia y el progreso de las artes se dificulta; la crítica que tantos, tan buenos y tan oportunos servicios pudiera prestar a nuestra incipiente literatura, para encauzar sus tendencias, señalar su ruta, facilitándole su marcha y darle unidad, carácter y objeto, aprovechando esta época de verdadero renacimiento en que estamos (1898, p. 458).

De ahí que el corpus seleccionado para esta investigación está compuesto por las colaboraciones que hacen alusión a esa reflexión sobre lo literario, selección que a la vez permitió elucubrar una idea sobre los objetivos detrás de la conformación de la revista: dotar, o más bien formar al público receptor, en un medio cultural más desarrollado que le permitiera mejorar el comportamiento frente a las diferentes manifestaciones artísticas y literarias de la época.

En cuanto al contenido, la revista, como se ha mencionado anteriormente, presenta una variedad de géneros. Sin embargo, para los fines de esta investigación, las reflexiones sobre lo literario cobran protagonismo toda vez que ofrecen elementos para el análisis de la conformación de las redes de intelectuales. Como parte de ello, las semblanzas de autores que se realizaron en la revista son de gran interés, puesto que, constituían una lista

de intelectuales de la época a la vez que presentaban la vida y obra de estos personajes, como una especie de modelo a seguir.

Para finalizar, se puede concluir que las instancias visibles, es decir los indicios materiales, económicos y mercantiles, aquí descritos, son una ayuda para entender los propósitos del grupo que fundó la revista, así como para situar en el tiempo algunas de sus actividades, es decir para darle un contexto temporal. Del mismo modo, la interpretación de los espacios simbólicos, o instancias invisibles de la revista, dan pie a una interpretación de las intenciones que suscitaba un proyecto como este. También se puede decir que quienes hacían la revista *El Montañés*, anhelaban un medio de expresión sólido que reflejara su ambición por dotar a las letras de un carácter profesional, institucional y especializado, carácter que habían heredado de sus predecesores en *El Repertorio* y que se reflejaba en la materialidad de la revista. Hasta cierto punto, se puede decir que sus redactores y editores contaron con un buen financiamiento inicial que les permitió lanzar la revista, y del mismo modo, unos suscriptores constantes, lo que aseguró la vida de los veinticuatro números, con buen papel y con una periodicidad constante.

Capítulo 2: Transformaciones sociales y culturales: de los ilustrados del siglo XVIII a los intelectuales del siglo XIX²³

La pretensión inicial de este capítulo es mapear la transformación que dio paso a la nueva generación de intelectuales en la segunda mitad del siglo XIX. Es por esto que, siguiendo los planteamientos de Altamirano (2008), se entiende que entre el contexto sociocultural de una época dada y los significados posibles emergentes de ese contexto, se puede dar nacimiento a una historia coherente y persuasiva del particular desarrollo de la actividad de los expertos en el manejo de la palabra escrita, y, también, entender el carácter específico de las funciones intelectuales, de la misma manera, el tipo específico de expertos encargados de su ejercicio; es por lo anterior que, dicho proceso exige una rigurosa atención al contexto cultural general de la época y a los recursos simbólicos y los sistemas conceptuales disponibles entonces.

Ahora bien, el movimiento ilustrado local de Nueva Granada estableció unos mecanismos particulares sobre la inscripción a la cultura. Estos mecanismos, que recaen sobre ciertos personajes, entrañaban lo que para la época era considerado el núcleo del progreso. De esta manera, y como lo encontramos entre las letras de Jaramillo Uribe en *Tres etapas de la historia intelectual de Colombia* (1994), “funcionarios y clérigos, o discípulos de clérigos serán los miembros de nuestra primera inteligencia y la cultura tendrá como función manejar las relaciones jurídicas del naciente estado y de la naciente sociedad” (p.7). Ciertamente es que, la investigación sobre la amplia actividad de la sociedad relacionada con lo que es llamado pensamiento ilustrado, posibilita identificar las dinámicas sociales y los actores que participaron en dicha transformación, a la vez que, visibiliza los particulares procesos de transformación de la naciente nueva categoría de intelectuales del siglo XIX.

²³ Este trabajo es fruto de los seminarios: Autor o género literario, impartido el primer semestre de 2018 por el profesor Edison Neira Palacio de la Universidad de Antioquia; y del seminario Literatura Hispanoamericana colonial, impartido por durante el primer semestre de 2018 por el profesor Luis Fernando Restrepo de la Universidad de Arkansas.

Por consiguiente, la ciencia puede ser considerada el logro máximo del desarrollo espiritual del hombre y, por supuesto, un rasgo característico de la cultura. Según Cassirer “no hay otra cosa en el mundo que pueda compararse con el pensamiento científico” (p.178); es por esta razón que la ciencia aparece como un producto que solo puede desarrollarse bajo condiciones especiales y, bajo el modelo dinámico de la sociedad, viene a ser la que proporciona la idea y la seguridad de un mundo constante; de esta manera, el pensamiento científico conduce a una consolidación y estabilización de las percepciones y de los pensamientos sobre el mundo. Dicha consolidación es posible constatarla a partir de 1750, y es con ella que se producen cambios en la cultura neogranadina, semejantes a los que se daban en el espíritu europeo desde que apareció la ciencia moderna, pues como lo plantea Ángel Rama (1998) en *La ciudad letrada*, para cumplir la misión civilizadora que tenían en mente los Ilustrados, “resultó indispensable que las ciudades, que eran el asiento de la delegación de los poderes, dispusieran de un grupo social especializado, al cual encomendar esos cometidos” (p.31). Este aspecto, continúa en el tiempo y se puede apreciar mejor cuando Rafael Pérez (1897), en su discurso titulado *De la educación*, hace algunas observaciones sobre la Biología aplicables a la Educación y menciona que

Muchos compatriotas nuestros, hombres de buen sentido y aun escritores notables, piensan que, en pueblos nuevos como este, la especulación científica y el cultivo del sentimiento estético deben hacerse a un lado, como superfluos e inoportunos, y que la Educación debe concretarse a aquellos que tengan aplicación práctica a nuestras condiciones de vida. Es lo mismo que en todas partes reclaman varias escuelas filosóficas, para las cuales la instrucción tiene que ser esencialmente utilitaria y positiva, porque el propósito de la Educación no puede ser otro que armar eficazmente al hombre joven para la lucha por la vida (p 63-64).

Buscar un orden es el objetivo principal de la ciencia, y pese a que la cultura se inicia con un estado del espíritu del hombre un poco más intrincado, esta, posibilita un nuevo principio del orden y le da una nueva forma de interpretación a ese estrecho círculo de experiencias inmediatas para formar una visión comprehensiva, es decir, para

transformar la experiencia ordinaria en una experiencia intelectual desde lo simbólico, siendo así que:

En el lenguaje, en la religión, en el arte, en la ciencia, el hombre no puede hacer más que construir su propio universo simbólico que le permite comprender e interpretar, articular y organizar, sintetizar y universalizar su experiencia (Cassirer, 1967, p 179).

Dicho lo anterior, se entiende que el desarrollo de la cultura comienza con el supuesto de que el mundo no es un simple agregado de sucesos o hechos, sino una conexión entre diversos contextos que funcionan como sistema simbólico, en los que el hombre se inscribe con una participación activa y un poder para cambiar las formas de la vida social. La necesidad de propagar las ideas y las obras, junto a la necesidad de expresar las experiencias, es lo que ha llevado a la cultura creada por el hombre a la progresiva autoliberación de sí mismo. Este sistema simbólico es lo que, según Rama se puede nombrar como “*la ciudad letrada*”, porque su acción se cumplió en:

el prioritario orden de los signos y porque su implícita calidad sacerdotal, contribuyó a dotar los hombres de letras de un aspecto sagrado, liberándolos de cualquier servidumbre con las circunstancias. Los signos aparecían como obra del espíritu y los espíritus se hablaban entre sí gracias a ellos. (p.32)

Todo esto se daba en la ciudad que ejercía el papel de foco civilizador.

En todo lo anterior y en la idea de sociedad como estructura flexible, interdependiente y en movimiento, el hombre ha participado como pieza central en tanto que se constituye intelectual. Esta definición, la de Intelectuales, ha sufrido múltiples transformaciones a lo largo de la historia. Es preciso, por consiguiente, reconocer que hay avances significativos en cuanto a la investigación de dicha transformación y una cierta “visión general del proceso intelectual de la región latinoamericana en lo que corrió desde los tiempos de la conquista hasta la década de 1980” (Pita-Granados, 2017: p.9). Para ejemplificar un poco, el tipo de intelectual que inició una época colonial, muy apegado a su colonizador, tenemos las palabras de Jaramillo Uribe (1994) cuando menciona que

la cultura que empieza a constituirse a comienzos del siglo XVII en México, Lima, Quito y Santa Fe entre la naciente población criolla y mestiza es un retoño de la cultura española y por eso posee los mismos valores, con las transformaciones y aculturaciones que le introdujeron las culturas indígenas en grados diferentes según su fuerza, grande en México y el Perú, débil en el Nuevo Reino de Granada (p.5).

Por otra parte, según Jaramillo, el grupo criollo y mestizo que debía erigirse como eje central de la emergente sociedad “carecía de formas culturales definidas y sus ideas eran aún muy débiles” (p.6), esto, debido a que los ilustrados de la Nueva Granada hacían parte de una sociedad con valores fuertemente arraigados a una tradición de más de 300 años.

Por su parte, Altamirano señala que para el caso de la historia de los intelectuales en América Latina, se sabe mucho sobre sus ideas, pero “no contamos con una historia de la posición de los hombres de ideas en el espacio social, de sus asociaciones y sus formas de actividad, de las instituciones y los campos de la vida ” (69); lo que significa, que la mirada sobre las definiciones de un intelectual, no solo debe estar puesta en él como sujeto histórico, sino también, como artífice y negociador de estrategias dentro de las múltiples esferas del conocimiento por las cuales circula. Siguiendo al mismo autor, se podría decir que, este tipo de intelectual criollo como participe de la vida política, actor en los movimientos independentistas, y hombre de ciencia, en su práctica ejercía la relación entre el ejercicio del poder y el ejercicio de la autoridad en la práctica de los intelectuales latinoamericanos (Altamirano 2008, p 32).

Mencionado todo lo anterior, y entendida la precariedad de los estudios específicos sobre los intelectuales latinoamericanos de ese primer momento, sumado a las afirmaciones ya mencionadas sobre la debilidad de las ideas intelectuales que poseían los estudiosos en dicha época, es entendible entonces que la formación de un primer sistema literario se viera diferido hasta casi finalizado el siglo XVIII. Final que dio paso al surgimiento de unas nuevas dinámicas sociales y culturales, que habrían de confirmar el declive del antiguo régimen intelectual, que inició con la expulsión de los jesuitas en 1767, lo que posibilitó que muchas de las tareas intelectuales ejercidas por los intelectuales del

clero fueran asumidas por los hombres con poder político y autoridad intelectual, mismos que dedicaban su vida al manejo de las letras y las ciencias.

La transformación de la estructura de los actores sociales que contribuían con sus “cuadros” a la actividad intelectual en los nuevos países de la región fue un rasgo que marcó al siglo XIX latinoamericano —ya que la emergencia de nuevos grupos profesionales, es decir, de nuevos tipos de especialistas en saberes y prácticas poco visibles en la era colonial constituyó una ruptura significativa con el contexto anterior—, las transformaciones societales más amplias que en el transcurso de ese siglo comenzaron a desdibujar y aun a eliminar de manera contundente las instituciones y los sistemas de relación social heredados de la colonia también incidieron de modo decisivo sobre las condiciones de posibilidad para el ejercicio de una función intelectual en América Latina (Silva, 2002: 37).

Lo anterior es claro para pensar que, la actividad intelectual es un rasgo que ha trascendido en el tiempo, aunque en la actualidad persisten connotaciones que para finales del siglo XIX eran notables en este tipo de actor, pues también eran considerados unos mediadores sociales. La cultura ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII hispanoamericano presenció la fundación de jardines botánicos, zoológicos, observatorios astronómicos y de toda una gama de nuevas sociedades “científicas” que poco a poco iban desplazando ese monopolio eclesiástico existente sobre las funciones sociales. Por consiguiente, es necesario aclarar que estos personajes no se limitaban a un mero oficio, pues algunos de ellos, gracias a sus viajes por Europa, sus relaciones con otras esferas sociales y profesionales, lograron especializarse en diversas áreas (ingeniería, botánica, leyes, medicina entre otros), lo que enriqueció de manera notable los debates, y las conversaciones resultantes de esas tertulias que ellos mismos creaban y luego traducían en la producción de diversos artículos publicados en los “órganos de expresión”, resultantes de allí mismo: la revista literaria.

Prácticas de apertura a los nuevos modelos de sociedad

Los grandes cambios de principios del siglo XIX son el fruto de las ideas ilustradas, como se mencionó anteriormente. Por esto, los principales autores de lo que

podría llamarse literatura nacional, abordaron el problema de la tradición cultural española de la segunda mitad del siglo XVIII, respondiendo a las corrientes de la Ilustración (Silva, 2002), de manera que se generaron unos mecanismos de transformación y unas nuevas dinámicas de articulación a la vida cultural del momento. Siendo así que, algunas de las características del movimiento ilustrado neogranadino radicaban en la diversidad de sus prácticas, algunas de ellas, insignificantes a simple vista, pero con un profundo sentido de innovación pese a la falta de instituciones en las que estas prácticas pudieran tomar un rumbo definitivo.

Todo esto nos lleva ahora a considerar la ilustración en la Nueva Granada como “un sistema de representaciones sociales que produjo, en un ámbito reducido, transformaciones culturales de importancia” (Silva 2002). De ahí que, en este intento de mapear la evolución que dio paso a la nueva generación de intelectuales en la segunda mitad y finales del siglo XIX, se examinara cuáles fueron esas prácticas de apertura a los nuevos modelos de sociedad y a las nuevas formas de representación (a los que cada vez más hombres intentaban adherirse), creadas por los ilustrados de la época colonial de finales del siglo XVIII; este nuevo estado de las cosas sirvió como plataforma para lo que sería el persistente caminar de los intelectuales del siglo XIX.

La educación:

Ciertamente, el acceso a la educación ha sido uno de los principales problemas en el desarrollo del pensamiento científico y, por lo tanto, en la participación del hombre como agente activo en los procesos culturales; precisamente este acceso a la educación representa uno de los principales problemas a los que debía enfrentarse el hombre ilustrado:

Educados en universidades y colegios de Jesuitas y dominicos, los neogranadinos cultos se mueven en un mundo teocéntrico, reflejo del espíritu español de la Contrarreforma. Pero siendo retoños de la cultura hispánica, son perfectamente, conscientes de ser americanos y en ellos comienza a despertar una conciencia nacional (Jaramillo, 1994:11).

Durante los siglos XVII y XVIII, no había en todo el reino una universidad pública de estudios generales, pero sí dos grandes colegios que fueron fundados en Santafé durante la primera mitad del siglo XVII en los que se podía acceder a la facultad de: filosofía, derecho o teología. Flor María Rodríguez-Arenas (2007) en su libro titulado *Periódicos literarios y géneros narrativos menores: Fábula, anécdota y carta ficticia. Colombia (1792-1850)* señala que, durante la época colonial en Santafé de Bogotá, las instituciones universitarias: El Colegio Mayor de San Bartolomé (1605) y el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (1654) “fueron los únicos centros con los que regularmente se formó la intelectualidad neogranadina que ocupó altos cargos tanto civiles como eclesiásticos” (p.1). Existían también la Universidad de Santo Tomás (Fundada por los Dominicos en 1580), la Academia Xaveriana (1623), La Universidad de San Nicolás de Barí (1697, regentada por los Agustinos) para otorgar grados. Sin embargo, no era empresa fácil estudiar en alguno de estos colegios, pues para acceder a ellos se debía superar un riguroso proceso de selección, de un grupo social de carácter reducido, que respondía a diversas condiciones familiares, políticas y económicas; lo que garantizaba, de una manera casi inexpugnable, el monopolio y el gran poder social que tenían estos colegios y las universidades. No es de extrañar entonces que, uno de los primeros proyectos de los ilustrados, sea el proyecto educativo que buscaba oponerse al conjunto de privilegios que dominaba el funcionamiento de la sociedad y la política, promulgando la uniformidad de la enseñanza y declarando la educación y el “progreso de la literatura” como objetos de interés público, como lo menciona Silva (2002). Del mismo modo, uno de los primeros pasos dentro del proyecto civilizador de los intelectuales del siglo XIX, era promover la alfabetización y la escolarización de la mayor parte de la población posible; es gracias a esto que, durante los nueve años de gobierno (1864-1873) de Pedro Justo Berrío se fomentó la creación de escuelas primarias para niños y niñas, hasta el punto de poder recibir en ellas casi la mitad de la población en edad escolar. Este nuevo escenario, sin duda alguna, comenzó a cambiar el contexto de una sociedad en la que, por tradición, el manejo de la letra escrita era privilegio de unos cuantos.

Otro aspecto importante, dentro de las dinámicas de cambios de representación social, llevadas a cabo por los ilustrados de la época, fue el crecimiento de la población universitaria. Para el último tercio del siglo XVIII, la universidad estaba sufriendo

cambios significativos, tanto en su estructura de funcionamiento como en la autoridad tradicional, bastante similares a la vida monástica, y, por otra parte, un cambio sustancial en los contenidos académicos; así, se intentaba entonces separar a los estudiantes de derecho, de los estudiantes de teología. También es cierto que, a principios del siglo XIX, las tendencias de crecimiento y diversidad eran notables, pues como lo expresaba Don Pedro de Mendinueta²⁴, en el Colegio Seminario de San Bartolomé ya era mayor el número de “escolares civiles” (Silva, 2002: 42). Este virrey insistía en la apertura de cátedras de ciencias naturales desde 1770, sin tener éxito alguno, pues la universidad seguía siendo asunto exclusivo de nobles y blancos. Esta situación cambia un poco, cuando a finales del siglo XIX, gracias a la reunión y el acuerdo establecido entre varios personajes notables del grupo de intelectuales de la época, y bajo el decreto especial que en 1871, le otorgaba al Colegio de Antioquia el carácter de Universidad y por medio del cual conservó además, en su seno, la escuela de artes y oficios, el jardín Botánico y de Aclimatación de Plantas y la Biblioteca del Estado, permitiendo así la conformación de seis escuelas: Literatura y Filosofía, Ingeniería, Ciencias Físicas y Naturales, Jurisprudencia y Ciencias Políticas, Medicina y Artes y Oficios. Todo lo anterior, según Restrepo (2005) “permite apreciar el interés por dotar a la ciudad de un centro de estudios en el cual se formarán los hombres vinculados con la literatura, la ciencia, la política y el arte” (p.15). Sin embargo, y pese a los múltiples cambios de esta Institución, los intelectuales del siglo XIX, entre ellos los miembros de la revista *El Montañés*, manifestaron que debía ser más representativa la participación en la sociedad de dicha Institución, por ejemplo, Mariano Ospina Vásquez (Prologus) (1897), se pronunció al respecto, por medio de la revista, para exponer un tema bastante significativo para el verdadero avance en educación como el de la autonomía universitaria para que no fuera tan dependiente de los poderes políticos:

Entre las reformas que apuntó para nuestro sistema de educación hay una que recojo aquí, para que él mismo (D. Gregorio Pérez) y cuantos puedan tener alguna influencia en el asunto, la tomen bajo su amparo y no desistan

²⁴ Virrey sucesor de Espeleta. Caballero de la orden de Santiago, virrey gobernador y capitán general de este Nuevo Reino de Granada y provincias adyacentes, presidente de la audiencia pretorial y cancillería real, que reside en esta capital de Santa Fe de Bogotá, juez protector de la real renta de correos y superintendente general de real hacienda y reales rentas estancadas en el distrito de este virreinato.

hasta verla implantada: la autonomía universitaria. Que se declare a la Universidad mayor de edad. (p. 193)

Ante este tipo de acciones, se podría decir que la ampliación del rango social de las personas que concurrían a la universidad y tenían acceso a la educación, desde la primaria, iba en aumento, todavía quedaba un largo camino por recorrer, pues, pese a la diversificación social al interior de las instituciones, la proveniencia de ciertas familias aún aseguraba una participación más destacada dentro de las dinámicas sociales tanto a finales del siglo XVIII como a finales del siglo XIX.

Del mismo modo, la fundación de la biblioteca pública de Santafé, inaugurada en 1777, representa la apertura a las posibilidades del uso aumentado del libro en los procesos de enseñanza y aprendizaje, además de la concreción de comunidades de lectura y discusión. Con esta propuesta renovadora frente al uso del libro, los ilustrados buscaron suprimir las tradicionales prácticas escolares que se ejercían desde el siglo XVII (a saber, la «*dictatio*»). Podría decirse entonces, que el uso diversificado del libro, y las nuevas prácticas de lectura, eran principalmente actividades llevadas a cabo por los universitarios y continuó de esta manera, ya que el movimiento intelectual de finales del siglo XIX había promovido la existencia de una biblioteca pública, la del museo de Zea, varias librerías, aunque no muy abundantes, en las que se alquilaban libros y en las que se iniciaron algunas tertulias, y la escuela de artes y oficios. De hecho, uno de los principales actores de la revista *El Montañés*, Carlos E. Restrepo, era dueño de la Librería Restrepo, espacio fundamental para el resto de las librerías en Medellín. En sus instalaciones estaba la Imprenta Editorial, maquinaria tipográfica en la cual se publicaron por primera vez en formato libro muchas obras de Tomás Carrasquilla, quien también participó del espacio de la revista en cuestión; y, fue gracias a la invitación de Carlos E. Restrepo, quien también dirigía la tertulia llamada *El Casino Literario*, misma que dio lugar a muchos escritores de la ciudad, y de donde surgieron varios textos para futuras publicaciones de la revista, que Carrasquilla llega a ser visible en el medio literario mediante la publicación de su primer cuento *Simón el Mago*. Dice Carrasquilla (1915) en su Autobiografía:

Un día menos pensado recibí una nota por la cual se me nombraba miembro de un centro literario que dirigía en Medellín Carlos E. Restrepo, en persona, acepté la galantería, y como fuera obligación, *sine qua non*,

producir algo para ese círculo, farfullé *Simón el Mago*, para los socios solamente, según rezaba el reglamento, pero Carlosé, que desde mozo la ha puesto muy cansona y por lo alto, determinó modificar la constitución y echar libro de todas nuestras literaturas. Aceptadísima fue por el público antioqueño la miscelánea aquella. Allí salió mi relato, con seudónimo por su puesto (p, 5-6).

Con la confirmación de dichos espacios literarios, se visibiliza, desde luego, que la vida universitaria no se reducía a los cursos académicos, pues, como institución, la universidad no podía permanecer ajena a los cambios sociales y a las novedades culturales, es por esto que aparecen nuevas formas de socialización como las tertulias literarias; figura que va a permanecer hasta finalizado el siglo XIX y que debe su origen a la necesidad de espacios de socialización. Según Peset (2003), las tertulias

permitían el ejercicio de la amistad (contra estamentos), la expresión de la opinión (contra la razón), el mantenimiento del diálogo (contra la lección), de la utilidad (contra el ocio), así como la igualdad en el trato, las decisiones colegiadas, la valoración del mérito personal, de la afinidad ideológica, del respeto y la tolerancia intelectual. Se trata de una convivencia mixta entre el espacio público y el privado, en que se articula la arquitectura y la decoración como estrategia de integración, distinción y poder (p. 393).

Estas tertulias jugaron un papel importante en la producción intelectual de las élites, pues durante el siglo XVIII fueron una constante en la búsqueda de formas y espacios de sociabilidad en las cuales compartir las diferentes percepciones del mundo, a la vez que estaban relacionadas con el desarrollo de la vida intelectual y cultural. Una de las más notables, es la que se origina en la Biblioteca Real. Ahí funcionó durante varios años una *sociedad de lectura y discusión*, que a veces se menciona con el nombre de *Tertulia Eutropélica* y a veces con el de *Asamblea del Buen Gusto*, a cargo de Manuel del Socorro Rodríguez (1758-1819), bibliotecario y redactor de *Papel Periódico* (1791-1797)²⁵. Este tipo de prácticas, es decir, de reuniones en torno a discusiones literarias o

²⁵ El *Papel Periódico de la ciudad de Santafé de Bogotá* apareció por primera vez el miércoles 9 de febrero de 1791, su modelo de impresión era la de cuadernos pequeños de ocho o más páginas que podían ser agrupados por tomos; estaba inspirado en las gacetas que circulaba en Lima, México y España. La primera entrega del *Papel* contaba con el título “*communis utilitas societatis maximun est vinculum*” y fue modificándose conforme fueron apareciendo nuevas ediciones. Contaba con alrededor de 400 suscriptores al interior del país, entre ellos

científicas, continúan presentes en las dinámicas de formación y relacionamiento entre los intelectuales del siglo XIX, tanto así que, muchas, si no la mayoría de las revistas y periódicos mencionados en esta investigación, vieron la luz como producto de las discusiones que se llevaron a cabo en estos espacios.

De aquí que, el nuevo tipo de hombre de letras estaba más comprometido a una actividad cultural más abierta y enfocado a la idea del progreso, al ideal de civilización cultural. Con todo y lo anterior, la necesidad de espacios de socialización llevó a la conformación de tertulias culturales y literarias, las mismas que jugaron un papel importante en la producción intelectual de las élites.

El interés de los intelectuales no se vio limitado únicamente a la política, sino a las formas de sociabilidad literaria, por ello fue habitual que estos intelectuales recurrieran a las tertulias literarias. En el periodo en cuestión, según Jorge Alberto Naranjo (2009), existía en Medellín las tertulias literarias *El Casino Literario*, *Botica Peña*, *Botica de los Isazas*, *La Tertulia Literaria*, *Santiago Pérez Triana*, *La Bohemia Alegre*, *Escuela de Música Santa Cecilia*, *El Repertorio*, *El Montañés*. Estas tertulias eran espacios en los cuales se discutían la producción literaria y los problemas culturales del momento. Estas tertulias se convirtieron en espacios de formación intelectual para los escritores porque en ellas intercambiaban lecturas y críticas sobre su propia producción literaria, de igual manera, la institución universitaria tuvo un papel importante en este proceso (Escobar Villegas, 2009: 212).

Estas tertulias, durante todo el siglo XIX fueron una constante en la búsqueda de formas y espacios de sociabilidad en las cuales compartir las diferentes percepciones del mundo, a la vez que estaban relacionadas con el desarrollo de la vida intelectual y cultural de Medellín, en un momento en el que el ambiente académico era casi nulo en la ciudad. Por esta razón, cobraban gran importancia y resultaban ser “los espacios para fomentar la

el Virrey y el arzobispo. Colaboraron con éste proyecto Francisco Antonio Zea (quien escribía con el seudónimo de Hebehelio), Luis de Astigarraga quien escribió una “Disertación sobre la agricultura dirigida a los habitantes del Nuevo Reino de Granada”, José Celestino Mutis con su publicación “El arcano de la Quina”, Francisco Javier Matiz con el artículo “El guaco como remedio para la mordedura de serpientes” y los payaneses Fray Vicente Gil de Tejada, Fray José María Valdés, José María Gruesso y Francisco Antonio Rodríguez, entre otros. El 10 de febrero de 1792 Rodríguez abrevió el nombre de la publicación a *Papel Periódico de Santafé de Bogotá* y tras una pausa en el N° 85 (correspondiente al 5 de octubre de 1792) retomó la impresión del periódico el 19 de abril de 1793, pero ahora en la Imprenta Patriótica del Regidor Antonio Nariño. El periódico se publicó hasta el 6 de marzo de 1797 y contó con 265 números, su duración correspondió con el periodo de Ezpeleta como virrey. Véase Otero Muñoz, Gustavo (1998). *Historia del periodismo en Colombia*. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda. p. 172. ISBN 9589442366.

formación y producción intelectual y artística” (Restrepo, 2005: 120); por consiguiente, la aparición de revistas de distinto carácter, en las que resaltan las literarias, era inevitable.

Así, a medida que se iban consolidando las instituciones políticas y se iba generando cierto bienestar económico, emergieron algunos proyectos culturales (bibliotecas, imprentas y tertulias) y del sector de la educación. Este nuevo escenario transformaba el contexto de una sociedad, en donde se hizo necesario discutir sobre lo que sería una verdadera educación, si con valores meramente prácticos o con fines más esenciales; de hecho, los autores de la revista *El Montañés* se distinguieron por dejar claro esos nuevos valores sociales que adquiriría la educación:

Edúcate, dice al hombre la educación verdadera, fórmate hombre, es decir: un ser que, si mira a lo alto, sabe que son suyos los inmensurables espacios de la verdad (...) si tiende su mirada hacia los misterios de lo infinito, sabe que en esa plenitud del ser esta su origen y que, en su posesión, y en ella solamente, está su término. (Muñoz, 1898).

Se transformaba también que “el dominio de la letra escrita era privilegio de una pequeña minoría” (Altamirano, 2010). Por lo tanto, la lenta pero ambiciosa expansión de la escolarización significó la transformación de las condiciones de circulación y recepción de los discursos escritos, lo que abría paso a nuevas condiciones sociales.

La vida política

Ahora bien, como uno de los ejes fundamentales de las prácticas de los ilustrados del siglo XVIII y de los intelectuales del siglo XIX, encontramos el ejercicio político. A partir de 1809 las reformas políticas toman un ritmo acelerado y al mismo tiempo, la opinión iba ganando terreno, por consiguiente, los hombres de letras y su proceso de formación iban ganando el primer lugar en este proceso de evolución de la política; al lado de ello, las nuevas formas políticas empezaron a elaborarse a partir de la crisis del imperio español.

Analizando la postura adquirida por los ilustrados, durante este tiempo de cambios, sus declaraciones y, por supuesto, sus acciones, es evidente que sus ideologías respondían al imaginario político del absolutismo, en el que primaba la fidelidad a Dios, al Rey y a la patria. Al respecto conviene decir que la crítica de la sociedad para la época era parcial, y no sorprende entonces, que “la cultura ilustrada se formara dentro de los marcos del proyecto de reforma que alentaba la monarquía” (Silva, 2002: 36) pues muchas de sus posiciones frente a cierto tipo de actividades (la esclavitud, por ejemplo) definían aspectos claves para el orden social.

Análogamente cabe preguntarse entonces ¿hasta dónde seguía siendo grande el peso de las formas tradicionales de cultura? Podríamos decir que, para los ilustrados la crítica a la sociedad y la política tenían unos límites que no debían sobrepasarse más allá de los valores tradicionales, a saber, la religión, el sentido del honor y la necesidad de desigualdad entre los hombres, con todo y las contradicciones que esto implicaba para la nueva cultura que trataba de formarse. Pero este límite, estrictamente hablando, resaltaba la interiorización de un ideal político en el cual, los ilustrados habían sido educados.

Todo lo anterior puede comprobarse en las publicaciones que dirigían ellos mismos; tal es el caso de *Papel periódico (1791-1796)* en el cual, desde el primer número se expresa abiertamente el respeto a los valores tradicionales de la religión y la monarquía; y de la misma manera, en la lectura del *Correo Curioso (1808)* se puede establecer esta fidelidad en la lectura de la teoría del derecho divino de los reyes. Vale la pena resaltar que este periódico era dirigido por Jorge Tadeo Lozano y José Luis Azuola (dos de los más reconocidos ilustrados). Aquí he de referirme también al proceso de la reforma borbónica, promovido por los reyes de España, en la cual se modificaron los poderes de los cabildos locales y se limitó las funciones públicas a los neogranadinos; de esta manera, se sucedía paralelamente una situación compleja para los hombres ilustrados que habían conquistado una educación a través de sus esfuerzos propios, y habían logrado hacer su carrera en las letras, pues cada vez se dificultaba más conseguir un medio por el cual, como lo menciona Silva, “emplear sus talentos” toda vez que se veían reducidos a las publicaciones de la iglesia.

Bien pareciera por todo lo anterior que las relaciones entre la sociedad, la cultura y la política comprometen de manera especial la existencia de los *hombres de letras*, pues todo se resume en el campo de la política cultural. Sin embargo, para finales del siglo XIX el panorama mejora, y como veremos a continuación, muchas de estas ideas tradicionales, aunque vigentes de cierta manera, se transforman para dar paso a un nuevo proyecto de sociedad en el que los denominados intelectuales participan de forma activa.

Para la segunda mitad de este siglo, en 1851, los nuevos gobernantes liberales llevaron a cabo un censo en La Nueva Granada; en ese entonces Medellín tenía aproximadamente 17.664 habitantes. “El 59% fue catalogado en la zona urbana y el 41% en la zona rural, es decir, la ciudad dejaba de ser la antigua villa del siglo XVIII para convertirse en un centro urbano con todas sus características” (Escobar, 2004: 210), a la vez que empezaba a brotar de entre las grietas de la sociedad mucha gente de diverso origen, intentando instalarse en ella al tiempo que trataban de constituir una nueva sociedad. Por consiguiente, la ciudad comenzaba a masificarse. Ese cambio lo percibió el ingeniero sueco Carlos Segismundo de Greiff (1793-1870) en el informe que presentó a las autoridades de la ciudad en 1852. Es importante resaltar que dos de las publicaciones de la revista *El Montañés*, la n°6 y n° 7 de 1898, son dedicadas a la vida y obra de este personaje, reconocido por pertenecer a la sociedad Geográfica, por sus labores como ingeniero, profesor y militar.

Por otra parte, a diferencia de los periódicos de la época colonial, muchas de las múltiples revistas literarias y periódicos de finales del siglo XIX, que resultaban de las tertulias entre amigos, no se adscribían a ninguna corriente política, y expresaban de manera abierta que sus publicaciones no respondían a ninguna filiación ideológica, como es el caso de *La Bohemia Alegre* (1895-1897), *El Repertorio* (1896-1897) y *El Montañés* (1897-1899). También era evidente, que el principal objetivo de estos intelectuales era promover su ideal de progreso, un proyecto civilizador en el que hacían las veces de puente entre las acciones del gobierno y la sociedad, pero que estaba al margen de toda disputa política, sobre todo después de un periodo tan complicado como el que antecedió la revista, a saber, *La Regeneración*. Lo que significaba, en otros términos, que las fronteras entre las élites económicas, políticas, sociales y culturales eran bastante

imprecisas para finales del siglo XIX, como lo menciona Escobar (2004). Así pues, hombres como Mariano Ospina Rodríguez (o Prólogos como se hacía llamar en sus reseñas, en la revista *El Montañés*), Manuel Uribe Ángel, Efe Gómez, Carlos E. Restrepo, Gabriel Latorre, entre otros, a quienes se les encuentra escribiendo con frecuencia sobre la realidad política de manera sarcástica o la historia de la región, tal como se verá en el siguiente capítulo, a la vez que participaban desde lo político en la expansión de las instituciones culturales y educativas, siendo así entes políticos y a la vez intelectuales lo que unificaba dichas fronteras.

Al respecto, conviene decir que estos proyectos literarios y culturales surgen en un periodo de muchas convulsiones políticas. Según Gustavo Bedoya (2018)²⁶ durante el periodo conocido como “Hegemonía Conservadora (comprendida entre los años de 1886 y 1930), es entendido como el periodo histórico durante el cual el Partido Conservador se mantuvo en el poder, principalmente bajo las políticas de la Regeneración (1880-1899)” (p. 104-105). Este periodo se caracteriza por las sucesivas guerras civiles, entre ellas la guerra santa de 1885 que antecede la creación de la revista; la desorganización administrativa, las relaciones entre el Estado y la Iglesia, la pobreza y la censura sistemática a los medios periódicos una vez instaurada la Regeneración.

Aquí conviene detenerse un momento para señalar los principales acontecimientos políticos ocurridos durante la Regeneración que, según el mismo autor, crearon el contexto sobre el cual se fundamentaría la decisión de los personajes, detrás de las revistas literarias, de no adscribirse a ninguna corriente política o filosófica – decisión muy común entre las revistas de finales del siglo-. La limitación de la injerencia del liberalismo en la educación y en los estudiantes, en la cual “se prohibió a los liberales enseñar, fundar instituciones educativas –e incluso–, se les prohibió a todos los estudiantes hacer parte de la esfera política” (p. 106). Otro aspecto fundamental, fue la modificación realizada a la constitución de 1863 que establecía velar por el “pueblo”. Esta fue reemplazada por la de 1886, que ahora estaba coronada por el escudo del país, precedido por el texto: “En

²⁶ Véase El suplemento *El Nuevo Tiempo Literario* (Bogotá: 1903-1915, 1927-1929) y los procesos de modernización cultural. La formación del crítico literario y la auto-representación del intelectual.

nombre de Dios, fuente suprema de toda autoridad” (108) y en la que se oficializaron las relaciones entre el Estado colombiano y la Iglesia Católica Apostólica Romana.

En esta nueva constitución, se implantó en los Artículos 172-175 la limitación del sufragio a aquellos que supieran leer y escribir, o que en su caso fueran dueños de rentas y patrimonio. Con el paso de los años se impusieron otras normas y reglamentaciones a favor de las políticas restrictivas de la Regeneración. Uno de los acontecimientos más importantes fue la firma del Concordato, el 31 de diciembre de 1887, en el que el país, en manos de Rafael Núñez, le entregó la administración de la educación a la Iglesia Católica. Asimismo, se fundaron leyes que limitaban la libre organización en clubes y asociaciones de cualquier tipo. Este aspecto, principalmente, tendría implicaciones en el nacimiento, desarrollo y duración de los proyectos literarios de esa época, pues para ese mismo año, el Decreto 151 reglamentó el uso de la prensa, en cuyas máximas se instituyó que estaba prohibido atacar a las instituciones o a las personas, incluso ofender la “decencia pública” con escritos o noticias escandalosas u obscenas. A este decreto le siguió la Ley 61 de 1888, conocida como “Ley de los caballos”, la cual impuso penas a los editores, coordinadores y autores, penas que iban desde la prisión y la pérdida de los derechos políticos, hasta la expulsión del territorio. Un ejemplo de estas restricciones, se encuentran en la reseña mensual de diciembre de 1897, en *El Montañés*, donde Mariano Ospina Vásquez (1869-1941) expresa

Que los sucesos – frutos más o menos maduros y dulces que el árbol del tiempo deja caer- ahora cayeron al otro lado de la valla con que me encierran, al lado político. Y desde aquí, hecha la boca agua, los veo, provocativos y tentadores. Los hay de todas layas: de los que hacen reír y de los que hacen llorar, de los que indignan y de los que dan lástima. Pero, ¡ay! esa puerta, la de la política, me la tienen vedada, que – y bien me lo sé yo- suele ser ella la de la cárcel, y detrás de ella suelen hallarse – flaco hallazgo- las multas y las suspensiones (p.192).

Esto nos permite decir, respecto a *El Montañés*, como proyecto literario y cultural, que sus colaboradores eran conocidos, no solo por su producción intelectual, sino también, por ser personajes de la vida política y pública del país, como es el caso de Pedro Nel Ospina, un militar, político e ingeniero colombiano. Fundó, junto a su hermano Tulio

Ospina (también colaborador de la revista *El Montañés*), la Escuela de Minas de la Universidad Nacional sede Medellín. Entre ellos, también, Mariano Ospina Vásquez (1869-1941) quien, junto a Gerardo Gutiérrez, Gabriel Latorre y Francisco (Efe) Gómez, fue uno de los fundadores de la revista *El Montañés* e hizo parte de la junta redactora. Publicó en ella veintitrés (23) artículos de diverso índole y variada temática, entre los que se encuentran catorce reseñas mensuales en las que hacía crítica literaria bajo el seudónimo de “Prólogos”. Mariano Ospina redactó y dirigió el periódico *La República*. En 1904 fundó el periódico *Vida Nueva*, junto a Carlos E. Restrepo (secretario de Gobierno de Antioquia en 1898 (Banrepcultural, S.f.)), Fidel y Antonio J. Cano, Roberto Botero Saldarriaga, y su hermano Pedro Nel, entre otros. Fue director de la revista de corte intelectual *Alpha*, allí trabajó junto a Antonio J. Cano, Luis de Greiff Obregón y Ricardo Olano. Miembro de la Cámara de Comercio de Medellín. Colaboró en las publicaciones *Colombia* y *La Unión*. A la par de su vida intelectual tenía una vida social, industrial y política bastante activa²⁷.

Por lo anterior, podemos decir que estos agentes, que conocían muy bien las políticas del país, en tanto participaron de ellas, aprovechaban la dilución de esas fronteras para crear instituciones que promovieran y consolidaran en el tiempo ese ideal de progreso detrás de este tipo de proyectos que encadenaban a instituciones donde ejercían como docentes, muestra de eso fue su participación educativa en la Universidad de Antioquia:

en efecto, muchos de los personajes que ejercieron el mando de los asuntos políticos, estuvieron a la vez vinculados con la institución educativa más importante de la región. Tres presidentes de Colombia, el mencionado Mariano Ospina Rodríguez –presidente en la década de 1850–, el escritor Carlos E. Restrepo –presidente entre 1910 y 1914–, y el nieto del primero, Mariano Ospina Pérez –presidente en la década de 1920– fueron profesores

²⁷ Es considerado, junto a Pedro Nel Ospina Vásquez, como fundador del Banco de la República. Fue socio de la Compañía Minera de Colombia, fundada en 1922. Socio también de la Compañía Naviera Colombiana. Poseía una finca cafetera de reconocida productividad, llamada Jonás; y, en general, su actividad como líder cafetero fue resaltable, gracias a esto fundó en 1920, junto a César Piedrahita y Gabriel Latorre, entre otros, la Unión Cafetera. Fue socio del Banco Agrícola. Miembro de la junta del Partido Republicano, junto a Carlos E. Restrepo y Antonio José Montoya. En 1910 Carlos E. Restrepo lo nombra ministro de Instrucción Pública, y, posteriormente, ministro de Guerra.

de la Universidad. Asimismo, tres gobernadores de Antioquia ejercieron funciones como rectores del centro universitario: Román de Hoyos, Pedro Justo Berrío y Marceliano Vélez. Para completar el cuadro en el cual élites políticas e intelectuales se confundían, se podría también enunciar el caso de los profesores y a su vez líderes políticos, de los liberales, periodistas y ensayistas Rafael Uribe Uribe y Fidel Cano (Escobar, 2004: 239).

A observar, cómo todos estos acontecimientos políticos llevaron a los personajes involucrados en las diferentes actividades de desarrollo social, cultural y políticas, a crear espacios en los que pudieran presentar las múltiples ideas que surgían de los vínculos que establecen entre ellos mismos. Por eso no sorprende que los personajes involucrados en la creación de la revista *El Montañés* estén, a la vez, involucrados en la fundación de múltiples instituciones por medio de las cuales impulsaban y reforzaban su ideal de progreso para la ciudad.

Por último, es importante comprender que “la adscripción a un partido político no debe ser entendida como una decisión dogmática, arraigada y fija” (Bedoya, 2018:105); lo que también sucede en el caso de los intelectuales y de los hombres de letras es que su adscripción a un partido político no resulta –en todos los casos– inamovible. El rol político representado por el partido no termina siendo una camisa de fuerza para sus miembros. Es por esto, por ejemplo, que el mismo Mariano Ospina Vásquez, en la revista, en otra de sus reseñas mensuales menciona

ni Nacionalistas, ni liberales, ni conservadores, saben bien a qué santo encomendarse, porque lo que hay en el fondo – ya que en el fondo es costumbre poner las cosas peliagudas – es que en el conservatismo hay bastante de liberal; y entre los liberales no poco de conservador; y en el nacionalismo hay de todo (1897: 99).

Este es el caso de Carlos E. Restrepo, fundador de *El Montañés*, quien, al ser elegido presidente para el período del 7 de agosto de 1910 al 7 de agosto de 1914, por el partido conservador, llama como ministro de relaciones internacionales a Enrique Olaya Herrera que pertenecía al partido liberal y luego sería nombrado también presidente de la República de 1930 a 1934 por el mismo partido.

El anterior caso, como lo expone Bedoya (2018), “demuestra que los partidos políticos no pueden ser estudiados como agrupaciones ideológicas monolíticas; lo que también aplica para el caso de los grupos intelectuales, conformados –en muchos casos– por una multiplicidad de participantes disímiles en términos ideológicos” (105-106), sino como un campo más de actuación a los que recurrían estos grupos.

Cultura y sociedad

En la época colonial, la Universidad fue tanto un centro de formación intelectual como un medio importante para intervenir en la vida política y social, puesto que “sus miembros guardaban estrecha relación con las esferas laborales y de poder social, y después de terminados los estudios tenían garantizada una posición socialmente elevada en la administración civil o eclesiástica del reino” (Silva, 2002: p.2). Con el conocimiento de las ideas de la Ilustración, se propagaron los conceptos de sabio, que indicaba que aquel que posee conocimientos, posee a su vez la capacidad de transformar y hacer propuestas sobre la organización de la ciudad. Sin embargo, después del quiebre del poder de la monarquía española, surge un nuevo arquetipo y es el de libre pensador, que a la vez que poseía una amplia cultura y una tradición republicana, iba en contra de los poderes establecidos (Silva, 2002). Estos nuevos conceptos en los que los hombres de letras se inscribieron, generaron una lucha en la que se enfrentó a las ideas religiosas, donde moral y virtud pasaron del plano espiritual al plano de la humanidad. Al mismo tiempo, según Flor María Rodríguez-Arenas (2007)

se introdujeron conceptos claves innovadores, junto a filosofías de la historia de la naturaleza inmanentista y materialista que formularon concepciones como progreso, perfectibilidad, civilización, política, derecho, utopía, opinión pública, historia natural. Todos esos intereses provenían de un deseo de obtener un conocimiento más auténtico y de hacer una crítica radical del pasado; por eso tendieron a desarrollar visiones de conjunto influidas por valores de felicidad, progreso, sociabilidad,

libertad, acción y reacción, moderación, tolerancia y racionalidad en las relaciones humanas (p. 4).

Todas estas ideas fueron expandidas por todo el territorio gracias a la contribución de personajes como el científico José Celestino Mutis y el minerólogo José D'Elhuyar, viajeros e investigadores europeos como Bonpland y Humboldt, neogranadinos como Moreno y Escandón, Jorge Tadeo Lozano, Antonio Narváez y la Torre, José María Cabal, Francisco Antonio Zea y otros que habían estudiado en España y al interés que los virreyes fomentaron por las ciencias naturales y económicas, al escribir nuevos planes educativos (Moreno y Escandón, 1744; Junta de Santa Fe, 1779; virrey Caballero y Góngora, 1787; Eloy Valenzuela, 1806), y cuando propusieron la apertura de una Universidad Pública, e inauguraron el Teatro (1793) y el Observatorio Astronómico, en 1803.

En el libro *Periódicos literarios y Géneros narrativos menores: Fábula, anécdota y carta ficticia. Colombia (1972-1850)*, Rodríguez -Arenas, citando a Peralta señala que:

La Ilustración fue desde este punto de vista, la estrategia cultural que un sector hegemónico elaboró para reunir a sus miembros, configurar los actos y pensamientos que debían regir su desempeño social y constituir una identidad propia con base en la diferenciación que establecería con otros patrones. Como fenómeno cultural, buscó también ubicar este estamento en la escena social, con miras a que su existencia fuera reconocida, sus intereses legitimados y su aspiración de dominio garantizada por parte de los restantes (xx)

Vale la pena aclarar que este movimiento transformador se produjo en pequeños grupos conformados por las élites (Silva, 2002: 33) y uno de los avances más importantes de este reducido grupo, fue la fundación de la expedición Botánica en 1783, encargada a José Celestino Mutis, hasta 1790 cuando La Expedición se instaló en Santafé de Bogotá.

Ahora bien, la segunda mitad del siglo XIX fue para Medellín una época de grandes transformaciones, según Melo (1996) “para 1875 Medellín ya había llegado a San

Juan, donde se establecieron dos hitos urbanos en el paso del siglo: la plaza de Mercado y la estación de ferrocarril” (p.20). El crecimiento de la ciudad iba llenando los vacíos geográficos, pero al mismo tiempo promovía nuevas líneas de desarrollo apoyadas en los caminos que salían de la ciudad; caminos por los que llegaban también numerosas familias en busca de nuevas oportunidades. Con la aparición de estas nuevas familias, Medellín comenzaba a transformarse, no solo social y arquitectónicamente (puesto que la plaza dejaba de ser el centro de actividades y el punto de referencia central) sino, además, culturalmente. La gesta cultural que bullía con la masificación de la ciudad era evidente. A simple vista, Medellín parecía muy alejada de las grandes ciudades europeas, sin embargo en medio de su transformación, empezaban a aparecer refinadas discusiones e ideas intelectuales, “se leía y se escribía mucho, se conocían las corrientes del pensamiento que influenciaban gran parte del mundo” (Restrepo, 2005: 116); la cantidad de hombres que estaban produciendo intelectualmente y que, incluso para antes de 1870, ya habían empezado a entregarle a la ciudad obras, instituciones y un ambiente general de discusión y creación cultural con el que interactuar más allá de sus fronteras, iba en ascenso, un claro ejemplo de esto, es el caso de Isodoro Isaza, que para 1868 ya editaba el periódico literario *El Oasis* junto a los ya mencionados Manuel del Socorro Rodríguez redactor de *Papel Periódico* (1791-1797) y Jorge Tadeo Lozano y José Luis Azuola con el periódico *Correo Curioso* (1808).

Dicho lo anterior, hacia finales del siglo XIX, el aumento de la población en Medellín era notorio, se veía que la ciudad crecía y se inundaba de nuevos pobladores. Esto daba la idea del nuevo tipo de ciudad que se gestaba entre las montañas, que iba dejando poco a poco las características de pueblo grande, para adoptar, de manera lenta, pero progresiva, las de ciudad. El desarrollo demográfico a la par del desarrollo económico e industrial promovió un contexto en el que se daba oportunidad a cualquiera que fuese instruido en un oficio. De hecho, cuando Medellín, en 1875, cumplió 200 años de reconocimiento como villa independiente después de que en 1675 la Corona española le adjudicara tal categoría permitiéndole tener un cabildo propio para el manejo de sus asuntos y para el regocijo de sus élites, quienes de inmediato ocuparon los lugares que consideraban naturalmente suyos, se llevó a cabo, el 24 de noviembre de 1875, un festejo con el que se celebró el aniversario de la ciudad. En este, cada uno ocupaba también su lugar: un desfile

de la población agrupada en categorías profesionales que se llevó a cabo por los espacios y las calles más importantes de la ciudad (Escobar, 2004: 220).

Las tradiciones sufrieron una transformación con la introducción de modas, costumbres y nuevos hábitos realizados por las nuevas familias. Con todo esto, las tensiones sociales se intensificaron también, promoviendo la clasificación de nuevos grupos sociales, mientras que, con la aparición de nuevos ricos, como lo menciona Restrepo (2005), “se generó un proceso de movilidad social, a partir del cual se consolidaron nuevas burguesías y la llamada clase media, antes inexistente, se fortaleció” (p.115). Para estos nuevos grupos sociales la preocupación por la cultura, la literatura y el arte y la búsqueda del refinamiento personal cobró gran importancia. Surgieron entonces, de entre todas estas transformaciones, “grupos intelectuales, escritores y artistas serios y comprometidos” (Restrepo, 2005: 116-117) que trataban de conformar asociaciones críticas de aquel proceso de cambio social que vivían y de tomar parte activa y consciente en él.

En esa preocupación por las transformaciones culturales, no faltaron discusiones dentro de la revista, como fue usual, que se contradijeran los que estaban más del bando conservador con los más liberales. Fue así, con estas apuestas de debate público de lo social, como la revista *El Montañés* se hizo visible al respecto, algunos apartados de ensayos, en favor de esas necesidades de cambio, fueron publicados, como *Ensayos literarios* del Dr Lisandro Restrepo quien aludió en ellos un caso puntual con la actitud de las mujeres de la época:

lo que el autor dice de nuestras mujeres, merece reproducirse (...) el trozo es digno de todo elogio “con frecuencia he observado que la generalidad de nuestras jóvenes casaderas, no se preocupan por agradar en los lugares de reunión (...) a otras personas que a sus congéneres del contrario sexo de quien pueden esperar propuestas de enlace matrimonial. Semejante proceder es zurdo y necio y revela de quienes lo practican la falta de cultura y un horizonte de ideas demasiado estrecho (...) depende en gran manera de que la mujer antioqueña, y la medellinense en particular, ha sido imbuída en la idea de que nació para ser casada. Y de aquí que en toda su vida no persiga otro objetivo (...) la sola idea de que pueda quedarse soltera, o para vestir santos como por acá se dice, la horripila y la anonada” (*El Montañés*, 1889: 131).

De igual modo, como lo expresa Altamirano (2010), el entorno social de las prácticas intelectuales comenzaba a modificarse. Medellín que provenía de una población tradicionalmente dedicada al comercio y a la minería, contaba ahora con un movimiento intelectual que había promovido la existencia de una biblioteca pública, la del museo de Zea, varias librerías, aunque no muy abundantes, en las que se alquilaban libros y en las que se iniciaron algunas tertulias y la escuela de artes y oficios. Del mismo modo, se promovía el ideal de civilización a través de la creación de instituciones como el Ferrocarril de Antioquia, la Cámara de Comercio, la Empresa de Energía y otras tantas empresas e instituciones destinadas a ordenar el rumbo de la ciudad. Instituciones que fueron fundadas por los personajes detrás de la revista *El Montañés* en sus diferentes campos de participación como intelectuales de la sociedad. Es por esta razón, que no es difícil encontrar entre las colaboraciones de la revista, múltiples referencias a eventos sociales y culturales de la época, como por ejemplo, el concurso pedagógico que se llevó a cabo en el Teatro Principal en noviembre de 1897 (p,147); y donde se premiaba a los maestros y sus discípulos, los conciertos de la Escuela de Música de Santa Cecilia, la construcción del Ferrocarril de Antioquia y la promoción de otros tantos eventos culturales que se llevaron a cabo en la ciudad y en los que ellos, a su vez, estaban involucrados.

Es por esto que, los grupos dirigentes de Medellín entendían el lenguaje progresista del siglo XIX de Europa e intentaban transmitirlo a toda la sociedad. Fue así entonces que, el dinero proveniente de estas élites sirvió para incrementar los intercambios culturales y la creación de espacios que permitieran alcanzar el ideal de civilización cultural que pretendían. No es raro entonces encontrar, por ejemplo, los nombres de diversos personajes que se repiten con frecuencia en la participación de eventos de toda índole en áreas como política, economía y educación; y, según Escobar (2004), encontrar una serie de apellidos comunes, muestra la existencia de alianzas y redes familiares controlando la producción de bienes, leyes e ideas, lo que daba cuenta, que con frecuencia, los hombres de gobierno y los miembros de las compañías de comercio entre otros, eran también parte de los grupos intelectuales, literarios, artísticos y científicos de la ciudad.

Vale la pena mencionar que muchos de estos personajes fueron escritores, editores y/o fundadores de *El Montañés* desde 1897 y hasta 1899, manteniendo una estrecha relación de afiliaciones políticas e ideológicas, artísticas y culturales; y, que, a través de sus publicaciones, se vinculaban al mundo y ejercían una importante función: desarrollar el pensamiento de los habitantes de la región. Pero, sobre todo, expandir la visión en conjunto sobre el progreso de la región, es decir, mantener vivo su proyecto civilizador. Como prueba de ello resultaba la conformación de revistas en las que poetas, científicos, ensayistas, hombres de Estado y artistas entrecruzaban sus campos de producción intelectual y daban a conocer al naciente público sus ideas. Por todo esto, es necesario conocer el intelectual que produce las revistas y el contexto en el que este interactúa. Dicho lo anterior, como lo muestra Carlos Altamirano en su texto de *Historia de los intelectuales en América Latina (2008)* “la emergencia de una importante generación de estudiosos está ligada con los logros de la historia económica y social, que despegó de hecho, del cultivo académico” (p.15) juega un papel importante en la conformación y transformación de la vida intelectual en una sociedad marcada por las gestas políticas, y evidencia, además, las inclinaciones, o más bien, los intereses estéticos de estos personajes.

Capítulo 3
La vida intelectual en Medellín a finales del siglo
XIX.
El espíritu de una época

La revista *El Montañés* nace en un ambiente político tenso: La Regeneración, alentada mediante la Constitución de 1886. Hecho que posibilitó el panorama adecuado para que se desencadenara La Guerra de los Mil días en el país²⁸. Es por ello que, Colombia al final del siglo XIX se caracterizó por las sucesivas guerras civiles, por la desorganización administrativa, las relaciones cercanas entre el Estado y la Iglesia, la pobreza y la censura sistemática a los medios impresos (Bedoya, 2018). Si la revista quería subsistir en un mayor periodo en el tiempo, debía conservar un lenguaje delicado, por decirlo de alguna manera, de tal modo que no atacara las instituciones políticas en su buen nombre. Lo anterior obedecía a un ámbito movedizo, pues el panorama sociopolítico y cultural del país no era homogéneo y, por tanto, el contexto en el que nace la revista también presenta una ciudad en desarrollo hacia una segunda industrialización y, con esto, hacia el crecimiento económico que ya habían reflejado otras ciudades a nivel internacional. Podría parecer paradójico, pero no lo es, las brechas económicas en la historia han sido bien marcadas entre las élites y los menos favorecidos.

Las élites, desde épocas independentistas, eran las encargadas de los proyectos de formación educativa y de infraestructura. En Medellín lideraron la creación del Ferrocarril de Antioquia, la instalación de la electricidad, entre otros. Y, se encargaron de participar en la cultura que, para el tiempo, hacían pública principalmente en las revistas o medios impresos. Esta clase social proyectaba en la creación de ciudad un ideal de progreso de la mano del intelecto. En América Latina las élites ilustradas ya habían concebido los proyectos de libertad y dignidad, esta ya había dejado su huella en las independencias que lograron masificar la alfabetización. Ahora bien, estos grupos sociales en diferentes lugares del continente como en Medellín tenían unas economías estables que les permitía participar de modelos económicos de industrialización, incluso, este fenómeno planetario de la industrialización posibilitó el ascenso de una nueva clase social que pudo ir a la universidad,

²⁸ Conflicto civil de Colombia entre el 17 de octubre de 1899 y el 21 de noviembre de 1902, en un principio parte la disputa entre el Partido Liberal y el gobierno de la época que lideraba el Partido Nacional en cabeza de Manuel Antonio Sanclemente (Urrego, 2002)

y, con esto, ya el conocimiento salía del privilegio de las élites y pasaba al pueblo (Restrepo, 2005). Dentro de los autores de los textos que participaron en la revista, que no estaban considerados como parte de esa élite, se encontraba Antonio Cano y Tomás Carrasquilla, de este último se dijo en la propia revista que:

El autor de *Frutos de mi Tierra* se ha hecho por completo a una vida de artista. Lo que es raro en nuestra tierra. Se mantiene ajeno a las ocupaciones ordinarias de las gentes de estas montañas; no sigue exaltadamente los debates de política; ni se mezcla en las guerras civiles; no viaja como los judíos errantes de Antioquia; ni busca en los vicios el olvido del talento que lo pone en desequilibrio con sus compatriotas (Montoya, 1897:107)

Se puede decir entonces que, este grupo tenía una preocupación por el refinamiento de la persona en tanto ejercía prácticas culturales. Por ello, su preocupación les llevó a un proyecto civilizador que iba resaltar los resultados de la ciencia, el arte y la literatura; estas formas de observar la realidad dinamizan una sociedad, dándole importancia con temas tratados a fondo. Fue así como se presentó la revista al medio: con el subtítulo específico de los direccionamientos que se darían a los temas que iban a presentar.

La revista *El Montañés* nace entonces en una época transitoria, especialmente de la autoridad intelectual elitista a una autoridad intelectual más plebeya, como se verá en adelante; también, al mismo tiempo, se movió en un momento histórico cambiante de hegemonías políticas liberales a las conservadoras y, además, fue testigo de los avatares de la industrialización que venían con el cambio de siglo. Dichos movimientos de la revista serán vistos desde la distancia, a este tiempo, así lo facilitan las corrientes historiográficas que clasifican y describen a los intelectuales de diferentes épocas y a la conformación de redes intelectuales en la historia. Con lo anterior y dentro de la observación de estos entes de investigación, se nota una real importancia: esta no radica únicamente en la de identificar el intelectual de una época, sino en cómo se convirtieron en fundadores de una red. Y, desde luego, como actores intelectuales de una red cómo proporcionaron sus modos y espacios de socialización.

Intelectuales en Medellín y miembros de una red cultural

El intelectual de Medellín para finales de siglo XIX cumplía con los preceptos que Altamirano describe sobre un intelectual promedio: “posee conocimientos especializados y aptitudes cultivadas en diferentes ámbitos de expresión simbólica (literatura, humanidades, derecho, artes, etc.), y que proceden de diversas profesiones” (2011:14). Mismo que promulga sus saberes considerándolos una verdad, a la vez que poco a poco los instauran como valores centrales para la sociedad, ganando con ello cierta legitimidad, ya que proclaman la injusticia del orden político, entre otros (Altamirano, 2011).

Estos intelectuales o héroes de la palabra como les llamaba Ureña “alcanzaban en ese panteón un lugar más elevado que los hombres de acción [...] son verdaderos creadores o salvadores de pueblos, a veces más que los libertadores de la independencia” (Altamirano 2010:16). Con la especificación y diferenciación realizada, en el segundo capítulo de esta investigación, entre ilustrado, más encarnado en los actos políticos independentista, y los intelectuales de finales de siglo XIX, se puede decir que, estos últimos que fundaron la revista y participaron en ella, eran esos pioneros que en este espacio de Colombia se hacían acreedores de este título de héroes de la palabra, quizá porque salvaban al mundo de la ignorancia social. Claro está que, solo hasta dos décadas después de entrado el nuevo siglo comenzaría a hacerse visible en cantidad y en calidad el nuevo escenario intelectual; aquel intelectual político que iba relegando el lujo y privilegio de letrados a aquellos nuevos actores más académicos y pertenecientes a un origen más plebeyo (Altamirano 2010:18), como lo fueron Tomás Carrasquilla o Antonio Cano que poco participaron de las gestiones políticas, contrario a los demás actores de la revista, estos necesitaron de mecenas que los apoyara en su labor artística, dicho en la misma revista sobre el evento que recaudó dinero para el viaje a Europa de Cano, y por las mismas afirmaciones de Carrasquilla (1915) cuando menciona a sus padrinos para poder publicar *Frutos de mi Tierra*:

si público y he publicado es porque me pagan, y no muy mal, soy, pues, relativamente una pluma alquilada (...) el libraco fue leído, comentado y se vendió muy pronto. No fue ni gracia, encontré aquí padrinos muy buenos

e influyentes, que me lo ampararon antes y después de su salida, entre ellos, Diego y Rafael Uribe, José A. Silva, Laureano García Ortiz, Jorge Roa, Antonio José Restrepo, Mariano y Pedro Nel Ospina, y los redactores de la *Revista Gris*” (p.5-6).

Entonces, el fin del siglo XIX trae consigo un nuevo tipo de intelectual que se va a ver reflejado en el modo y en las formas de escritura, en sus preferencias críticas y literarias para la época, observadas en el objeto de estudio de la presente investigación, la revista *El Montañés*. Un intelectual como sujeto social que, en palabras de Pita (2017), conformaba una especie de frontera simbólica, en tanto que demarcaba el límite de la cultura y la identidad cambiante; este límite, a su vez, lo podía multiplicar y resignificar a través de la acción; acción (es), en este caso, como la de escribir en la revista y gestionar lugares culturales, ya que desde sus influencias gubernamentales diligenciaban espacios académicos culturales en universidades, por considerar la ausencia de estos:

El desarrollo y el perfeccionamiento de la instrucción pública, es la segunda condición necesaria para que Antioquia y Cauca lleguen a ocupar dignamente su posición (...) lo que les falta es tener institutos donde la enseñanza científica y técnica se pueda adquirir a la altura que lo exigirá el siglo XX (Restrepo, 1898: 387).

Al ser conscientes de sus ausencias, no solo intelectuales, sino institucionales, y actuar al respecto resignificando la importancia del conocimiento, se convierten en sujetos de frontera simbólicos frente a otros poderes y campos tradicionales políticos, económicos o culturales, y frente a una sociedad estructuralmente flexible, interdependiente y en movimiento constante. Es así como, con el movimiento constante de una época transitoria, Carlos E. Restrepo, Mariano Ospina Vásquez, Gabriel Latorre, Francisco Efe Gómez, principalmente, se conforman en intelectuales hechos frontera simbólica; pues no solo se identifican con los ideales de progreso, en un ambiente altamente conservador, sino que marcan los nuevos lineamientos culturales mediante la gestión de la creación de la revista *El Montañés* y con la práctica de la escritura científica, artística y literaria que en ella se da. De hecho, de la escritura científica se encuentran varias opiniones con el mismo fondo, la necesidad de escribirle a la ciencia, por ejemplo:

son contadísimas en el país las personas que son suficientemente versadas en ellas para poder hablar o escribir sobre sí mismas sobre tales temas; y

como tampoco hay obras de consulta, pues la flora y la fauna de Colombia están no solo por publicarse, sino aun por escribirse (*El Montañés*, 1899:158).

En efecto, como intelectuales, consideran varios lineamientos culturales, demarcados evidentemente con los textos publicados: crónicas, cuentos, poemas y ensayos que resaltaban la identidad de lo local, sin dejar de lado las influencias civilizatorias europeas, ya no tan fuertemente marcadas porque se estaba dando lugar a lo propio; incluso resaltaban los lugares nacionales en que estas pautas culturales se daban, pues criticaron directamente las prácticas intelectuales de una Medellín españolista y una Bogotá americanista (Prologus,1898), describiendo un contexto local escaso que se debía resignificar siguiendo el ejemplo de la ciudad capital de la nación, en donde ya practicaban la escritura consciente de lo local. Y, la revista lo quería aplicar pues presentaba textos que desde lo literario abogaban por la descripción de majestuosos paisajes nacionales y desde los estudios científicos demostraban la preocupación de unas zonas de difícil acceso para la minería en Antioquia o veían como ventaja poética el mismo lugar montañoso: “Un espíritu poético encontraría imágenes de un estilo muy elevado para hacer paralelo entre un embudo y la brillante vegetación que nos rodea” (Nauts, 1889: 117).

De esta manera, este sujeto social o intelectual contenía una identidad diferenciada de su entorno, frontera, lo cual era estratégico para demarcar el perímetro, proceso civilizatorio, que los distanciaba de la mayoría despreocupada. Como sujetos de frontera, van a generar alianzas o tensiones (Pita, 2017) con esa mayoría, la que, en ese entonces, direccionaba a un rumbo equivocado a la ciudad, por caminos españolistas, por tomar sus expresiones. Estos sujetos entonces eran parte de ese contexto, en el cual debían relacionarse fuera con tensiones o alianzas.

Ambas formas de relacionarse, con tensiones o alianzas, se evidenciaron en el intelectual medellinense. El contexto era tenso a nivel político, y no podían tomar una posición crítica frente al asunto que fuera muy marcada desde los ideales libertarios y republicanos que habían generado caos con las guerras civiles de fin de siglo, tampoco podían tener posiciones conservadoras hegemónicas como las que se estaban presentando en el momento en que se da la revista. Sin embargo, en muchos casos, lograron distanciarse de estas ideologías políticas, más no de la crítica que merecía un desgobierno, como el que

constantemente criticaban a lo largo de sus discursos por no traer prosperidad y paz a la ciudad. Mariano Ospina Vásquez que para ese entonces era encargado de la reseña mensual a la vez que era miembro de La unión republicana, ejercía su libertad de pensamiento ante la situación presente con una libertad que solo se podía dar un miembro de una élite intelectual. Manifestaba su afinidad con las formas liberales, las que debían mencionar con mesura si querían conservar ese espacio de enunciación, por ejemplo, cuando menciona que “La almendra de la situación es que el país está casi sin Gobierno y arruinándose hora por hora, en medio de la apatía universal” (Prólogo, 1899:94).

Intelectuales que procuraban marcar una distancia política que tal vez se habían ganado un descrédito con la Regeneración. Acercarse o alejarse de la política era un lujo que se podía dar una personalidad que contara con prestigio; reputación que le ayudaría a generar alianzas entre sus iguales para poder liderar el proyecto cultural en mente, el de cultivar las mentes mediante proyectos educativos civilizatorios en la bella villa de Medellín mediante la puesta en escena de la revista. En esta misma se puede observar su concepto de civilización, o por lo menos lo que no era:

¿cómo miden la civilización? ¿Por el número de suicidios o por las millas del ferrocarril? ¿Por los linchados, por los que mueren de hambre o por la edición de los periódicos? (...) ¿civilización querrá decir ferrocarriles y telégrafos? ¿no será más bien amplitud de comprensión y alteza de aspiraciones? ¿no será tolerancia e idealidad: un perfeccionamiento del sentido espiritual de lo justo y del sentido de lo bello, que en sí encierra todas las artes, todas las ciencias? (...) los yankees, el más materializado de los pueblos no puede ser por sí mismo la civilización” (Prólogo, 1898:409).

Esta frontera simbólica que generaron los autores de la revista Carlos E. Restrepo, Gabriel Latorre, Francisco Efe Gómez, Mariano Ospina Pérez o Mariano Ospina Vásquez (Prólogo) y Tomás Carrasquilla, se alejaba de las tradicionales formas de ver el mundo y resignificaban la forma de pensar; sin duda alguna, existieron sujetos sociales con fronteras porosas (Pita, 2017), es decir, que a pesar de tener la misma identidad de intelectuales no compartían formas de pensar civilizadora, estos también tuvieron espacio y participaban en la revista, en donde se permitieron los debates en relación a la ciencia, el arte y,

principalmente, a la literatura. Esta última abrió temas tan susceptibles como el arte comprometido; para esta época la literatura se debatía fuertemente con la moral religiosa, como se evidenció en muchos otros textos, y en la carta dirigida directamente a Efe Gómez, en la cual le refutan su defensa del arte por el arte, en la que el herido remitente dice: “¿Y habrá quien diga que lo mismo da en la obra de arte el ir por o contra la moral, inseparable del sentimiento religioso? (...) afirmo que el terreno religioso, el de las cosas altas y limpias, es el caldo propio del microbio artístico” (Escovar, 1889:436). El grupo redactor de la revista permitía un espacio de sociabilidad abierto, tolerante, pues daba espacio a sus propios detractores que criticaban la revista desde la revista misma, diversificando, con ello, los puntos de vista. Vale decir entonces que no solo dieron paso a las críticas políticas que abogaban por un tipo de educación que fuera aplicable sino también a

la formación de un hombre para que sepa y pueda recorrer el camino que le conduce a su fin. Grandiosa idea que hace palidecer las falsas nociones de Educación inventadas por los hombres. Estas lo encierran en un estrecho círculo y le dicen: Edúcate para ser matemático; para poseer las ciencias de las leyes; para estudiar la fuerza, el movimiento, aplicándolo a la industria, al comercio; para conocer y aliviar las dolencias físicas del cuerpo: y serás un grano de arena que contribuya a levantar el monumento de gloria que la humanidad erige a su propia grandeza (Muñoz, 1898:198).

Sino que, este grupo redactor, de ese modo, ubicó sus posiciones dentro de la red; frente a sus posiciones literarias; en el caso de la literatura, para los cinco autores principales, Mariano Ospina Vásquez, Tomás Carrasquilla, Efe Gómez, Carlos E. Restrepo y Gabriel Latorre, es notoria la defensa de lo local en ella, sin embargo, se diferenciaban desde la forma estética de la pieza literaria. Efe Gómez, como se notó en la carta antes mencionada, abogaba por la defensa del arte por el arte, no es el caso detallarlas en este estudio, Tomás carrasquilla desde una estética más informal, como lo afirma una reseña a este autor para sus obras más reconocidas según la revista, *Frutos de mi Tierra* y *Simón el mago*:

“En *Frutos de mi Tierra* el autor rompió desde luego la camisa de fuerza de las imitaciones y de la literatura decadente, y este es su mérito esencial”. (...) “Quizá dicha obra es un objeto de lujo en este tiempo cuando la Nación atraviesa una crisis política y económica que no la deja dedicarse a sensaciones delicadas, pues todo ensueño es pérdida de fuerza y la debilidad en épocas críticas es cómplice del delito” (Montoya, 1897: 107).

Posiciones intelectuales literarias de la red que estaban siendo asimiladas en el medio cultural de la época, razón por la cual los escritores se aventuraron a debatir sus posiciones, siendo así que se encuentra quien dice “Que aquello que se ha vuelto cuestión de moda y que la novísima escuela artística y literaria tiene ya más bien carácter de receta que de escuela; por donde lleva ya trazas de caer en la vulgaridad, como la del finado (o casi) rubendariaquismo” (Restrepo, 1889:98), esto dirigido a aquellos que se consideraban modernistas. Refiriéndose también no solo al movimiento literario, sino a la falta de nuevas formas de escritura agrega: “y es justamente el hecho de haber receta pronta, canon preparado al cual conformarse, lo que los pone en carril de perdición” (Restrepo, 1889:98). También se puede observar en la carta abierta dirigida a Tulio Ospina, en apoyo al anterior texto publicado en la misma revista en contra del regionalismo, todo un discurso de apoyo a su posición y de constatación a una postura intelectual literaria:

“dejé comprender que nuestra literatura (...) atravesaba el momento doloroso de *Los días oscuros*; que el regionalismo del que alardea nuestra producción literaria no es sino una faz ridícula del carácter antioqueño; que la misma prensa, agente de la civilización- trata de hundir al que se sale de la vieja pauta conservadora (...) quien diga que yo opino por atropello de las resistencias, no me entiende, no se vence atropellando en las lides del pensamiento. Se derrota atropellando a una guerrilla de pequeños intelectuales con el genio portentoso de un empecinado” (Montoya, 1899:162).

Es así como en la misma revista queda la huella no solo de las fronteras porosas entre los mismos intelectuales, con respecto a lo que consideraban un tema álgido de la cultura, la literatura, sino que queda el rastro de las posiciones de frente al tema. Por ejemplo, otra posición contraria a las anteriores (decadentismo, modernismo o regionalismo), la que aparece en varias voces, en defensa de lo clásico, es esta:

El modernismo es hoy por hoy atmósfera de que estamos circuidos (...) esta como enfermedad, endémica ya en nuestro suelo por lo que parece, a más del obstinado regionalismo, que hoy cunde de modo estrepitoso, dará al traste con todo lo que tenga asomos de procedencia clásica” (Palacio, 1899:222)

Posiciones literarias y culturales de los intelectuales de la red que estuvieron así bien diferenciadas en su estética, pero muy iguales en tanto ideales de civilización, especialmente la de tener en cuenta los elementos locales para la constitución de las piezas que promovieran un pensamiento crítico, y, este a su vez, como proyecto de civilización real y no alejado de un sentir propio y americanista, como fue común leerlo en la revista: “*frialdad de mármol* y que a eso se le llama, entre otros malos nombre, *el parnasianismo*, pero yo, aunque hubiera de quedarme muy lejos del Parnaso, pidiera para mis versos vida de mi propia vida, alma de mi propia alma” (Prologus, 1897:101).

Estos actores intelectuales no solo se permitieron afianzar sus posiciones, sino que empezaron a gestionar y posibilitar, con las relaciones que le permitía pertenecer a una élite, aquellos espacios necesarios para ejercer cultura y progreso. Tal fue el caso de Gabriel Latorre, miembro de la junta directiva del Ferrocarril de Antioquia, miembro fundador de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, de la que, además, fue su presidente, miembro de la junta directiva de la Cámara de Comercio. A la vez que gestiona espacios académicos culturales universitarios pues era Profesor de la Universidad de Antioquia de la Literatura Española, de Lenguas, de Retórica y de Estética. Además, profesor de francés en el Liceo Antioqueño. Contando también que fundó y dirigió, *El Montañés*. Fue miembro fundador de la Academia Antioqueña de Historia. Además de escribir para otras revistas y varias novelas, y ser traductor de varios idiomas.

Cierto es que estos actores sociales, intelectuales del siglo XIX tuvieron una activa vida política, comercial, intelectual y/o artística, un poco diferente fue la de Tomás Carrasquilla que sale de ese grupo de élite, dedicado a escribir, y se enmarca en ese nuevo intelectual que vendría a pertenecer al lugar que, en el siguiente siglo, las primeras dos décadas del XX, le otorgaron lentamente a esos nuevos intelectuales más plebeyos, académicos, es decir, pegados a la universidad.

Revista como espacio y modo de sociabilidad: estructura de red de intelectuales

Un grupo de intelectuales necesitan materializar su unificación y su causa en común, es por ello que, este grupo de intelectuales, autores de la revista *El Montañés*, se permitieron un espacio de sociabilidad, tal como lo identifica Altamirano (2011), como *estructura de una red* o revista. Esta, a la vez que se convertía en soporte cultural, iba haciendo parte de esos modos de sociabilidad de los intelectuales, que no solo registraba los trabajos resultados de tertulias literarias, sino que era un espacio extracadémico muy común por aquel entonces, ya que el espacio académico universitario era precario. Por consiguiente, la revista entonces funciona como la estructura central de esta red cultural en Medellín, y como tal no podía acabar con el cierre de su primer lugar de enunciación, o donde posiblemente nacieron como red, en la revista *El Repertorio*.

Los intelectuales de la revista en cuestión necesitarían de un lugar de enunciación, por ello consolidan la revista, misma que se puede observar como la estructura de la red, ya que como modo de sociabilidad permitió “espacios de interlocución con el Estado [...] construyendo instancias decisivas de formación de esferas públicas, propias de las repúblicas liberales” (Sábato, 2008: 387). A la vez que se constituía como lugar de entrenamiento para los nuevos escritores, pues posibilitó la actuación de nuevas figuras letradas como lo fue la de Tomás Carrasquilla y Efe Gómez.

Sábato (2008) da luces de un modo de sociabilidad como lo es la interlocución con el Estado y la creación de las esferas de lo público, en este caso, la interlocución con el Estado está marcada por las críticas a las decisiones políticas del momento, como se ve reflejado en los comentarios de Prólogos que, si bien en muchas ocasiones fue muy explícito, en la mayoría de reseñas uso el sarcasmo como elemento matizador que lo protegía de un estado opresor de las letras de libre expresión. Un sarcasmo que le permitía seguir usando el espacio de sociabilidad constituido como revista y, a la vez, se iba formando esa esfera de lo público ganando suscriptores pues su juego con el lenguaje le permitía comparar, como en este caso, la situación económica de Argentina con la de Antioquia, con respecto al tipo de economía de los créditos que inundaban de letras las deudas de los antioqueños, según el autor:

¿quién sabe? Ese sordo rumor que D. Carlos Martínez Silva- y no es él solo- cree oír por allá abajo- - por allá donde el hambre no es una figura de retórica política- no estará indicando que es allí donde el despertador puede romper de pronto, con su infernal algazara? Pero ¿hay en todo esto algo nuevo? ¿No es la historia de cada mes? Miento. Algo nuevo hay hoy: ¡Las letras al 400! (1899: 246).

En esta esfera hacían público las tendencias extranjeras del momento sobre asuntos del conocimiento en las áreas antes mencionadas, y temas culturales como el económico.

Para Granados y Pita (2017), citando a Eduardo Devés, una red de intelectuales se denomina como “un conjunto de personas ocupadas en la producción y difusión del conocimiento, que se comunican en razón de su actividad profesional, a lo largo de los años” (p.10), si bien es cierto que los actores de la red de intelectuales que rodea la revista *El Montañés* producían conocimiento (literario, artístico y científico) y lo difundían, estos sujetos iban más allá de este acto, llenaban un vacío social de gestión cultural y promoción de espacios para la práctica de los mismos al crear las tertulias, la revista y las cátedras en las universidades. Ubicarse en un espacio vacío de la sociedad caracterizó este grupo.

Las redes cuentan con múltiples características, pero una de ellas tiende a definirlos, como es el caso de la conformación de redes intelectuales a nivel Latinoamericano, su resonancia principal, desde la historiografía, es la del caso de las redes transnacionales de Ingenieros en Argentina que tuvo cierta influencia en la revolución mexicana. Y, mucho después, nace también la red de intelectuales de académicos, no tan políticos, como la de Alfonso Reyes y Henríquez Ureña. La primera tenía un objetivo unionista, antinorteamericano y revolucionario (Granados, 2012). Este tipo de redes es configurado por personalidades con capacidad de convocatoria y altamente influyentes en el medio cultural, a esos sujetos se les conoce como núcleos de la red por ser los más activos y autogestionar (Granados y Pita, 2017). Esta red medellinense no era política ni académica. Política no era porque, si bien querían algunos autores poner en tela de juicio la realidad del momento político, tenían la latente amenaza de cierre y multas si se alejaban de las posiciones conservadoras, y su fin desde lo político era más ser críticos que asumir partidos libertarios. Tampoco era académica porque la ciencia apenas estaba siendo comprendida en las

universidades locales, y aún no se llenaba este vacío cultural. Fue por esto último que se ocupó de ser una red gestora y promotora de lo cultural, con el hecho mismo de consolidar una revista de carácter amplio, ciencia, literatura y arte, en un ambiente tan hegemónico y perjudicial para el desarrollo del conocimiento científico y artístico, en donde promulgó la crítica antes mencionada no solo a la literatura, a lo político, sino a los asuntos culturales del momento, ya mencionadas (crecimiento de ciudad, surgimientos de nuevos gustos en la moda, posturas femeninas, etc.), hecho que requirió debates desde diferentes perspectivas. Fue así entonces como esta red observó los vacíos académicos y la necesidad de espacios de sociabilidad para dichos conocimientos y su desarrollo, tal como se explica en el capítulo anterior sobre el contexto no laico que limitaba no solo la ampliación de perspectivas académicas, sino la despreocupación por la legitimación de instituciones liberales.

Esta estructura de red, la revista *El Montañés*, o espacio de sociabilidad tiene un amplio espacio para la reflexión sobre la literatura, no solo da lugar a las críticas, si no que hace públicas las tendencias literarias extranjeras y las creaciones locales como compromiso cultural civilizatorio.

Y, en ese compromiso de ser esfera de lo público atiende también a la autoridad intelectual para finales del siglo XIX que brota de las altas influencias de París como metrópolis del momento. Sus revistas, editoriales, academias, debates y los maestros del pensar eran a menudo maestros de pluma. De Europa llegaba todo, “no faltaban voces que amonestaran a los demasiados serviles [...] reclamando más independencia en el campo artístico y literario (Ídem, p. 13). Este tipo de personalidades de grupos intelectuales viajaban a profesionalizarse allí, al viejo continente. Era inevitable llegar con esa influencia de la *belle époque*, esto hacía más complejo reconocer lo local. Pero fue en ese momento histórico que se empieza a ganar una identidad latinoamericana que vendrá a hacer eco en aquellos intelectuales de mediados de siglo XX.

Entonces, lo anterior tenía cierta diferencia de los ritmos de crecimientos económico de Medellín para la época de la revista, por estar en antiguas guerras, quizá, no se alineaba con el movimiento latinoamericano, tal como afirma Altamirano (2011) “gran parte de las naciones latinoamericanas se encuentran en rápido crecimiento económico, incluidas en la órbita mundial del progreso burgués,” (p. 13)

Los intelectuales que escribían para la revista *El Montañés* que conformaban la red cultural civilizatoria del siglo XIX en Medellín, no estuvieron interesados solo por asuntos políticos, no limitaban sus temas únicamente a ello, ya que comprendían los nuevos reconocimientos sociales que se le había abierto al mundo civilizado desde la ciencia, la literatura y el arte en general que venía calando de ese nuevo movimiento económico desde esas órbitas mundiales. Y esto, a su vez, les iba posibilitar construir una estructura de red que, en gran parte de sus textos, reflejara unos intereses intelectuales muy alejados de asuntos independentistas, más bien su centro empezaba a ser una descolonización cultural que pretendía resaltar lo propio con valor tan alto quizá como el de aquellos textos producto de la influencia europea.

Es por lo anterior que se refleja la diferencia de ese intelectual ilustrado y el nuevo, el de finales de siglo XIX, y surgen autores como Tomás Carrasquilla con sus cuentos como *San Antoñito* o Efe Gómez con un *Zaratrusta maicero*; historias que reflejaban esas incertidumbres humanas, pero desde escenas cotidianas, pues este último fue ingeniero de minas y de esa experiencia se nutre para narrar su cuento *Las minas*, publicado en la revista *El Montañés*. Manuel Uribe Ángel también participa con crónicas sobre los indígenas de Caramanta: “Distingo: si los aborígenes han de ser tenidos por seres humanos, no; pues de cuando en cuando pasan por aquí tropas de indios caramantas...”. (*El Montañés*, p. 379). No era un distanciamiento radical de las contemplaciones extranjeras por la literatura, todo lo contrario, estas mismas les enseñaban a valorar lo propio, y es por esto por lo que en sus publicaciones varían sus temarios con textos de los modernistas franceses, simbolistas o diversos textos de literatura universal: Stendal, Dante, etc. Traducidos para la revista por los actores sociales de la red, no era un asunto de copiar lo exterior, o por lo menos esas eran sus intenciones.

La revista entonces se convierte en un gran soporte cultural, pues la variedad temática abarca una realidad social clara, legible desde muchos ángulos, político con las guerras, por ejemplo, “¿Y de dónde nace ese universal desentenderse de todo lo que parece debiera preocuparnos? ... de la guerra hispano-yanke. Otro tema excluido de las conversaciones y del pensamiento” (Prólogo, 1898: 407). Y, las tensiones de un panorama belicoso mayor, ante la educación precaria “como que ya quiere ir para un año que el Gobierno Nacional no

paga a sus empleados de por acá y que la usual ración de escasez de los maestros de escuela se ha convertido en una de hambre...” (Prólogos, 1898^a: 314). A la vez que permitía presentar panoramas más alentadores como la llegada de la luz eléctrica a Medellín.

Solo desde entonces, el objetivo del intelectual no solo es estar más civilizado y refinado con las tendencias parisinas, sino ser un pueblo altamente culto y educado, sin olvidar esos asuntos variados del conocimiento de lo propio reflejado en el arte, la ciencia y literatura. Es así como los intelectuales, como frontera simbólica, cambian el centro de los intereses sociales de una independencia política a una republicana y de esta a un pueblo culto. Demarcan los nuevos límites de la cultura, ya no desde principios elitistas, antes trazados desde la ilustración, privilegiados, sino desde aquellos principios que incluyen a una mayoría. Y, por tanto, resignifican el valor de lo local y lo propio, menguando aquellos intereses por lo extranjero.

Estos gestores culturales no eran ajenos a su contexto, del mismo que con plena conciencia se dejaban permear con lo local, a la vez que lo permeaban con los nuevos conocimientos artísticos y culturales del simbolismo, del parnasianismo y del modernismo. Era en ese contexto conservador donde legitimaban una nueva identidad progresista, con la “facilidad” que les possibilitaba un lugar privilegiado como lo era el de pertenecer a una élite culta, en su mayoría todavía, hecho que les brindaba la autoridad necesaria para legitimar los nuevos discursos.

Desde la portada de la revista también se vislumbra el objetivo de esta red, generar un nuevo actor social que fuera también simbólico. Una nueva identidad que va a resignificar y va a incluir lo local en las nuevas dinámicas sociales. Es así como la portada contiene un personaje que alude a la tipificación de un “montañero” (expresión coloquial con la que suele llamarse a las personas oriundas de Antioquia) con elementos identitarios de la región: sombrero de paja, un hacha en la mano derecha y un lazo en la izquierda, viste camisa suelta, pantalón bombacho y no tiene calzado (el capítulo uno contiene mayores detalles al respecto), rodeado de musas y columnas griegas. Una combinación que da lugar a interpretar ciertas pretensiones de civilizar un pueblo de entre las montañas que necesitaba a su vez de aquella herencia europea.

La revista se caracteriza por su tono pluralista para ver la cultura, y ello es notorio al permitir todo tipo de corrientes culturales como ya se ha mencionado, incluida la del regionalismo, del que no se aleja desde su portada inicial, sino cuando reafirma publicando cuentos, poemas y ensayos de la región, que resaltan incluso factores geográficos en los que se le hace un reconocimiento local, las montañas, lo hostil que llegan a ser y el ahínco de quién las transita; *A lomo de mula* es una crónica de un recorrido por Antioquia hasta Caldas en el que reconocen la maravilla de los paisajes y las cualidades de la raza antioqueña “¿Qué pensar de esta raza antioqueña, fuerte, enérgica, que va tumbando montes hasta la cima de esas cordilleras, luchando con todos los elementos reunidos para sembrar por todas partes la riqueza o para arrancarla a un suelo constantemente rebelde? (Nauts, 1899).

Así entonces, ya se puede mencionar que existe un lugar de sociabilidad (Sábato, 2008) o estructura de red (Altamirano, 2011) al que se le llama revista. Por esta misma línea, Weinberg (2011) considera las revistas como “soportes culturales esenciales en el campo intelectual” (p. 236). Un soporte que permite abrir un espacio de sociabilidad a la vez que posibilita la fermentación y la evolución de las ideas (Weinberg, citando a Dosse, 2011). Este espacio permite crear redes de intelectuales, retomar las previas o delimitar nuevos círculos de intelectuales. En este caso, la revista *El Montañés* no crea la red en tanto los autores no se reúnen por primera vez con el mismo objetivo civilizatorio, este venía de la anterior unión en la revista *El Repertorio* que, como se aclaró en el primer capítulo, precedió a la revista *El Montañés*; es por esto que, se reconoce como en esta revista se retoma una red previa que no se agota con el cierre de su primer espacio de socialización, todo lo contrario, toma este nuevo y se consolida al sostenerse mayor tiempo publicando en un ambiente hostil para la libre expresión del pensamiento.

A la vez que “la prensa y el periodismo resultaron ámbitos estratégicos de sociabilidad y producción literaria” (Terán, 2011:171) en sociedades modernas, revelaron las dinámicas de los tiempos en que se desarrollaron. Protagonizaron los debates de la época, definiendo sus posiciones, posiciones que marcaron sus formas de sociabilidad, complejas de definir, por ejemplo, la de la revista *Sur de Buenos Aires Argentina* (1931) “fue una revista que le dio nacimiento al grupo y no a la inversa” (Gramuglio, 2011:197).

Liliana Weinberg, hace una imagen de red que se asemeja, en alguna medida, a una descripción del tipo de red intelectual que se da en Medellín en medio de una época de regeneración y que se retoma con la revista *El Montañés*:

la preocupación por la economía política permitió trazar redes de sociabilidad y se convirtió en uno de los elementos claves que animaron la renovación de distintas dependencias del gobierno y de instituciones académicas. Además, representó la posibilidad de generar un nuevo modelo de relación –el servicio público [...] Y las esferas del gobierno. La vida de todos ellos es un difícil equilibrio entre el compromiso institucional y la libertad crítica [...] Vinculado a secretarías y funda la escuela nacional de economía (p. 241)

Claro está, no todos los intelectuales se permitían este equilibrio y eso hacía que se dieran entregas marcadas por el sarcasmo y la exigencia. Mariano Ospina Vásquez, o Prólogo, es un claro ejemplo, al respecto, a lo largo de esta investigación por su amplia participación en la redacción de la revista. En ellas lanzó sus juicios directos al ámbito político del momento, a los intelectuales de baja calidad y a los comportamientos culturales moralistas o teocentristas, cuando criticaba la semana santa. Buscando con ese tipo de discurso periférico, en tanto frontera simbólica, la demarcación de unos nuevos límites más desde la ciencia que desde la fe ciega. Este actor de la revista elegía, por esas mismas líneas de juicio, la mayoría de los textos, como lo afirmaba. Sin embargo, por ser un grupo diverso en pensamiento cultural, el grupo redactor, como se puede leer en sus cuentos, poemas, ensayos y reseñas, se permitió en la revista dar voces a las posturas contrarias que marcaron debate público, como el de las reflexiones literarias o culturales, antes mencionadas. Con ello entonces, también se permitieron un equilibrio entre el compromiso institucional y la vida crítica.

El caso puntual del sujeto social como núcleo de la red de intelectuales de *El Montañés*, Carlos E. Restrepo, que fue Secretario y luego juez del Juzgado Superior de Medellín. Secretario de Gobierno en 1898. Presidente de la sociedad San Vicente de Paúl (1891). A los 28 años se enlistó voluntariamente en la guerra de los Mil Días, donde fue jefe del Estado Mayor de Pedro Nel Ospina. Uno de los Fundadores de la Unión Republicana. Este, dedicado principalmente al periodismo, fundó periódicos como *La*

Unión, entre otros, y fue socio de la *Librería Restrepo*. Se puede decir entonces que es con esta red que los intelectuales de la época construyen el espacio de sociabilidad. Lugar mismo donde ganaban autoridad, pues criticaban en su elogio o destrucción una obra literaria: “La novela *Tierra Virgen*, apasionadamente discutida, no es ni muy buena ni muy mala; se ha discutido mucho...por haberla escrito Eduardo Zuleta”. (Montoya, 1898: 414). Se permitían dar sus resignificaciones en las reflexiones literarias, por ejemplo, afirmaba Latorre que: “El arte de escribir no es cualidad innata, sino producto del estudio sostenido, de la meditación incesante, de una labor larga y penosa” (1897. P 7). Ante el progreso de las artes y la incipiente literatura era consciente de que se entraba en un renacimiento de las letras en la ciudad.

La red continuadora en Medellín, la red cultural, con sus gestores culturales que pertenecían a aquellas esferas de gobierno, gestionaron proyectos educativos, editoriales y modernizadores. Desde esas esferas se genera un modo de relacionarse con la sociedad, ese servicio público que llenaba un vacío de carácter urgente en una creciente ciudad que exigía de lugares físicos para ejercer la cultura y modelos intelectuales nuevos en una ciudad que debía entrar en dinámicas civilizatorias. Aquel equilibrio exigido para un actor público, al tiempo que se desempeñaba como crítico de su época, era posible quizá por ese poder elitista que aún no habían perdido este tipo de intelectuales progresistas. Fueron ellos quienes visualizaron el proyecto civilizador de Medellín que se abrió paso con la gestión de la revista *El Montañés*. Una revista que se surte de la influencia europea de la alta política cultural y editorial europea (Weinberg, 2011). Lo que los promovía a actores sociales emergentes de una Medellín aún muy queda en comparación con Bogotá, como lo menciona en varias ocasiones Prólogos (Mariano Ospina Vásquez), y lo que los reafirmaba como un referente de identidad y autoridad social, entes civilizados y civilizadores. De hecho, este último autor se permitió fuertes críticas en la revista desde la reseña mensual. Su interlocución lo ubicaba como un actor muy activo en la revista, pero no tanto como funcionario del estado para esa época, mucho después participaría en la fundación del Banco de la República, sería socio del Banco Agrícola y sería líder cafetero.

Como él, Carlos E. Restrepo y Latorre, eran los más visibles de la red y tenían, por su participación gubernamental y gestora, un alto nivel de convocatoria a los nuevos escritores. Este tipo de autores, o élites culturales y económicas, convocaban debido a la posición que ocupan tanto en la red como en la participación estatal (Weinberg, 2011). Esa posición en la red les permitía entre sí un apoyo mutuo como el de promocionar sus proyectos culturales literarios, al debatir sobre sus tareas intelectuales desde un proceso dialéctico, dentro de las tertulias y la revista; un apoyo en sus gestiones y promociones culturales al entregar reseñas de sus colegas dentro de la revista y resaltar su labor de escritor e intelectual. Apoyo como el caso de Francisco Antonio Cano, pintor, el cual ilustró algunos ejemplares de la revista. O el hecho de que se elogiaron sus trabajos resultaba un asunto de prestigio dado por una autoridad competente en el tema, caso de Efe Gómez, del que reseñaron resaltando su obra *Las minas* en donde predomina las historias locales dentro de la experiencia directa que este autor tenía por haber sido ingeniero de minas y profesor de metalurgia en la Universidad de Antioquia.

En esta red también se puede observar sus altas capacidades de crítica relacionada con los vínculos y los distanciamientos entre la escritura, la cultura y el poder, o con las diversas posiciones políticas. Ahora bien, dentro de los planteamientos historiográficos estudiados a mediados del siglo XX, se vislumbra una problemática entre la escritura, la cultura y poder. Como lo afirma Aguilar (2008), citando a Rama,

una vez establecida la idea de que la literatura constituía un sistema de relativa autonomía, con características nacionales propias y que ofrecía claves para la lectura de la sociedad [...] comienza un giro en el que la constelación que forman la literatura nacional y los problemas modernos de la técnica literaria deja paso a los vínculos conflictivos entre escritura, cultura y poder (p. 697).

Si bien es cierto que la literatura en Medellín era insipiente, la calidad de estos actores sociales, o intelectuales de dicha época, era alta en su reflexión por lo literario y por social, en ella dejaban ver lo avezados que eran, por lo menos los de esta red cultural y desde sus posiciones como actores más representativos. Constantemente evaluaron sus producciones literarias y los actos sociales. Sin necesariamente tener un sistema constituido en la literatura

propia, debatían sobre asuntos del arte por el arte, caso de una carta remitida a Efe Gómez: “Esto del Arte por el Arte o para el Arte, tiene su quisicosa repelente como de quien no sabe o no quiere decir claramente su pensamiento” (Escobar, 1899: 431). Debatieron sobre la ética intelectual, las corrientes literarias como el decadentismo, el modernismo y sus representantes en el país, Silva y Guillermo Valencia, etc.; se podría decir que se encuentra una red intelectual que ya planteaba los futuros problemas modernos de la literatura y de lo social; en cuanto a este conflicto que plantea Rama y que se da entre la escritura, la cultura y el poder; discusiones inacabables todavía en tiempos presentes, sin embargo, según Aguilar (2008) los intelectuales de mediados del siglo XX se distanciaron un poco más de la politización de sus creaciones y guardaron ciertas distancias. Asunto que se observa en el actuar de la red cultural de gestores que se trae a estudio, ya que afirmaron, en muchos de sus textos, la deslegitimación que ganaba la aplicación de la política del país y el caos en que se encontraban, como se ha citado desde los ejemplos.

Se puede decir entonces que, esta red cultura de gestores generó esos espacios de sociabilidad, esa estructura de red, la revista, para entregarle al nuevo intelectual menos elitista que los iba a preceder en la sociedad medellinense, en este espacio se permitieron una dialéctica alrededor de debates universales dentro de la literatura, entre otros ya mencionados.

Conclusiones

Para el estudio de *El Montañés* y durante el proceso investigativo, se debió definir la revista no solo como fuente sino como objeto de estudio. Lo que significó enfrentarse, en primera instancia, a una multiplicidad de páginas con una variedad considerable de contenidos. Ciertamente, la revista *El Montañés* se denominó a sí misma como una revista de *arte, ciencia y literatura*, lo que significa que dentro de sus páginas se encontró toda clase de géneros literarios, narrativos y poéticos junto a ensayos, disertaciones, discursos críticos y, por supuesto, textos científicos y notas culturales. La diversidad de estas formas textuales puso en relieve que, al interior de estas páginas, existe una variedad compleja de contenidos y formas, como bien pudo observarse en el primer capítulo, donde gracias a la descripción e interpretación biográfica de la revista, desde sus instancias visibles e invisibles siguiendo los preceptos de Rafael Osuna (2004), se pudo constatar que todos estos elementos disímiles forman un todo unido en la materialización de la revista.

Por eso, no fue extraño encontrar en la revista *El Montañés* diseños y reproducciones artísticas, dibujos, partituras, fotografías, el uso de viñetas y letras capitales al lado del texto. Todo esto, gracias a la misma naturaleza colectiva de la revista que dio cabida a todos los temas que para ese momento (finales del siglo XIX) eran considerados importantes o de interés; incluso aquellos contenidos que pudieran ser considerados acreedores de censura (política principalmente), se publicaron bajo la premisa de una opinión, de una reseña o un discurso. Siendo entonces, esa diversidad textual la que constituyó un gran reto a la hora de delimitarla tanto como fuente como objeto y, lo que, al mismo tiempo, a partir de la observación directa de las partes y componentes de la revista, permitió demarcar los textos y los autores, analizar otras instancias dentro de ella como lo fue los hombres que participaron en ella y cómo se conformó la red. Todo esto para demostrar que, los autores reunidos en torno a la revista *El Montañés* hicieron parte consciente de un grupo o red de intelectuales que se consolidó en la misma, como se demostró en el capítulo tercero.

Se puede decir también que, entender el carácter colectivo detrás de las publicaciones periódicas o revistas literarias hizo comprender la conformación de redes

intelectuales con proyectos íntegros alrededor de la lectura, el principal, por ejemplo, fue el proyecto de gestión cultural civilizatorio por medio de la creación y apertura de diversos espacios propicios para garantizar el acceso, de otras esferas de la sociedad, a espacios en los que pensar y reflexionar la ciencia, la literatura y el arte, como se vio en detalle en el segundo capítulo y se hablará a continuación.

Modelos de representación en un contexto cambiante: de los Ilustrados del siglo XVIII a los Intelectuales de finales del siglo XIX.

Recorrer el contexto histórico de producción de la revista y revisar sus antecedentes permitió identificar los mecanismos de inscripción a la cultura que realizaron los diversos actores sociales durante finales del siglo XVIII y finales del siglo XIX, y las diferentes denominaciones o autodenominaciones que de estos se hicieron. El tipo de publicaciones que permite la confluencia de corrientes ideológicas, bien sean políticas, religiosas, sociales o culturales diferentes, posibilitan al investigador interesado descubrir y analizar a los sujetos detrás de cada palabra. Esto de la mano de autores como Rama (1998) y Silva (1996) que permitieron el análisis de las acciones contextuales de fin de siglo XIX, en su recorrido historiográfico; así pues, se pudieron identificar las relaciones entre ellos y el capital simbólico que compartieron. Al igual que los modos de sociabilidad que constituyeron desde la estructura de red o revista.

Con respecto a este punto, y después de múltiples indagaciones sobre los aspectos biográficos y contextuales de estos escritores, se encontró que presentan ciertas características que, según los preceptos de Carlos Altamirano (2012), los hacen acreedores al título de *Intelectuales*. Y con los lineamientos conceptuales de Pita (2017), sobre redes de intelectuales como fronteras simbólicas, se puede asegurar que existió una agrupación de hombres que, compartiendo su capital cultural, pensaron una revista como medio de propagación de un proyecto civilizador, pensado para ese contexto histórico que debían resignificar a partir de las nuevas tendencias culturales latinoamericanas hacia lo local, todavía con influencia internacional. Es decir que, estos intelectuales entendieron el contexto de producción en el que se creó la revista y quisieron modificarlo para crear mejores condiciones, no solo de producción, sino también de recepción.

Ahora bien, lo que se pudo constatar fue que, como eje fundamental de inscripción a la cultura, una de las principales acciones que estos personajes (Ilustrados e intelectuales) llevaron a cabo fue la apertura del acceso a la educación, y, por lo tanto, la alfabetización de la sociedad civil. Esta apertura a la educación proporcionó un espacio al nuevo estado de ser del hombre, un hombre que se piensa a sí mismo como parte de un contexto dinámico y cambiante desde el estado más intrínseco de su significado, y que entiende que la practicidad no es lo único importante de la educación, de allí que se promulgara una educación autónoma e independiente, como lo menciona *Prólogos* en una de sus reseñas mensuales, desde las diversas cátedras, con que ahora contaban no solo los colegios mayores, sino también la universidad, y como también se citó en la revista, el propósito de este nuevo modelo de educación, impulsado por ellos, no era otro que preparar al hombre joven para la lucha por la vida.

Encontrando objetivos en común, no solo en la educación sino también en el arte, la ciencia y la literatura, estos actores culturales gestionaron un lugar de enunciación inicial que fue la revista *El Repertorio*, cerrada por problemas económicos, por lo mismo este grupo de intelectuales se procuró un nuevo lugar, la revista *El Montañés*. Lo que deja ver que estos autores son más que escritores intelectuales para una revista, son actores sociales, frontera simbólica, que empiezan a darle forma a lo que podríamos llamar una red de intelectuales culturales civilizatoria, que no solo intercambiaban con sus lectores capitales simbólicos, sino que se proyectaron a construir crítica cultural desde diversos frentes sociales como las reflexiones sobre lo literario, la política del momento, la creciente pero entroncada economía antioqueña y la moral religiosa.

Ahora bien, la investigación permitió establecer que la figura del intelectual dentro de la revista, más que una auto denominación, correspondía a un tipo específico de hombre que pertenecía a una red, es decir, a un grupo de intelectuales para los que la formación en literatura, artes y ciencias, no se convirtió exclusivamente en un ideal de formación personal. Pese a las circunstancias sociales del momento (la guerra santa de 1885 que antecedió la creación de la revista; la desorganización administrativa, las relaciones entre el Estado y la Iglesia, la pobreza y la censura sistemática a los medios periódicos una vez instaurada la Regeneración), sus actividades como intelectuales, estaban destinadas no solo a la

producción literaria, sino también a la formación y transformación de la sociedad, es decir, de los ciudadanos. Todo esto da muestra de la evolución que sufrió el papel de los ilustrados durante el periodo colonial y el paso que se dio de estos hacia el papel de los intelectuales a finales del siglo XIX. La educación, los procesos culturales y el campo de la política, junto a las múltiples transformaciones de la sociedad, que iba modificándose, validaron los movimientos y las acciones de los hombres dedicados a las letras y al pensamiento científico, en un periodo de gran producción creativa.

Del mismo modo, la organización política e intelectual generó espacios de socialización, en los que era fundamental el desarrollo intelectual aplicado al proyecto civilizador que impulsaba la vida en general, con una fuerte influencia en la sociedad, los procesos culturales y la idea de progreso; esto como muestra del nuevo contexto y del nuevo modelo de relaciones con el mundo que los hombres de letras estaban introduciendo en la región. Así que, no es de sorprender que en el recorrido histórico y contextual realizado se encontrara a estos hombres de finales del siglo XIX no solo participando de tertulias literarias y de múltiples colaboraciones en la revista, sino también de la asociación con nuevas instituciones científicas y educativas, industriales y financieras que otorgaban un nuevo estatus a la sociedad como en el caso del Ferrocarril de Antioquia, la Cámara de Comercio, la Empresa de Energía, Escuela de Artes y Oficios y otras tantas empresas e instituciones destinadas a ordenar el rumbo de la ciudad, de las que por supuesto se habló en la revista. Con la fundación de estas instituciones, que además fueron fundadas por los personajes detrás de la revista *El Montañés*, en sus diferentes campos de participación como intelectuales de la sociedad, fue posible entender que las personas pertenecientes a las élites de la ciudad (característica clave para la definición de estos personajes) y la región, se esforzaron por impulsar el desarrollo de centros de educación, la creación permanente de revistas, la congregación en tertulias literarias y de grupos de arte y ciencia, porque con ello impulsaron su ideal de progreso, poniendo en acción su proyecto civilizador: dotar a la ciudad de espacios que resaltarán los resultados de la ciencia, el arte y la literatura con el fin de dinamizar la sociedad a través de estas formas de observar la realidad.

Enfatizando en los hallazgos de este recorrido contextual e histórico, podemos decir también que, la cultura ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII hispanoamericano, la misma que presencié la fundación de jardines botánicos, zoológicos, observatorios astronómicos y de toda una gama de nuevas sociedades “científicas” sirvió como plataforma para lo que sería el persistente caminar de los intelectuales del siglo XIX. Por esta razón, se habló del imaginario social que se creó en torno a la concepción de lo que era un hombre ilustrado o un intelectual para las diferentes épocas, se habló también sobre entender cuál era su función dentro de la sociedad a la cual pretendía civilizar, además, se intentó observar la manera como se produjeron múltiples transformaciones junto con el devenir de la sociedad en pleno, es decir, autores con el contexto que los vio nacer, y las posibles interacciones que existían entre los autores que oscilaban en múltiples campos de la vida intelectual. De allí que entre esas transformaciones que dieron paso al cambio de denominación entre Ilustrado e intelectuales, se encontrase que los gestores culturales de fin de siglo XIX, no tenían el afán que sí tuvieron los de mediados del siglo XX: el de legitimar la pertinencia de su saber.

La red de intelectuales en torno a *El Montañés*

Los integrantes de la red intelectual de *El Montañés* legitimaban discursos, en tanto fronteras simbólicas, que dirigieron las costumbres conservadoras no laicas hacia un pensamiento más científico, artístico y literario. Estas nuevas formas del conocimiento, debatibles, fueron impresas en la revista, participando con ello de una influencia extranjera toda vez que se produjera un quiebre en las relaciones entre prensa y religión (como era el caso de los Ilustrados de mitad del siglo XVIII) y prensa y política a comienzos del siglo XIX. Esta ruptura fue fundamental para la aparición de nuevas publicaciones con otros fines diferentes (no solo religiosos o comerciales), ampliando así el espacio de discusión pública con interés diverso, siguiendo con ello un camino de especialización que habría de llevar a una mayor autonomía de las mismas revistas.

Al respecto conviene decir que, no era para menos la diversidad que presentaba la revista en sus impresiones, esta vista como soporte cultural de la red. Pues las personalidades más activas de la red tenían diversos perfiles: políticos, diplomáticos, escritores, profesores

universitarios, artistas y científicos que legitimaron ideales de ciudad con proyectos culturales de identidad nacional o latinoamericana, también con sus prácticas editoriales y una práctica de cultura impresa, lo que, por supuesto, daba mayor apertura a otros tipos de discursos y reforzaba, a través de la práctica, la autonomía de las revistas.

Ahora bien, *El Montañés* como revista y estructura de red refleja ese apasionado sentir del intelecto, que impulsaron sus participantes al gestionar los proyectos culturales civilizatorios y literarios, los que permitieron no solo la creación de tertulias, sino la creación del contenido crítico mismo que se iba a impartir en aquellos lugares y en las revistas, y que fue debatido por un amplio número de escritores dentro de la revista misma; además, ya desaparecida la revista, continuaron buscando espacios de sociabilización como lo hizo Tomás Carrasquilla al permitir su espacio a la tertulia de Los Panidas, justo después de iniciado el siglo XX.

La red cultural que compete a esta revista no era monolítica, es decir, tenía fronteras porosas, esto se demostró, primero, con la participación de colaboradores como Efe Gómez, Antonio José Montoya, Pedro Nel Ospina y Saturnino Restrepo, quienes venían participando de proyectos anteriores a *El Montañés*, como fue el caso de *La Bohemia Alegre* y *El Repertorio*, y, segundo, al presentar las diferentes posiciones de los autores con respecto a las reflexiones literarias del momento, la cual no era sobre una misma corriente literaria, todo lo contrario, debatieron sobre el modernismo, el decadentismo, lo clásico y el regionalismo. En efecto, por lo anterior, se afirma que fue muy diversa a pesar de tener tanta limitación en su libertad de expresión y ejercicio cultural. Hicieron que se mantuviera el equilibrio político y la crítica expresiva, una crítica que se permitió tocar temas tan sensibles como la religión, la moral y la ética de los escritores y el común de los lectores. Lo anterior como se puede verificar, por ejemplo, en las colaboraciones de Manuel Uribe Ángel tituladas “Los dos hermanos” en las que menciona la enfermedad de la humanidad y sobre su cura dice “Con respecto al remedio para la enfermedad de la humanidad (...) consiste en que los gobiernos influyan sobre los pueblos a fin de que estos recuperen el sentido moral que han perdido. La educación social, política y religiosa es lo único que puede restablecer las fuerzas vitales”. (*El Montañés*, 189, p. 382)

Afirmaré ahora que la academia tiene una deuda significativa con los estudios que permitan ofrecer el espacio de reconocimiento que los intelectuales de finales del siglo XIX merecen. Estos hombres, como intelectuales gestores y partícipes de red social que, en trabajo conjunto, posibilitaron un ambiente cultural más definido, por fuera de los anteriores delineamientos de intelectual ilustrado independentista, ubicando la crítica cultural en un punto central de la civilización, lo plural, punto clave para el modelo de sociedad venidero durante el siglo XX.

Por último, vale la pena enfatizar que en este caso, después de una lectura reflexiva de los textos seleccionados para esta investigación y de las diferentes indagaciones realizadas, se llegó a la conclusión de que ya existía la red de intelectuales agrupada con un fin para diversos ámbitos sociales, culturales y políticos, que se mantuvo con el tiempo y conformó el proyecto civilizatorio alrededor de esta revista literaria en cuestión; esto, teniendo en cuenta que muchos de los intelectuales mencionados venían de la que consideran su predecesora, la revista *El Repertorio*, es decir, se puede constatar que el grupo o la red de intelectuales da nacimiento a la revista, y no al contrario, llegando en este nuevo espacio de socialización a consolidarse en tanto se resiste al cierre temprano por el ambiente político hostil, y en tanto se satura de textos que no puede publicar por falta de espacio.

Proyección de la investigación

Por otra parte, la naturaleza de la prensa permite concluir acerca de los retos que presenta para un investigador el primer acercamiento a una revista literaria. Como ya se mencionó, al reunir textos disímiles, diversidad de pensamientos e ideologías, representa una dificultad de análisis a la par que ofrece múltiples enfoques para futuras investigaciones como bien podría ser el estudio de la obra acabada de un autor, por ejemplo, Tomás Carrasquilla, que publicó muchos de sus cuentos en esta revista, la obra inédita de autores no tan reconocidos actualmente como es el caso de Saturnino Restrepo, o bien sea el análisis de una red egocéntrica como podría ser el caso de un estudio futuro sobre uno de los personajes más significativos de la red detrás de *El Montañés*, Mariano Ospina Vásquez, conocido como *Prólogos*.

Para cerrar, podría pensarse también en investigaciones futuras que aborden la prensa literaria de finales del siglo XIX desde un enfoque comparativo. Como bien se mencionó a lo largo de esta investigación, las revistas *El Repertorio*, *La Bohemia Alegre* y *El Montañés*, no solo compartieron un contexto de creación y producción cercano, sino que además compartieron un ideal común o proyecto civilizador, y esto podría ser gracias a la participación constante de estos hombres intelectuales que participaron repetidamente en todas ellas. Todo lo anterior con el propósito de avanzar en la comprensión de las redes de intelectuales y en la materialización de esos espacios de sociabilidad.

Bibliografía general

- Aguilar, G. (2008). Los intelectuales de la literatura: cambio social y narrativas de identidad. En *Historia de los intelectuales en América Latina I: La ciudad letrada, de la conquista al modernismo* / coord. por Carlos Altamirano, Jorge Myers, Vol. 2, 2008 (Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX / coord. por Carlos Altamirano), ISBN 978-84-92946-05-1, págs. 685-711.
- Altamirano, C. (2011). (Ed.). Introducción al volumen II Élités culturales en el siglo xx latinoamericano. *En Historia de los intelectuales en América Latina II*. Katz editores. Buenos Aires
- Altamirano, C. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Katz editores, 2008. Banco de la República, El Áncora Editores, 1998 __. "La economía local en el siglo XIX". En: Jorge Orlando Melo (editor), *Historia de Medellín*. Medellín: suramericana, 1996.
- Ángel, C. (2016). El concepto de «literatura antioqueña» en la revista El Montañés (1897-1899). Una revisión desde la perspectiva de la historia conceptual. (Tesis) Universidad de Antioquia.
- Arango, M. (2006) *Publicaciones periódicas en Antioquia 1814-1960: del chibalete a la rotativa*. Fondo Editorial Universidad Eafit.
- Arcila, M. (julio-diciembre, 2006) El elogio de la dificultad como narrativa de la identidad regional en Antioquia. *Historia Crítica* No. 32, Bogotá, pp. 38-66
- Bedoya, G. (2018). El suplemento El Nuevo Tiempo Literario (Bogotá: 1903-1915, 1927-1929) y los procesos de modernización cultural. La formación del crítico literario y la auto-representación del intelectual. Tesis doctoral. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, p. 274. En <http://bdigital.unal.edu.co/63501/1/94535301.2018.pdf>
- Botero, H. (2012). Comienzos de las revistas culturales en Antioquia. *Letras Jurídicas*, Vol. 17, 155-161.
- Cassirer, E. (1967). *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*. Fondo de la cultura económica, México.

- Castro, S. (2005). *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la nueva granada*. Bogotá: CEJA, 2005.
- Déves, V. (2007). *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Santiago: Universidad de Chile, 2007.
- Duque, E. (1976). *Semblanzas, ciudades y personajes*. Editorial Bedout. Medellín.
- Escobar, V. (2004). Las élites de la ciudad de Medellín, una visión de conjunto, 185-1920. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 31.
- Gallo, M. (2008). *Diccionario biográfico de antioqueños*. Bogotá.
- Gonzales, O. (2010). *Prensa escrita e intelectuales periodistas 1895-1930*. Universidad de San Martín de Porres. Fondo Editorial. Lima. 154pp.
- González, F. (mayo, 1993). "El Concordato de 1887: Los antecedentes, las negociaciones y el contenido del tratado con la Santa Sede" *Credencial Historia*. Recuperada de: [Nhttp://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-41/el-concordato-de-1887](http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-41/el-concordato-de-1887)° 41. mayo 1993. Banco de la República. Medellín.
- Gramuglio, M. (2011). Sur. Una minoría cosmopolita en la periferia occidental. En *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la ciudad letrada el siglo XX*. Carlos Altamirano (Ed.). Katz Editores. Buenos Aires.
- Granados, A. (2012). (Ed.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, intelectuales, política y sociedad*, México, Latinoamérica. *Revista de Estudios Latinoamericanos UAM-Cuajimalpa* (57) 328 pp.
- Granados, A. (2017) "Las Redes Intelectuales Latinoamericanas en perspectiva historiográfica: una mirada desde México". *Historia y Espacio*, vol. 13, n° 49 pp. 63 – 95.
- Granados, A. [coord.], *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, intelectuales, política y sociedad*, México, UAM Cuajimalpa, 2012, 328 pp.
- Gutiérrez, G. R. (1989). *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*, Bogotá, Ediciones Cave Canem. "Tres revistas colombianas de

- fin de siglo”, en: Boletín Cultural y Bibliográfico, Bogotá, vol. 28, N.º 27, 1991, en:
[http://www.lablaa.org/
blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti5/bol27/tres1.htm](http://www.lablaa.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti5/bol27/tres1.htm)
- Iglesias, D. (2017) “El aporte del análisis de las redes sociales a la historia intelectual”.
Historia y Espacio, vol. 13, n° 49 pp. 17 – 37.
- Jaramillo, U. J. (1994). Tres etapas de la historia Intelectual de Colombia (1968) en La
personalidad histórica de Colombia y otros ensayos. Bogotá,
- Jaramillo, U. J. (2001), *El pensamiento colombiano en el siglo xix*, Bogotá, Cesó
/Uniandes/Banco de la República/ICANH/Colciencias/Alfaomega.
- Latorre, M. L. (1934). *Historia e historias de Medellín*. Imprenta Oficial, Medellín.
- Londoño, V. S. (1994). Las primeras revistas ilustradas de Antioquia. Boletín bibliográfico
y cultural del Banco de la República. 31(36). Recuperado de:
http://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/2021
"
- Marroquín, José Manuel. (1935[1882])- Retórica y poética. Bogotá: Minerva
- Mejía, C. J. (2012). *Diccionario biográfico y genealógico de la élite antioqueña y
viejocaldense. Segunda mitad del siglo XIX y primera del siglo XX*. Sello Editorial
Red Alma Mater.
- Melo, J. O. (1989). “La evolución económica de Colombia”, en: *Nueva Historia de
Colombia* (NHC), Bogotá, Planeta, (2), p.69
- Melo, J. O. (1987). “las vicisitudes del modelo liberal”, en *José Antonio Ocampo, Historia
económica de Colombia*, Bogotá Siglo XIX, pág.126.
- Melo, J. O. (1996), Estructura social de Medellín en la segunda mitad del siglo XIX, en:
Historia de Medellín. Suramericana de Seguros, Medellín, pp. 214-233.
- Melo, J. O. (octubre, 2008). Las revistas literarias en Colombia e Hispanoamérica: una
aproximación a su historia. Bogotá. Tomado de:
http://www.jorgeorlandomelo.com/bajar/revistas_suplementos_literarios.pdf

- Mitchell, W.J.T. (2009): *Teoría de la Imagen. Ensayos sobre la representación verbal y visual*. Madrid: Akal. 19-39
- Naranjo, J. (2019). "Literatura y cultura tempranas en Antioquia" Medellín, pp 19-22. Inédito.
- Ochoa, L. (1948). *Cosas viejas de la villa de la candelaria*. Medellín: Escuela Tipográfica Salesiana. Pág. 10
- Osuna, R. (1998). *Tiempo, materia y texto. Una reflexión sobre la revista literaria*. Kassel, Edition Reichenberger.
- Osuna, Rafael. *Las revistas literarias: un estudio introductorio*. Cádiz: Universidad, Servicio de Publicaciones, 2004. 208 pp.
- Otero, M. G. (1998). *Historia del periodismo en Colombia*. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda. p. 172. ISBN 9589442366.
- Pérez Robles, Tatiana (2010). *Ideologías y canon en las revistas literarias y culturales de Medellín (1897-1912): Lectura histórico-literaria de El Montañés (1897-1899), Lectura y Arte (1903-1906) y Alpha (1906-1912)*. (Tesis de Maestría). Universidad de Antioquia.
- Pérez, A. (2008). *Autonomía, universalismo y renovación: La primera época de la revista Mexicana de literatura (1955-1957)*. México D.F
- Pérez, S. V. (2001). *La bohemia de antaño en Bogotá y Medellín. Personajes, cafés y ocurrencias alcohólicas y poéticas*. *Credencial Historia* N°142
- Peset, J. (2003). *Academias y ciencias en la Europa ilustrada. Península*. *Revista de Estudios Ibéricos*. 291-400.
- Pita y Granados (2017). *Dossier redes intelectuales transnacionales: teoría, metodología e historiografía* *Historia y Espacio*, Vol 13, No 49. Ago-Dic., 2017. Cali, Colombia. <http://historiayespacio.univalle.edu.co/>
- Pita, A. "Fronteras simbólicas y redes intelectuales. Una propuesta". *Historia y Espacio*, vol. 13, n° 49 (2017): 39 – 62.

- Pita, A. "Fronteras simbólicas y redes intelectuales. Una propuesta". *Historia y Espacio*, vol. 13, n° 49 (2017): 39 – 62.
- Rama, Á. (1998). *La Ciudad Letrada*, Editorial Arca. Montevideo Uruguay.
- Restrepo, M. (enero, 2005). Historia y sociedad. *Revista de la Universidad Nacional* (11), pp 115-132. ISSN electrónico 2357-4720.
- Rodríguez, A. F. (2007). Periódicos literarios y géneros narrativos menores: Fábula, anécdota y carta ficticia. Colombia (1792-1850). Stockcero.
- Sábato, H. (2008) Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900). En *Historia de los intelectuales en América Latina I: La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. (Coord. por Carlos Altamirano, Jorge Myers). ISBN 978-84-92946-05-1, Buenos Aires: Katz Editores, Vol. 2. 2008, pp. 387-411.
- Silva, R. (2002). Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación. Medellín: Banco de la República –Eafit.
- Silva, R. (2005). La Ilustración en el virreinato de la Nueva Granada. Estudios de historia cultural. Medellín: La Carreta Editores E.U.
- Tamayo, D., Botero, H. (2005). Inicios de una literatura Regional. La narrativa antioqueña de la segunda mitad del siglo XIX (1855-1899). Editorial Universidad de Antioquia.
- Tamayo, O. D., Botero Restrepo Hernán. (Enero -junio 2012). Comienzos de las revistas culturales en Antioquia. *Letras Jurídicas* (17) 1. pp. 155- 161
- Terán, O. (2011). Amauta: vanguardia y revolución. En *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la ciudad letrada el siglo XX*. Carlos Altamirano (Ed.). Katz Editores. Buenos Aires.
- Uribe, M. (mayo-junio,1898). Los dos hermanos, crónica. *El Montañés* (1) 9, pp.379.
- Uribe, M., Álvarez, J. (2002). *Cien años de prensa en Colombia, 1840-1940*.Medellín. Editorial Universidad de Antioquia.

Urrego, Miguel. (2002). *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Siglo del Hombre Editores. Bogotá. Universidad Central.

Vallejo, O. (2010). "Una propuesta de lectura del Papel Periódico Ilustrado (1881-1888) El tema de la imagen ", en: *Observaciones históricas de la literatura colombiana. Cuadernos de trabajo III*. Medellín: La Carreta Editores, p. 155-186.

Vergara, J. (1974). *Historia de la literatura en Nueva Granada (1867)* t.1. Bogotá: Las palabras citadas.

Weinberg, L. (2011). Cuadernos Americanos: la política editorial como política cultural. *En Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la ciudad letrada el siglo XX*. Carlos Altamirano (Ed.). Katz Editores. Buenos Aires.

Bibliografía fuentes primarias

Banrepubcultural. (S.f). Carlos Eugenio Restrepo Restrepo. Recuperado de: https://enciclopedia.banrepubcultural.org/index.php/Carlos_Eugenio_Restrepo_Restrepo

Carrasquilla, Tomás. (1915). Autobiografía. En: *El Gráfico*. Bogotá. Imprenta *El Gráfico*. Serie V, año XXIV (237), pp. 5-6.

El Montañés. (febrero, 1899). Reseña Mensual. Vol 15, pp.131.

El Montañés. (marzo,1899). Tecnomanía. Vol 16, pp.158.

Escobar, J. (septiembre,1899). El arte por el arte, carta a Efe Gómez. *El Montañés* (2) 22, pp.431

Escobar (sept, octubre y noviembre 1899). Carta a Efe Gómez. *El Montañés*. (22,23,24), pp. 436.

Latorre, G. (agosto, 1898). Nuestros Predecesores. *El Montañés* (1), pp. 458

Latorre, G. (septiembre, 1897). Ensayo sobre la literatura. *El Montañés* (1) 9, pp.7

- Latorre, G. (septiembre, 1897). Samuel Velásquez. *El Montañés* (1), pp. 7
- Montoya, J. (julio, 1898). Ensayo crítico sobre la obra de Eduardo Zuleta Tierra Virgen. *El Montañés* (1) 9, pp.414
- Montoya, J. (marzo, 1899). Carta abierta a Tulio Ospina. *El Montañés*. (16) pp.162
- Montoya, J. (noviembre, 1897). Tomás Carrasquilla. *El Montañés*. (3) p.p. 107.
- Muñoz, L. (enero, 1898). Los obstáculos de la educación. *El Montañés*. (5), pp.198.
- Nauts, C. (febrero, 1899). A lomo de mula. En *El Montañés* (15). Pp 117.
- Palacio, M. (abril, 1899). Cervantes Redivivo. *El Montañés*. (18) pp. 222.
- Pérez, Rafael. (octubre, 1897). De la educación. *El Montañés* (1), pp 63-64.
- Prólogo, (abril, 1899). Reseña Mensual. *El Montañés*. (18), pp.246.
- Prólogo, (agosto,1898). Reseña mensual, impresiones personalísimas. *El Montañés* (1), pp.487-488
- Prólogo, (enero,1899). Reseña mensual, impresiones personalísimas. *El Montañés* (2) 9, pp.1
- Prólogo, (febrero, 1898). Reseña mensual, impresiones personalísimas. *El Montañés* (1), pp 278
- Prólogo, (marzo, 1898a). Reseña mensual, impresiones personalísimas. *El Montañés* (1) 9, pp.314
- Prólogo, (mayo-junio,1898). Reseña mensual, impresiones personalísimas. *El Montañés* (1) 9, pp.1
- Prólogo, (octubre, 1897). Reseña Mensual. *El Montañés*. (2), pp.101.
- Prólogo, (septiembre,1897). Reseña mensual, impresiones personalísimas. *El Montañés* (1), pp.45
- Prólogo, 1898. Reseña mensual, impresiones personalísimas. *El Montañés*. N°6, febrero 1898, p 278.

Prologus. (mayo y junio 1898). Reseña mensual, impresiones personalísimas. *El Montañés*. (9-10), pp. 409.

Restrepo, L. (mayo y junio 1898). Antioquia y Cauca, capítulo VIII: La educación. En revista *El Montañés* (9-10), pp. 387.

Restrepo, S. (febrero, 1899). Los novísimos en literatura. *El Montañés* (15), pp. 98